

Amelia Drake

La ACADEMIA

PRIMER LIBRO



Lectulandia

La Academia es el comienzo de un clásico moderno en la línea de las grandes sagas de aventuras que ha cautivado ya a miles de lectores.

Twelve tiene doce años y nunca ha salido del orfanato Moser, a las afueras de la gran ciudad de Danubia. No sabe quiénes son sus padres y ni siquiera tiene un nombre, solo un número, Twelve, por haber sido la duodécima huérfana de su año. En Danubia hay dieciocho academias: la de los Músicos y la de los Alquimistas, la de los Escribas y la de los Sirvientes... El sueño de Twelve es entrar en la Academia de los Sirvientes y convertirse en camarera, quizá la encargada de recibir con un uniforme impecable a los invitados en una de las mansiones de la ciudad.

Tras un extraño examen de acceso, llega el momento de que Twelve salga del orfanato y haga realidad su sueño. Pero el carruaje en el que viaja acaba en el río a causa de una explosión y ella termina en una academia muy distinta que ni siquiera figura en los registros de la ciudad: la Decimonovena Academia. En la gran ciudad de Danubia, en una isla deshabitada, se esconde esta escuela prohibida que nadie conoce. Y Twelve ha sido elegida para formar parte de ella.

Lectulandia

Amelia Drake

La Academia. Primer libro

La Academia - 1

ePub r1.0

Titivillus 08.08.16

Título original: *The Academy*
Amelia Drake, 2015
Traducción: Sara Cano
Diseño cubierta: Vincenzo Lamolinara

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Amelia Drake

La
ACADEMIA
PRIMER LIBRO

El examen

Nunca había salido del orfanato y, en el fondo, pensaba que nunca lo haría. Por ese y por mil motivos más, la mañana del examen no consiguió probar bocado en el desayuno e hizo cola detrás de los demás huérfanos sin dejar de dar saltitos, primero sobre un pie y luego sobre el otro, para intentar descargar tensión.

Nunca había salido de allí.

Durante doce años, desde que Miss Kindheart la había encontrado frente a la puerta en una caja de galletas, su vida siempre había transcurrido entre las paredes de la Institución para Niños Especiales Edgar G. Estanislao Moser. Y la denominación «niños especiales» no significaba «increíbles» ni «dotados de poderes extraordinarios», sino, más bien, «especiales porque nadie quiere saber nada de ellos».

Se llamaba Twelve, no porque tuviera doce años (el año anterior también se había llamado Twelve), sino porque había sido la duodécima niña que Miss Kindheart había rescatado durante aquel año que, en los estrictos registros de la Institución Moser, aparecía catalogado como el Año de los Récords, también conocido como el Año Negro de los Abandonos, que comenzó el 1 de enero con Andrew One y había concluido el 31 de diciembre, poco antes de la medianoche, con la llegada del septuagésimo huérfano, Seventy Stephen.

Todos los niños de la Institución Moser compartían el mismo y doloroso misterio: quiénes eran sus padres y por qué los habían abandonado. Y si bien algunos, al crecer dentro del orfanato, habían terminado por olvidarse de aquello, había quienes habían construido alrededor de aquel misterio una verdadera leyenda. Había quien aseguraba que sus padres iban a venir a sacarlo de allí y, mientras tanto, se consumía observando el patio desierto a través de las estrechas ventanas del refectorio. Y había quien juraba y perjuraba que le daba igual quiénes fueran sus padres, y que estaba mejor así. Twelve y Seventy Stephen pertenecían a una tercera facción, la peor de todas: la de los niños que buscaban justicia aunque, al ser huérfanos, aún no sabían distinguirla bien de una simple venganza.

Y hablando de cómo pretendían vengarse —de sus padres, del orfanato, del mundo entero—, Twelve y Stephen se hicieron amigos. Formaban una pareja extraña,

la duodécima y el septuagésimo del año, y Miss Kindheart solía observarlos a menudo con una sonrisa: él, alto y un poco estirado, con la piel blanquísima y unos ojos enormes que parecían estar siempre mirando otra cosa; ella, diminuta y rápida, ágil, castaña y con la nariz llena de pecas. Habían compartido durante seis años la misma taquilla (ella, para guardar la caja de galletas Macarons Marie, su mayor tesoro; él, para guardar los libros que cogía prestados de la biblioteca), el mismo pupitre y la misma bandeja del refectorio. Habrían elegido camas contiguas, como dos hermanos, si les hubieran dejado, pero sobre aquel asunto Miss Kindheart se había mostrado inflexible: los chicos dormían en el quinto piso y las chicas en el sexto. Y había que apagar la luz inmediatamente.

Stephen siempre era la última persona en la que Twelve pensaba cuando cerraba los ojos por la noche y la primera que le venía a la mente cuando se despertaba. Y así había sido aquella mañana, aunque con algún escalofrío más que de costumbre.

—¿Crees que lo conseguiremos? —le preguntó.

Stephen estaba justo detrás de ella, casi como si fuera su sombra protectora, su guardián, y ella la encargada de hablar por los dos, de decir en voz alta lo que pensaban. Le apoyó brevemente una mano en un hombro —que significaba «Sí, claro, estoy seguro de que sí»—, y se quedó callado, serio e impassible, mirando el final de la cola que había frente a ellos.

—Si no lo conseguimos... —murmuró de nuevo Twelve—, nos pasaremos aquí la vida entera, como Pookie.

—Lo conseguiremos —dijo entonces Stephen en respuesta.

—Pero si lo conseguimos, ¡tendremos que separarnos!

Era la cienmilésima vez que le repetía a Stephen aquellas palabras, su mayor miedo, pero su desgarbado amigo le respondió igual que lo había hecho la primera vez:

—Si yo consigo llegar a ser Húsar y tú Camarera..., iré a verte todos los días que me den permiso. El Cuartel y la Academia de Servicio están cada uno a un lado de la misma plaza. Solo tendré que atravesar las dársenas del trolebús para reunirme contigo.

Cada vez que Stephen pronunciaba la palabra «húsar», se le henchía el pecho como a un lagarto. Y cada vez que Twelve escuchaba hablar de la plaza, las paradas, el trolebús y la Academia, se le llenaban los ojos de brillantes chispitas.

¡La ciudad, por fin! ¡Y para vivir allí!

Mientras soñaba con los ojos abiertos, observó la bata negra perfectamente planchada de su amigo, el cuello almidonado y los botones tan pulidos que relucían, y pensó que, aunque fuera un huérfano de la Institución Moser, para ella era un húsar uniformado.

Luego, se miró las punteras de los zapatos.

Si todo salía bien, si todo salía como ella esperaba, muy pronto cambiaría la bata negra del orfanato por la gris perla decorada con encaje blanco de las aprendices de

camarera. Y si iba mejor todavía, quizá sobre esa bata aparecería un pequeño símbolo plateado en forma de pez —Camarera de A Bordo, Clase Oceánica—, o uno azul con forma de golondrina —Clase Aeronáutica y Multiplanos Voladores—.

Lo cierto es que a Twelve no le emocionaba demasiado la idea de viajar y alejarse aún más de Stephen, pero todas las noches que había pasado fantaseando sobre cuál podría ser el resultado de su examen, se imaginaba feliz navegando por el río a bordo de una lujosa casa flotante a vapor más que quitándole el polvo a los muebles de algún apartamento de la ciudad.

Pero luego pensaba: ¿con que estoy fantaseando, en realidad? ¿Qué iba a saber ella, una pobre huérfana de doce años, de casas flotantes a vapor, del río y de la ciudad? Ella jamás había puesto un pie fuera de los muros de la Institución Moser, y lo único que había visto, una vez que Stephen y ella treparon al tejado y pasaron la noche entera contemplándola, fueron las luces de la ciudad —las luces de Danubia— hasta que el alba las había ido apagando. Y lo único que sabía —que sabían— lo habían leído en los libros. Libros que tenían más de un siglo, o al menos eso le parecía, por lo desgastados que estaban.

—Ya llegan —siseó Stephen.

Los demás también se dieron cuenta. Los setenta huérfanos del Año de los Récords se cuadraron e hicieron chocar los tacones de sus zapatos de cuero mientras la puerta que había al final del pasillo se abría, dejando pasar un hilillo de luz.

La primera en entrar fue Miss Kindheart, que lo hizo a paso marcial, seguida de los regios seleccionadores de las dieciocho academias de la ciudad, todos vestidos de negro, los hombres con traje de chaqueta y pajarita y las mujeres con una severa falda que les llegaba hasta la rodilla.

—Silencio —rezongó Miss Kindheart, deteniéndose frente a los huérfanos mientras los seleccionadores avanzaban tras ella hacia el aula magna. El rumor que se elevaba entre las filas de los huérfanos se fue amortiguando poco a poco. A través de la puerta entreabierta se colaban los misteriosos ruidos del exterior, y cada nuevo seleccionador aparecía en el vano rodeado de luz para luego desaparecer detrás de la directora.

—¿Has visto a ese, el del baúl? ¡Yo creo que debe de ser de la Academia de Alquimistas!

—¡Y esa debe de ser la seleccionadora de los Orfebres: mira qué pulseras!

—¡Yo solo espero que no me elija ese canijo!

—A ti no te va a elegir nadie, Forty-nine. A no ser que haya una Academia de Torpes.

—Pues tú vas a terminar en la Academia de Caguetas...

Miss Kindheart entrechocó los talones de sus zapatos.

—Forty-nine, Twenty-eight, esta noche os iréis a la cama sin cenar. Y, los demás, ¡SILENCIO!

La segunda advertencia funcionó mejor que la primera y, aquella vez, los chicos

cerraron el pico y asistieron en silencio al resto de aquel enigmático desfile.

—Ese es el húsar —susurró en un momento dado Stephen cuando avistó a un hombre altísimo con el pelo cano y el bigote engominado hacia arriba. Aunque vestía de negro como todos los demás seleccionadores, llevaba la chaqueta como si fuera un uniforme, con una dignidad muy especial. Twelve pensó que Stephen no se equivocaba.

Cuando el desfile terminó, Miss Kindheart alzó un dedo, lo que significaba «De uno en uno, sin hacer ruido». Y, así, los setenta huérfanos del Año Negro entraron de puntillas en el aula donde tendría lugar su primer gran examen. Pasaron frente a la directora, inclinando la cabeza ante su dedo alzado.

—Buenos días, Miss Kindheart.

—Buenos días, Miss Kindheart.

—Id tomando sitio, niños —les iba ordenando ella desde la puerta, respondiendo a su saludo con un leve temblor de la voz. Quizá, después de todo, ella también estuviera emocionada. Quizá se emocionaba todos los años, pero aquel era un caso especial, dado que había tantos huérfanos. Todos fueron a sentarse en su sitio sin mencionar palabra, tal como habían aprendido a hacer durante los ensayos.

El aula magna de la Institución Moser, como todas las demás aulas que allí había, tenía las paredes pintadas de un color imposible de definir, entre el beis y el gris, grandes ventanales con los marcos descascarillados y pupitres de madera. Pero a diferencia de las demás aulas tenía un techo de vigas de madera oscura que parecía la quilla de un barco volcado. Y a lo largo de la pared que había al fondo del aula estaban colgados los emblemas de las dieciocho Academias de Danubia junto con el de la ciudad, con su lema escrito en letras enormes sobre un pergamino sostenido por unos angelitos: «LA VIDA ES MI DERECHO».

Bajo los emblemas había una gran plataforma que no dejaba de crujir sobre la que los seleccionadores se estaban acomodando.

—Disculpen... Quizá nos falte un poquito de espacio —dijo Miss Kindheart, dirigiéndose a los seleccionadores—. Tomad asiento, niños, vamos... Esta es la generación del Año de los Récords, setenta alumnos. Nunca antes había pasado algo así... Bueno, ya casi estamos... Eleven, Fifty-two, intercambiad el sitio... Sixty-six, aquí, en el primer pupitre. Bueno, yo diría que ya estamos. Sí, estamos.

Sentándose en el pupitre que le habían asignado, Twelve miró a Miss Kindheart como nunca antes la había mirado. Vio, quizá por primera vez, a una mujer alta y angulosa con el pelo a media melena y la piel suave como un melocotón. Vio por primera vez a una mujer amable, justa y severa, y descubrió, con gran sorpresa, que, a su manera, le tenía cierto cariño a aquella dulce disciplina. No era capaz de imaginar una vida sin ella y sin sus horarios. ¿También iba a echar de menos a Miss Kindheart?

Se sentó.

Y la silla crujió, llevándose con el crujido sus últimos pensamientos.

—Niños —les pidió Miss Kindheart—, saludemos a la Comisión de Regios Seleccionadores de la ciudad de Danubia.

Los huérfanos se pusieron de pie como impulsados por un resorte, Stephen un segundo antes que los demás.

—¡BUENOS DÍAS, COMISIÓN!

—Sentaos, sentaos, chicos. La Comisión nos honra enormemente con su presencia, así que espero que estéis a la altura del examen que os espera. Durante muchos años habéis sido huéspedes de la Institución Moser, os he criado uno a uno y considero que sois casi como mis hijos...

—Ejem, ejem —rezongó uno de los seleccionadores.

Miss Kindheart se sonó la nariz con un pañuelito color cereza.

—Sí, perdónenme. Como iba diciendo: habéis sido nuestros huéspedes durante todos estos años y os habéis preparado bien. Hoy, por fin, ha llegado el día de la Selección. Una de las Academias de Danubia os espera para convertirlos en ciudadanos responsables preparados para ocupar su lugar en el mundo. Espero que la Selección refleje adecuadamente vuestras aspiraciones, y os deseo mucha felicidad en vuestro futuro.

La directora interrumpió de nuevo su discurso, con la voz trémula por la emoción, y a Twelve le entraron ganas de levantarse para abrazarla.

—Yo creo que ya está bien, señora directora —atajó uno de los seleccionadores, un hombre tan corpulento que para sentarse necesitaba dos sillas—. Empecemos el examen.

El rollo era de papel grueso y rígido.

Twelve pasó los dedos por el encabezamiento y en la primera línea escribió su nombre rápidamente: «12».

El número brilló durante un segundo con una extraña luz dorada y luego dio la sensación de hundirse en el papel y volverse opaco y distante.

—Oh —se le escapó a Twelve.

Stephen, que estaba a su lado, sonrió.

—¿Has visto? El papel alquímico ha empezado a registrar los datos.

—Ya no hay vuelta atrás. No podemos equivocarnos.

—Y no podemos mentir. Así que, te lo pido por favor: nada de tonterías.

—Ya lo sé.

—Y nada de mentiras inocentes.

—Ya lo sé —respondió Twelve, pero, de todas maneras, sintió un escalofrío. Sabía que si no respondía sinceramente a todas las preguntas, podría encontrarse con que ninguna academia quisiera aceptarla. Pero no quería pensar en eso.

—Me portaré bien —prometió. Y luego susurró—: Suerte.

—Mierda para ti también.

Stephen le guiñó el ojo, desenrolló un buen trozo de pergamino y se concentró en

el examen.

Twelve se apresuró a imitarlo.

La primera pregunta que leyó era muy sencilla: «¿Cuál es tu color favorito?».

—Morado —respondió Twelve.

La segunda pregunta, desgraciadamente demasiado inoportuna para un huérfano, era: «¿A qué academia pertenecen tus padres?».

La chica se lo pensó un momento y respondió:

—No lo sé.

Y así proseguía el examen: flor preferida, libro preferido, compositor preferido. Luego había problemas de lógica, preguntas sobre sus expectativas y sobre sus emociones, preguntas rarísimas y sin significado aparente como «¿Cuántos guwurlis usarías para grisar un papajero?».

Twelve no tenía ni idea, y pensó en volver a escribir «No lo sé», pero luego decidió que era claramente una pregunta para probar su sentido del humor, y por eso escribió: «Los guwurlis flipulan, así que usaría un par de miciardos».

—No hay vuelta atrás —se repitió, suspirando.

Continuó así durante un buen rato, levantando la cabeza de vez en cuando para ver qué hacía Stephen. Él tenía la frente cubierta de gotitas de sudor, brillantes como las lágrimas de cristal de la lámpara de araña del refectorio.

Todos los huérfanos estaban sumidos en un estado de concentración absoluta. No se escuchaba otro ruido que no fuera el leve roce de las plumas sobre el rollo de pergamino y el murmullo de los seleccionadores en la cátedra. Algunos sonreían, otros parecían nerviosos. Un par tenía la cabeza hundida en sendos periódicos.

Twelve leyó las últimas tres preguntas de su examen.

«Si pudieras decidir, ¿en qué academia te inscribirías?».

—Academia de Servicio —respondió.

«¿Estarías dispuesta a dedicarte con todo tu ser a tus estudios?».

—Sí.

«¿Cuál es tu mayor sueño?».

Twelve intentó responder «Llegar a ser una buena Camarera», pero se detuvo. Porque, bueno, sí, estaba dispuesta a dedicarse en cuerpo y alma a ser Camarera, y si la elegían podría ver a Seventy Stephen muy a menudo. Pero ¿de verdad era ese su mayor sueño? No estaba segura, y en realidad creía que no. Stephen había nacido para ser un Húsar: desde que tenía seis años jugaba a hacer ejercicios militares en el patio, y una vez lo habían castigado porque había dibujado con ténpera dos manchas doradas en su bata, simulando los alamares de un uniforme.

Y Rebecca Thirty-five, con lo presumida que era, había nacido para ser Organizadora. Pero ¿Twelve? Pensaba que no era suficientemente inteligente para ser Escriba, ni suficientemente paciente para ser Maestra. Ser Camarera era lo más lógico, lo más factible, e incluso Miss Kindheart había mencionado que, de mayor, Twelve podría convertirse en una fantástica y diligente Camarera.

Lo que, por lo que a ella respectaba, era desde luego mucho mejor que terminar siendo Banquera o quedarse sin academia, sin otra opción que permanecer en el orfanato o irse de la ciudad. Eso no podría soportarlo de ninguna manera. Al menos, no sola.

Podría escribir que no lo sé, pensó. Al fin y al cabo, ya he dicho que estaría dispuesta a dedicarme plenamente. ¿Qué más da que sea o deje de ser mi mayor sueño?

Que desconocía cuál era su mayor sueño era la respuesta más sincera que podía dar. Podía ser importante. Podía ser muy importante.

Tengo que decir la verdad.

—Todavía no tengo un gran sueño. —Era la verdad.

Ni siquiera encontrar a sus padres.

Ni siquiera...

Sonrió.

Ni siquiera casarse con Stephen.

Pero quizá aquello no fuera lo que se esperaba de ella: si respondía que no tenía las ideas claras sobre su futuro, podía suceder que los seleccionadores criticaran a Miss Kindheart y la formación que les había dado. Y eso no podía pasar.

Y además, después de todo, se trataba de su sueño: ¿qué iba a saber aquel rollo de papel?

Twelve pensó que podía escribir un poco lo que le diera la gana, y que nada de lo que escribiera podría considerarse una mentira. Como mucho, era como haber intentado... dar el máximo. Responder de modo que lo que los demás esperaban de ella se convirtiera realmente en su sueño.

Twelve cerró los ojos, los volvió a abrir y escribió en el papel «Llegar a ser una», luego contuvo la respiración. Durante un segundo pensó que el papel se iba a manchar de plateado, anulando el examen y obligándola a admitir que había mentado a la Comisión.

Pero el pergamino seguía frente a ella, aguardando.

¿Llegar a ser qué?

Con el corazón latándole con fuerza, Twelve añadió algo que nunca habría pensado que escribiría:

—Llegar a ser una persona importante.

Y luego apartó la pluma del papel, como si fuera un cuchillo, y se la metió en el bolsillo. Las letras brillaron durante un segundo y se volvieron opacas como las demás.

Su respuesta había sido aceptada.

Y, ahora, Twelve ya no podía dar marcha atrás.

La caja secreta

—Soltad las plumas, enrollad de nuevo los pergaminos y dejadlos en el pupitre frente a vosotros. Yo pasaré a recogerlos —dijo Miss Kindheart.

Twelve se estiró en el pupitre. Trató de parecer tranquila y ligeramente cansada, pero en realidad sentía cómo le hervía la sangre y le temblaban las manos.

—Bueno, ¿cómo ha ido? —preguntó, riendo. Su voz le sonó falsa y vacía—. ¿Todo bien, no? La verdad es que algunas eran un poco difíciles... ¿Qué has respondido a las preguntas de matemáticas sobre la fruta del mercado?

—Yo qué sé —respondió Stephen.

—Eh, oye, ¿me estás escuchando? Menuda cara tienes... ¿Ha pasado algo?

—No, no —negó él—. No pasa nada.

Pero no parecía que estuviera bien. Estaba pálido, lívido, como si tuviera fiebre alta. «El Seventy Stephen de siempre», pensó Twelve. Seguro que pensaba que se había equivocado en alguna pregunta a la que en realidad había respondido perfectamente, y ahora estaba convencido de que los Húsares lo rechazarían. Si supiera lo que había hecho Twelve... Un desastre, probablemente. ¿Qué derecho podía tener una huérfana como ella de escribir que soñaba convertirse en una persona importante? ¿Y cuáles serían las consecuencias? Probablemente se pasaría toda la vida haciendo compañía a Pookie y a las escobas del trastero.

Miss Kindheart estaba recogiendo de los pupitres los rollos de pergamino, colocándolos formando una pirámide perfecta dentro de una cesta de mimbre. Luego, llevó la cesta hasta la cátedra.

—Chicos —exclamó—, ¡silencio! Ahora corregirán vuestros exámenes y seréis enviados a diferentes aulas para ser entrevistados por los Regios Seleccionadores en la segunda parte del examen: el oral.

En el aula magna volvió a hacerse el silencio. La mirada de Twelve se quedó prendida del letrero que colgaba de la pared: «La vida es mi derecho». Pero ¿realmente lo era?

—¡Chicos! Os recuerdo que los orales son la parte más importante del examen de admisión —prosiguió la directora—. El examen escrito simplemente sirve para proporcionar una indicación general sobre vuestro potencial, pero serán los exámenes orales los que determinen definitivamente en qué escuela entraréis. Así que os ruego

que os esforcéis al máximo.

Miss Kindheart hizo una nueva pausa, y, por un segundo, Twelve tuvo la impresión de que clavaba la mirada en ella. Pero no era más que otra demostración de la increíble capacidad de la directora para que todo el mundo se sintiera involucrado. Twelve sabía que, igual que ella se sentía observada, también lo hacía Andrew One, que sin duda entraría a formar parte de los Alquimistas, o Eleanor Twenty, que podría llegar a ser Organizadora y quizá un día ayudaría a los nobles a gobernar la ciudad... Ella sí que podría convertirse en una persona importante.

—Os recuerdo, chicos, que no sabréis a qué academia pertenecen los seleccionadores a los que os referiremos. Solo se os comunicará el número del aula y lo único que debéis es... hacerlo lo mejor que podáis. Por eso, poned toda vuestra atención y no os sorprendáis ante lo que os pregunten. No perdáis el tiempo intentando adivinar con qué académico estáis hablando: concentraos únicamente en demostrar de la mejor manera todo lo que sois capaces de hacer.

Daba la sensación de que, en el aula magna, los setenta huérfanos del Año Negro hubieran dejado de respirar. Miss Kindheart les había hecho aquellas mismas advertencias muchas veces durante la preparación del examen, pero aquel momento era realmente demasiado importante como para no prestar la máxima atención posible.

Debía de haber pasado lo mismo con los chicos del año anterior. Aquella chica guapísima, Amber Nueve, con el pelo negro y los ojos verdes como ópalos, que quería entrar en la Academia de Servicio, igual que Twelve, durante el examen se había equivocado en algo y había terminado en el Templo, con los Monjes, donde debería pasar el resto de su vida meditando.

Los regios seleccionadores se levantaron por fin de sus asientos, uno a uno, y salieron del aula magna en un desfile de trajes negros, pajaritas y faldas plisadas. Se escuchaba retumbar por el pasillo el ruido de sus tacones, las puertas de las aulas que se abrían y se cerraban, algunas frases, alguna que otra carcajada y luego un largo silencio que se posó sobre los huérfanos como un manto.

En la sala se quedaron solo Miss Kindheart y una anciana seleccionadora con la melena gris recogida en un sobrio moño, que sacó de un bolso un curioso monóculo dorado y se lo colocó frente al ojo derecho. Twelve lo reconoció inmediatamente porque lo había visto en un libro, y entonces se fijó en las manos manchadas de tinta de la mujer. Debía de ser una Escriba.

—Comencemos —decretó la directora.

Le tendió el primer rollo de pergamino a la seleccionadora, que lo observó y frunció el ceño.

—Thirty-six —lo llamó Miss Kindheart—. Empezaremos por ti. Avanza hasta aquí.

Ellie Thirty-six se levantó del pupitre y se acercó a Miss Kindheart temblando. Tenía la nariz enrojecida y los cristales de las gafas empañados, como si hubiera

llorado.

Mientras tanto, entre las manos de la seleccionadora había aparecido una larga pluma hecha de hueso que usó para apuntar rápidamente unos cuantos símbolos en el pergamino de Ellie. La operación completa no llevó más de un par de minutos, pero a los setenta niños especiales allí reunidos se les antojaron horas. Finalmente, la seleccionadora soltó la pluma, enrolló el pergamino y susurró algo a Miss Kindheart, que asintió.

—Ellie —dijo en aquel momento la directora—, te esperan en el aula siete, en la veintiuno y en la catorce. En ese orden. Y suerte.

La chica se quedó quieta donde estaba, como si estuviera paralizada, y en el rostro de Miss Kindheart se dibujó una sonrisa.

—Ellie..., puedes irte. Hay tres comisiones de seleccionadores que te están esperando: en las aulas siete, veintiuno y catorce.

—Siete, veintiuno...

—Y catorce, sí. Ve. Y ahora, por favor, que se acerque aquí Fifty.

Ellie giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta del aula magna mientras Rose Fifty avanzaba hacia la cátedra como una condenada a muerte. La corrección de su examen fue aún más rápida y Miss Kindheart la envió a cuatro aulas distintas.

Y así procedió con todos.

De vez en cuando, la seleccionadora interrumpía su velocísimo trabajo de corrección y consultaba algo en voz baja con Miss Kindheart. Una vez resuelta la duda, continuaba.

Desde el pasillo se escuchaban los susurros y las risitas nerviosas de los chicos que esperaban en fila para hacer los orales.

Cuando Miss Kindheart llamó a Seventy Stephen, este rozó el hombro de Twelve al pasar a su lado.

—Suerte —le deseó ella.

—Mierda para ti también —respondió Stephen.

Fue enviado a tres aulas distintas, la tres, la nueve y la dieciséis, y Twelve pensó que una, sin duda, debía de ser la de los Húsares, pero ¿las otras dos? ¿A quién más le habría gustado su examen?

El aula magna se fue vaciando poco a poco, y el tenso silencio con el que había comenzado la corrección de los exámenes se convirtió en una calma tranquilizadora, marcada por algún que otro bostezo, mientras allí fuera, en el pasillo, la cháchara de los chicos aumentaba de volumen. Miss Kindheart tuvo que salir un par de veces para llamar al orden, y a la tercera pidió directamente a la profesora Popov que los vigilara.

—¡No me pongáis en evidencia, niños! —exclamó.

Twelve suspiró, aún sentada en su pupitre, y trató de distraerse observando a la seleccionadora. Tenía los dedos largos como plumas de pavo e igual de ligeros, y la nariz recta y afilada. El trabajo de los Escribas debía de requerir paciencia y

memoria, y ella estaba convencida de no poseer ninguna de las dos cosas.

Contuvo un bostezo mientras contaba a sus últimos compañeros. Solo quedaban seis. Luego fueron cinco. Por último, cuatro.

—Twelve, te toca —la llamó la directora.

Se levantó de un salto, alegrándose de no ser la última. Se acercó a la cátedra y se quedó observando a la escriba, que leía su pergamino. ¿Qué diría cuando llegara a la última pregunta? La vio apuntar algo y luego dudar, dejar la pluma y volverse a susurrar algo a Miss Kindheart. Twelve trató desesperadamente de escuchar aunque fuera solo una palabra, pero no fue capaz. Le dio la sensación de que el rostro de la seleccionadora se hubiera endurecido y que el de la directora mostrara una expresión de sorpresa.

—¿Está segura?

La seleccionadora asintió.

Miss Kindheart se giró hacia Twelve y dijo:

—Por lo que parece, solo hay una academia para ti, Twelve.

La chica se columpió sobre sus talones, como si le hubieran dado un empujón.

—¿Cómo? ¿Solo una?

Miss Kindheart se encogió de hombros.

—Es bastante insólito, la verdad, pero ya ha pasado otras veces. No te preocupes, siempre ha sido una muy buena señal, cielo.

—¿Y por qué?

—Porque si hay un único resultado, eso significa que hay una academia que está hecha a medida para ti, ¿no te parece? Y eso siempre es bueno... —«Pero también puede ser malo, si suspendo el examen...», pensó Twelve. Y luego pensó en Pookie —. Así que no te preocupes, estoy segura de que te irá de maravilla. —El rostro de Miss Kindheart, sin embargo, se había puesto de color ceniza, y no parecía en absoluto corroborar sus palabras.

—¿De verdad? —preguntó Twelve.

—Aula dieciséis. Puedes ir.

Twelve inspiró hondo. Stephen también tenía un oral en la dieciséis.

Y, un poco más tranquila, se dirigió hacia el aula.

Todas las puertas que había a lo largo del pasillo eran iguales, pintadas de blanco, con un número torcido recién barnizado. Todas estaban cerradas y los huérfanos esperaban fuera sus respectivos turnos, en grupitos de diferente tamaño. Delante del aula seis, por ejemplo, no había nadie, mientras que frente a la siete había por lo menos quince internos.

Cada vez que salía uno, los demás lo asaltaban para interrogarlo.

—¿Cuántos son?

—¿Qué te han preguntado?

—¿Sabes de qué academia eran?

Aquella era la pregunta más importante, cuya respuesta todos ansiaban conocer.

Twelve vio a Stephen, que aún hacía cola y, sin dejar de caminar, encontró la manera de reducir el paso y acercarse a él.

—¿Cómo está yendo? —le preguntó.

—Ya he hecho el primero.

—¿Y...?

Stephen se encogió de hombros.

—¿Eran los Húsares?

—No, parece que son estos.

Twelve sonrió y le guiñó el ojo, aunque en el fondo sintió algo de decepción: por un segundo se había imaginado que el aula de los Húsares era la dieciséis. Habría sido un sueño loco encontrarse los dos en la Academia Militar, y que ella, Twelve, de repente se hubiera hecho famosa por ser la primera chica húsar de la historia.

La puerta del aula dieciséis estaba abierta y no había nadie en la fila. Twelve llamó a la puerta y, como nadie respondió, asomó la cabeza por ella.

—Adelante —dijo el seleccionador.

El aula era larga y estrecha, con una sola ventana, frente a la cual se encontraba un hombre alto y atlético con el cabello gris recién cortado y engominado hacia atrás.

Cuando Twelve entró, el seleccionador estaba de espaldas a ella y no se dio media vuelta, sino que continuó mirando por la ventana.

—Siéntate —le ordenó pasados unos segundos.

En el aula había una decena de pupitres y sillas dispuestos desordenadamente. Twelve no sabía cuál elegir, así que se quedó de pie, con las manos entrelazadas frente al regazo.

—No te gusta obedecer órdenes, ¿verdad? —le preguntó en ese momento el seleccionador, dándose media vuelta. Tenía un rostro amable y tranquilizador, a pesar de sus ojos, brillantes y penetrantes como un sable, y de la extraña cicatriz que le atravesaba la barbilla.

Twelve se sonrojó, avergonzada.

—No es eso, señor, es que...

—¿Qué?

—No sé dónde quiere usted...

El hombre se la quedó mirando un instante y luego soltó una carcajada.

—Donde tú quieras. Te puedes quedar de pie, si lo prefieres. A ver, ¿a qué academia te gustaría ir? ¿A la que has dicho en el examen?

Twelve se lo pensó un poco, insegura sobre si debía decir la verdad.

—En el examen he escrito que me gustaría entrar en la Academia de Servicio —murmuró, por fin—. Me gustaría ser Camarera de Clase Oceánica. O de Clase Aeronáutica.

—Muy bien. Espero de corazón que tu sueño se cumpla.

Ella gorjeó una risita. ¿Aquello significaba que el seleccionador trabajaba precisamente para la Academia de Servicio? Se movía de un modo elegante, quizá fuera un responsable de personal... ¿o un mayordomo?

—Veamos qué podemos hacer.

Sin darle más explicaciones, el seleccionador colocó sobre uno de los bancos un viejo bolso de cuero: lo abrió y sacó de él un pañuelo de seda negra.

—Solo un momento —dijo, en voz baja. Se colocó detrás de Twelve y le puso el pañuelo sobre los ojos, anudándolo en la nuca. Los dedos fríos del hombre le rozaron el rostro, provocándole un escalofrío en la columna.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Twelve, preocupada.

—Caminar —respondió el hombre—. Y evitar los obstáculos.

—¿Los obstáculos?

—Cuando has entrado en esta aula te habrás fijado en que hay pupitres y sillas por todas partes. Tu cerebro ha visto dónde se encuentran y también sabe dónde te encuentras tú, pero le costará un poco recordarlo. Para ciertas profesiones es fundamental tener buena memoria y saber moverse en ambientes abarrotados sin armar escándalo.

Claro, pensó Twelve. ¿Cómo iba a poder ser «Camarera Oceánica si no soy capaz de moverme entre las mesas sin tropezarme»? Se dio cuenta de que el hombre se había alejado unos pasos de ella y trató de recordar la disposición de los pupitres y de las sillas, tomando como punto de referencia la dirección en la que le parecía que estaba la ventana. Pasado un segundo, tocó una silla. Se mordió el labio, corrigió el recuerdo y volvió a caminar en la misma dirección: una vez ubicada, calculó cuánto se había movido la silla. Dio un paso, dos, tres y luego decidió que había tenido demasiada suerte y se giró de lado, pasando junto a la esquina de un pupitre. Prosiguió, rozó otra silla pero no se detuvo: en sus recuerdos toda el aula estaba desordenada, así que en realidad no había ninguna dirección que le pareciera mejor que otra. Decidió entonces concentrarse en cómo moverse para poder corregir el rumbo en cuanto se diera cuenta de haber rozado algún mueble.

—Muy bien —dijo finalmente el seleccionador. Y, sin que ella se diera cuenta, le quitó la venda de los ojos—. ¿Sorprendida? —le preguntó.

Twelve miró el aula a su alrededor y descubrió que se había movido en dirección contraria a la que había imaginado. Estaba de espaldas a la ventana y frente a una esquina del aula. Un par de pasos más, y se habría chocado contra ella.

El seleccionador, sin embargo, parecía tranquilo. La hizo caminar varias veces frente a sí para estudiar su porte y luego le hizo una serie de preguntas bastante personales sobre su carácter, sus amigos y las expectativas que tenía del momento en que saliera del orfanato.

Twelve le respondió lo que pensaba que él quería escuchar: que era altruista y servicial, que tenía un gran sentido práctico y que, en cuanto a expectativas, salir de allí ya era un buen punto de partida.

El seleccionador cogió algunos apuntes en un cuaderno con las tapas de cuero y luego dijo:

—Muy bien.

—¿Eso quiere decir que casi hemos terminado? —preguntó Twelve.

—Casi. Aún queda una última prueba.

De su enorme bolsa, esta vez, sacó una caja de latón que colocó en una mesa. En cuanto la reconoció, Twelve se sobresaltó. Era una caja de galletas, grande y redonda, blanca con adornos azules claros y oscuros. Sobre la lata, en elegantes letras doradas, se leía: «Macarons Marie».

—¿Pasa algo? —preguntó el seleccionador.

Twelve sacudió la cabeza.

—No, señor —respondió. Le pareció que no procedía contarle que hacía doce años la habían encontrado en una caja de galletas exactamente igual que aquella, y que la coincidencia le parecía dolorosamente significativa.

—Coge una galleta de la caja —dijo el seleccionador y, con un gesto elegante y rapidísimo, apartó la tapa lo justo para que Twelve pudiera meter la mano.

Ella actuó sin pensar, alargó los dedos y los introdujo entre los bordes de la caja, buscando una de las deliciosas pastitas de Madame Marie. Entonces, chilló y apartó la mano repentinamente. Algo dentro de la caja le había pinchado, produciéndole un dolor agudo y ardiente. Se llevó los dedos a la boca. Notó el sabor salado de la sangre y los ojos se le llenaron de lágrimas, pero se negó a echarse a llorar.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó el seleccionador.

—Que es una broma estúpida —respondió ella, esforzándose por mandar el sollozo al fondo de la garganta—. Me ha dolido.

—¿Qué estás pensando de verdad?

—Que le mataría —respondió Twelve, que no consiguió reprimirse. Y luego se llevó la mano a la boca, como para que las palabras retrocedieran por donde habían salido.

Algo brilló en los ojos del hombre.

—Ahora, mete de nuevo la mano en la caja... —dijo lentamente.

—Lo siento, yo nunca...

—Te volverá a hacer daño, sí —prosiguió el seleccionador, ignorando sus excusas—. Pero ahora sabes qué esperar.

Twelve tenía un sabor amargo en la boca, la mano dolorida y le escocían los ojos. Pero la rabia que había sentido hacía un momento, después del pinchazo de la caja, había desaparecido igual que había llegado. Podía negarse, y probablemente no pasaría nada. O podía hacer lo que el seleccionador le había pedido... ¿Los agujones o el orfanato?

¿Por qué no había ningún otro huérfano frente a la puerta número dieciséis?

¿Y dónde estaba Stephen?

Lo que el seleccionador le había pedido era una estupidez, una pura demostración

de poder, pero ¿por qué darle la satisfacción de verla rendirse? A Twelve no la iba a echar para atrás un pinchazo.

Alargó la mano por segunda vez y la introdujo en la caja.

Se mordió el labio, a la espera de que las agujas incandescentes le pincharan de nuevo, pero eso no sucedió. No pasó nada. Ningún pinchazo. Nada de dolor.

—¿Qué sientes? —le preguntó el seleccionador.

—Nada —respondió Twelve, mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Qué hay en la caja?

Twelve movió lentamente los dedos y rozó un envoltorio de papel de embalaje que protegía algo blando. Abrió los ojos de par en par. Era uno de los fantásticos, exquisitos, deliciosos *macarons* de Madame Marie.

—Puedes cogerlo —la animó el seleccionador.

Twelve retiró la mano, apretando el dulce en el puño cerrado.

—¿Ya ha terminado el examen?

—Yo diría que sí. —El seleccionador le tendió un pañuelo—. Siento lo del dedo.

—Y yo siento haberle dicho lo que le he dicho.

El seleccionador sonrió.

—Menos mal que no has conseguido matarme.

—Ni usted a mí —respondió Twelve cuando salía de la habitación.

El collar de cristales de luz

La Institución para Niños Especiales Edgar G. Estanislao Moser estaba justo detrás del terraplén de la orilla sur, allí donde el río Duma formaba un gran meandro y sus aguas tomaban el color de la pizarra.

Era un edificio cuadrado de seis plantas de altura, con cincuenta y dos ventanas dispuestas en hilera a lo largo de cada lado. En su interior albergaba veinticuatro aulas (en el primer piso), un pequeño hospital (en el segundo), un refectorio y una sala recreativa (en el tercero), una biblioteca que, desgraciadamente, solo contenía treinta y un libros (y que estaba en el cuarto piso, junto a los despachos de los profesores y otros lugares de acceso prohibido a los estudiantes) y, por último, veinticuatro salas de dormitorio (en el quinto y sexto pisos).

En la Institución, los números eran fundamentales. Los pisos estaban numerados, las aulas estaban numeradas, las bandejas del refectorio estaban numeradas, igual que las taquillas, las toallas y los rollos de papel higiénico. Hasta los huérfanos estaban numerados: todos en un idioma distinto, dependiendo de la generación. One-Two-Three, Eins-Zwei-Drei, pero también Odin-Dva-Tri y Yi-Er-San.

Era un mundo cerrado y ordenado, protegido por una gran verja de hierro que jamás se abría, salvo para dejar entrar a algún granjero que llegaba rápidamente e igual de rápido se iba. O para acoger a un nuevo huérfano.

La vida, allí dentro, era fácil de comprender. Uno siempre sabía cómo tenía que saludar a un profesor, cuándo podía leer un libro o cuándo podía bañarse, y el tiempo lo contaban los enormes relojes eléctricos que había a la entrada de cada planta.

Los años, los meses y las semanas estaban regulados por precisos calendarios que preveían y organizaban cualquier tipo de actividad, y había ocasiones especiales, como el Día de las Adopciones, donde los padres y las madres de la ciudad podían entrar a visitar a los huérfanos y quizá a hacerle un par de carantoñas a alguno y, si les gustaba mucho, hasta llevárselo a casa. Pero eso sucedía muy raramente, y solo a algunas niñas guapísimas que parecían muñecas de rizos dorados. El resto de días, sin embargo, también tenían horas especiales y minutos especiales, y a fuerza de pensar de aquella manera, de vez en cuando Twelve incluso llegaba a convencerse de que ella también era especial.

En el refectorio, la noche después del examen, Twelve se sentía feliz, entusiasmada y aterrorizada. Todo a la vez, todo mezclado en el estómago y en los dedos. Pidió que le sirvieran su ración de albóndigas en salsa, que la directora había pedido que prepararan especialmente para celebrar la ocasión, y fue a sentarse en su sitio de siempre, para descubrir, con gran sorpresa, que no tenía hambre.

En un día normal, Twelve habría rebañado hasta la última gota de salsa con el pan negro, pero aquella noche se limitó a picotear las albóndigas con la punta del tenedor, sin decidirse realmente a comer. Sabía que, según las reglas de la Institución, le servirían aquellas mismas albóndigas al día siguiente, y al siguiente incluso, si hubiera insistido en no comérselas. En la Institución Moser no se podía dejar nada en el plato.

—¿No tienes hambre? —le preguntó Seventy Stephen.

—Tú parece que tampoco —respondió ella.

—Creo que no me siento demasiado bien. Un poco de tensión, igual, solo es eso.

—A mí me lo vas a decir...

—¿Te ha salido bien? Tiene que haber salido bien, a la fuerza. Ya verás cómo nos ha salido bien a los dos. Seguro.

La miró de reojo, y Twelve comprendió que estaba avergonzado. Seguramente sabía que ella solo había hecho una entrevista en toda la tarde. Por lo que parecía, la noticia se había difundido rápidamente, susurrada como un secreto que todo el mundo se había sentido en la obligación de compartir con alguien más.

—¿Cómo ha ido tu examen con los Húsares? —murmuró Twelve—. ¿Muy mal? Stephen sacudió la cabeza.

—Eran tres y me han hecho hacer un montón de juegucitos estúpidos sobre cómo ordenar ciertos objetos. No me preguntes por qué.

—¿Y el tipo con la cicatriz? ¿Te ha hecho el juegucito de la caja de galletas?

Stephen apoyó el tenedor atravesando el plato. A su alrededor el refectorio estaba empezando a vaciarse: los más pequeños ya se habían ido a la cama y, muy pronto, en torno a la gran mesa de metal tan solo quedarían ellos dos.

—La caja de *macarons*. Menuda tontería, ¿verdad?

—No creo que fuera una tontería —respondió Twelve, mostrando el dedo herido—. Pero me ha sorprendido que me pudiera hacer una cosa así. Y me ha dolido.

—¿Dolido? ¿Qué quieres decir?

—¿Me estás diciendo que a ti no te han pinchado las agujas?

Stephen la miró un tanto sorprendido.

—En mi caja no había agujas.

—¿Qué quieres decir?

—Pues lo que he dicho. El tipo de la cicatriz ha entrecerrado la tapa de la caja de galletas y me la ha acercado para que metiera la mano dentro. Y yo le he dicho: «Oiga, abra la tapa, antes quiero ver qué hay dentro». Entonces ha abierto la tapa y estaba llena de galletas. Fin. Menuda estupidez de prueba.

—¿Y no había agujas?

—Ni una sola. ¿Por qué? ¿A ti qué te ha pasado?

Twelve se lo contó, sintiéndose estúpida por no haberle pedido al seleccionador que abriera la caja antes de meter la mano, como había hecho en cambio Stephen.

Efectivamente, habría sido lo más lógico.

Hundió el tenedor en la salsa y pinchó una albóndiga.

—¿Has recuperado el apetito? —le preguntó Stephen.

—La verdad es que no —respondió Twelve.

Entonces se fue a dormir.

El dormitorio era la habitación preferida de Twelve. Estaba en el sexto piso, justo debajo del tejado, y era una sala enorme con el techo altísimo. En el lado más ancho había cinco ventanas desde las que se podía mirar al exterior, mientras que del techo colgaban cinco lámparas, todas distintas: había una enorme que parecía un candelabro con velas de mentira, una recubierta de tela de tiras de colores, otra que parecía un mapamundi de papel de seda, una que no tenía nada de particular y una hecha con un antiguo ventilador con las palas de madera rotas.

Las camas también eran todas distintas entre sí, recogidas por Miss Kindheart a lo largo de los años. Había una de baldaquín sin baldaquín (en la que dormía la antipática de Rebecca Thirty-five) y otra que tenía el aspecto de una enorme cuna que parecía capaz de balancearse. Había una cama de hospital llena de manivelas para cambiar la posición del respaldo y una de madera que parecía tallada con el tronco de un árbol.

La cama de Twelve era pequeña, de hierro, con el cabezal adornado de arabescos huidizos que, justo sobre la almohada, dibujaban el perfil de una chica con el pelo liso y la nariz recta, con los ojos fijos en algún punto lejano.

Twelve dormía allí desde siempre, y, durante años, antes de cerrar los ojos observaba un momento aquel rostro de hierro curvo, preguntándose quién sería y cómo se llamaría aquella muchacha silenciosa. Estaba segura de que había sido la cama de una chica realmente especial, es decir, muy querida, y se alegraba de que le hubiera tocado precisamente a ella.

—Todavía por una noche más, al menos —murmuró, preparándose para la noche.

Porque al día siguiente, los setenta huérfanos del Año de los Récords, sin excepción, descubrirían su destino y aquella cama le correspondería a alguna otra chica.

Así eran las cosas.

Apenas protegida por la fina sábana, Twelve no conseguía conciliar el sueño y contemplaba, hipnotizada, los garabatos que la oscuridad dibujaba en el techo. El celador hacía ya un rato que había tocado llamando al silencio, las cinco lámparas se habían apagado y las chicas se habían metido en sus respectivas camas para

intercambiar los últimos cotilleos del día. Solo quedaba aquella luz que se colaba por las ventanas desde el exterior. Luz de estrellas y farolas de la ciudad.

Al pensar en la ciudad, Twelve se incorporó y se sentó en el colchón. La verdad era que no iba a conseguir dormirse. Todavía estaba demasiado nerviosa. Alcanzó un jersey y se lo puso encima del camisón, luego metió los pies en las zapatillas y se deslizó sigilosamente por el dormitorio.

La caminata nocturna le hizo recordar la prueba a la que la había sometido el seleccionador aquel mismo día. Si en lugar de en un aula desconocida hubiera estado en su habitación, habría superado el examen sin el más mínimo error.

—Dieciocho escuelas... —canturreó una vocecilla en la oscuridad.

Twelve se quedó inmóvil en el sitio. Aquella especie de quejido repentino le había puesto la piel de gallina mucho más que el suelo helado que notaba bajo sus viejas zapatillas.

Miró a su alrededor en la oscuridad, entre las camas chirriantes, y se dio cuenta de que quien había hablado era Twenty-three, una niña diminuta a la que todos llamaban Pizca. Twelve no podía decir que fuera su amiga, porque Twenty-three era una chica un poco rarita que se pasaba el tiempo escribiendo números en cada hoja de papel que se encontraba. Twelve no sabía con qué academias se había entrevistado, pero se lo imaginaba: seguramente con los Proyectistas. O quizá con los Orfebres, que debían saber hacer cálculos complicadísimos para sus engranajes.

—Dieciocho escuelas —repitió de nuevo Pizca—. Pero ¡hay un error!

—Perdona, ¿qué dices? —murmuró Twelve.

Se acercó a la cama de la chica, convencida de que estaba hablando con ella, pero se dio cuenta de que estaba dormida y de que hablaba en sueños.

—Dieciocho escuelas, treinta y nueve seleccionadores, setenta alumnos, veinticuatro aulas. Hay uno de más...

Cuentas.

Pizca estaba haciendo cuentas dormida.

—Hay uno de más, hay uno de más.

—Sí, sí, muy bien, cuenta todo lo que quieras. Y ya verás cómo antes o después te terminas despertando... —le murmuró Twelve.

Sonrió en la oscuridad y decidió que, después de todo, no tenía tantas ganas de atravesar en medio del frío tres plantas de escaleras para llegar al refectorio y prepararse una taza de té.

Así que dio media vuelta y volvió a su cama. Acarició el perfil de hierro fundido de la chica misteriosa y le susurró una pregunta que, a la mañana siguiente, ya se le había olvidado.

Todos los huérfanos de la Institución se despertaron tensos, pero la atmósfera era diferente de la del día anterior. Sin la curiosidad del examen, la tensión era más nerviosa, maligna, rastrera. Era como si el edificio entero se hubiera convertido en un polvorín. Los chicos del Año Negro habían dormido mal y vagaban por los pasillos

como malhumorados fantasmas en pijama, y, como eran tantos, su nerviosismo se había contagiado también a los más pequeños, que presentían la inminencia de un gran cambio. Y, como todos los niños, detestaban los cambios.

En los baños, en las largas colas frente a los lavabos, por fin estalló alguna pequeña riña, y en el refectorio un chiquillo de nombre Te Trois empezó a meterse con dos chicos mucho más grandes que él, y aunque apenas les llegaba a la cintura, les dio una buena tunda.

Los más astutos de entre los huérfanos más pequeños fingían estar contentos porque dentro de muy poco podrían tener una cama y una taquilla nuevas. La Conquista, al igual que todas las ocasiones especiales, se regía por reglas no escritas, que se transmitían de generación en generación de huérfanos. Pero siempre había alguien que terminaba haciendo su santa voluntad, y así, poco a poco, las reglas iban cambiando.

Twelve llegó al refectorio de las últimas de su dormitorio y se dio cuenta de que Stephen no la había esperado. Casi mejor, se dijo, porque en realidad ella tampoco tenía ganas de verlo. Habría preferido quedarse en la cama durante aquella última mañana, antes de que publicaran los resultados del examen, pero las reglas de la Institución impedían que ningún alumno pasara el día bajo las mantas.

Así que cogió su bandeja y, acompañando a la leche, se encontró en el plato las albóndigas en salsa que se había dejado la noche anterior, frías y repugnantes.

—Nunca más —murmuró—. Nunca más me vuelvo a dejar nada en la cena. Lo juro.

Y se preguntó si tenía sentido mantener el juramento, dado que con gran probabilidad aquel sería su último desayuno allí dentro.

El patio y la sala recreativa parecían invadidos por los setenta internos del Año Negro. Algunos, reunidos en corrillos, discutían en voz baja con cara de circunstancias. Otros lloraban. Otros, pocos, habían encontrado un balón y estaban organizando el que sería su último partido juntos.

En la biblioteca la atmósfera también se notaba bastante cargada: los treinta y un libros estaban en préstamo y las estanterías se encontraban vacías y desoladas. Una pena, porque a Twelve le habría venido bien cualquier libro, incluso *Las almas muertas*, que era la novela más aburrida de todas y que todo el mundo trataba de evitar si es que podía (aunque, antes de abandonar la Institución, no había huérfano que no se la hubiese leído al menos un par de veces).

—Yo así no puedo estar —declaró Twelve—. ¡Mejor me subo al tejado!

Para llegar había que volver al sexto piso, donde estaban los dormitorios de las chicas, y meterse en el cuartito de la ropa de cama, donde los criados guardaban las mantas y las sábanas de recambio. En lo alto de las estanterías había una trampilla de madera de color claro que se podía levantar con un par de codazos bien dados. Desde

allí se llegaba a un espacio minúsculo lleno de mantas viejas, tan estrecho que no se podía estar ni siquiera de rodillas, y desde donde había que arrastrarse hasta llegar a una pequeña claraboya que llevaba fuera.

Subir al tejado era peligroso y estaba prohibido, y las instrucciones para llegar allí las custodiaban celosamente un par de huérfanos de cada generación. Twelve ya había decidido a quién de los más pequeños revelaría el secreto antes de marcharse, dejándole la tarea de intentarlo por su cuenta. Y de esa manera descubriría cómo se calentaban las tejas de piedra bajo el sol invernal, y cómo resguardarse del viento pegándose a las grandes chimeneas centrales. Encontraría el nombre de Twelve y el de Stephen grabados con la punta de una llave en los ladrillos de la chimenea más grande, y, lo más importante, podría ver fuera del muro que rodeaba el orfanato y escrutar la majestuosa ciudad de Danubia, que se extendía más allá de donde alcanzaba la vista a lo largo de las orillas del río Duma. Los tejados negros de las casas de los funcionarios y los rojos de las de los nobles. Las barcas llenas de misteriosas casas de madera que bajaban y subían la corriente y las casas flotantes con su borboteo de vapor que pasaban bajo las arcadas de los grandes puentes de la ciudad. Y también estaban los edificios. Las torres. Las prisiones con planta en forma de flor, allí, hacia las colinas, y del otro lado el océano infinito, que visto desde el tejado parecía una simple línea de sombra bajo un cielo cuajado de nubes grises.

Twelve se acuclilló en el saliente del tejado, con los pies encajados en el borde de cobre del canalón. Miró distraídamente hacia los dirigibles que se movían perezosamente entre las nubes y los cables resplandecientes de los tranvías que chirriaban por las vías. Se preguntó cómo sería estar allí abajo, en medio de aquel ajetreo. Y cómo haría para no sentirse perdida.

Algunas tejas del tejado, detrás de ella, crujieron.

—Eh.

El rostro sonriente de Seventy Stephen asomó desde detrás de un lucernario. Luego, el muchacho escaló las tejas y fue hacia ella con la agilidad de una araña.

—Creía que los Húsares no podían violar las reglas.

—Las Camareras tampoco. —Se colocó a su lado, hombro con hombro—. Somos dos solitarios, ¿no?

—Eso parece —respondió Twelve.

—¿Quieres que me vaya?

—No. Me gusta que hayas tenido la misma idea que yo.

—Ahí abajo están todos de los nervios.

—¿Y tú no?

—Yo siempre estoy de los nervios. Y no dejo de pensar ni un solo momento.

Twelve intentó estudiar el rostro impassible de su amigo, y luego le echó los brazos al cuello, empujándolo adelante y atrás, como hacía siempre que quería animarlo un poco.

—Pero ¡qué tienes que pensar! Si yo fuera tú, sería el huérfano más tranquilo de

la Institución. Eres un Húsar desde que naciste, ¡nunca he conocido a nadie que sea más Húsar que tú! A veces eres tan Húsar que me pregunto por qué todavía no llevas el sable a la cintura.

Stephen rio para sí.

—Quizá mis padres también eran Húsares y me dejaron en la Institución Moser pensando que era un cuartel...

Aquel era un juego al que solían jugar a menudo, pero, por algún motivo, aquel día no les parecía tan divertido.

—¿Sabes? —preguntó por fin Stephen, con rostro sombrío—: En realidad, mi entrevista con los Húsares no salió demasiado bien.

Twelve no dijo nada.

—Al seleccionador se le escapó que soy demasiado delgado y enclenque. Y puede que... no lo consiga.

Twelve no se lo podía creer. Era la primera vez que escuchaba a Seventy Stephen expresar una duda en voz alta.

—Dicen que los primeros años del adiestramiento son muy duros..., y que los mayores miran las matrículas con lupa. Te lo hacen pasar mal por el simple hecho de estar allí. Te tiran cubos de agua helada mientras duermes. Te cuelgan la ropa de los árboles en invierno y tienes que ir a por ella desnudo. Y...

Twelve rio.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Bueno, me he imaginado la escena. No me dirás que no es divertido. Además, luego te tocará a ti hacérselo a otros y... —Se interrumpió. Stephen tenía dos círculos rojos alrededor de los ojos y una mirada de verdadera preocupación—. O igual no —concluyó Twelve, poniéndose serio de nuevo—. Igual no es nada divertido —dudó un segundo, y luego añadió—: Yo creo que no importa lo delgado que estés...

—¿No?

Twelve sonrió. Stephen tenía el físico de un saltamontes, pero aquel no era precisamente el mejor momento para decírselo.

—No —murmuró—. Es una cuestión de respeto. Todos los huérfanos acuden a ti cuando les pasa algo, o cuando tienen que tomar una decisión. Esa es tu virtud.

Stephen paseó la mirada sobre la ciudad, y así se quedaron durante un tiempo que se les antojó eterno.

—Oye —dijo el chico al final de aquella larga contemplación—. Hay algo... algo que quería darte.

—¿El qué?

—Una especie de regalo. Para que te acuerdes de mí cuando..., bueno..., ya sabes. —Rebuscó en los bolsillos y sacó un paquetito envuelto en tela color verde oliva—. Cógelo —la animó Stephen—. Bueno, no es gran cosa, pero...

Twelve cogió el paquetito entre las manos y apartó la tela. Dentro vio algo que brillaba y dejó escapar un gritito de asombro.

—Lo he hecho yo. No me ha salido exactamente como quería, pero...

—Shhh —lo interrumpió Twelve, apoyándole un dedo en los labios—. Calla. Es precioso.

Era un collar de hilos de distintos colores entrelazados, rojo, azul, amarillo y blanco, con un colgante en forma de gota hecho con tres trocitos de cristal.

—Pero ¿de dónde...? —murmuró Twelve, observándolos a contraluz—. ¿De dónde los has sacado? Son preciosos.

Seventy Stephen rio maliciosamente.

—De la lámpara de araña del refectorio. Me subí a ella una noche.

—Pero ¡Stephen!

—Bueno, nadie se va a dar cuenta. Y a nosotros nos hacían más falta.

Twelve giró el colgante entre sus manos, pensando que nunca había visto nada tan bonito.

—¿Me ayudas a ponérmelo? —preguntó, dándose media vuelta para que Stephen pudiera colgárselo del cuello—. Tenemos que bajar ahora mismo, quiero vérmelo en el espejo.

—Igual no es muy buena idea... —murmuró Stephen—. Ya está.

—¡Igual es una idea estupenda! —exclamó Twelve. Luego cogió a su amigo de la mano y lo arrastró por la claraboya, la entreplanta y, finalmente, por el cuartito de la ropa de cama.

Bastó que pusieran un pie en el pasillo para darse cuenta de que, entretanto, había pasado algo. En el piso de abajo, los demás huérfanos corrían y gritaban. Sin intercambiar ni una sola palabra, Twelve y Stephen bajaron las escaleras volando y en el cuarto piso se encontraron con algunos de sus compañeros que corrían en dirección contraria, con los rostros rojos de la emoción.

—¿Dónde os habíais metido?

—¡Os hemos buscado por todas partes!

—¡Solo faltabais vosotros!

Twelve se escondió el collar dentro de la camiseta interior.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Stephen, aunque lo sabía perfectamente.

—¡Ya han salido las notas del examen!

—¡Y tú estás en los Húsares!

Stephen se tambaleó sobre los escalones.

—¿Y yo? —preguntó Twelve.

—Academia de Servicio —respondió uno de los otros huérfanos—, ¡conmigo! Pero venga, ¡venid abajo! La gente se ha vuelto loca. ¡Han cogido a Alex en los Alquimistas!

—¡Y a Ollie en los Orfebres!

Las voces y los gritos a su alrededor se volvieron cada vez más distantes mientras Seventy Stephen y Twelve bajaban al primer piso. El examen, las pruebas, los resultados. Las dieciocho academias. Y luego... todo aquel tiempo. Aquel tiempo que

había pasado como un relámpago.

—Soy un Húsar —murmuró él.

—Y yo una Camarera —respondió ella.

Se miraron y, por primera vez, Twelve tuvo la impresión de estar mirando a una persona distinta de su mejor amigo. Veía el futuro, y era un futuro que sabía a separación y grandes distancias. Fue cuestión de un segundo, y luego volvió a ser el mismo Stephen de siempre.

—Por lo que parece —dijo—, lo hemos conseguido.

La calesa rojo fuego

Con el tiempo, Twelve aprendería que despedirse de alguien era como tener que bañarse en agua helada: la única manera de que no te diera miedo el frío era lanzarse de golpe.

La despedida de los chicos de la Institución Edgar G. Estanislao Moser fue organizada por la directora de manera que sucediera del siguiente modo: sin posibilidad de eludirla, y tan rápida y repentina que casi ni se dieron cuenta. Apenas el tiempo suficiente para quedarse con la nariz levantada frente a las dos grandes hojas de color azul celeste en los que estaban escritos sus setenta números y cotillear a qué academias habían sido asignados sus amigos: Beth a los Músicos, Ollie y Twenty-three a los Orfebres, Twenty-eight a los Viajantes junto con Forty-nine (como siempre habían querido), entre abrazos, risas y alguna desilusión.

Algunos de ellos permanecerían juntos. Otros seguirían su propio camino en soledad absoluta. La buena noticia era que ninguno de los setenta huérfanos del Año Negro se había quedado sin academia, y por tanto el pobre Pookie volvía a ser el único que no había conseguido aprobar el examen.

Twelve comprobó rápidamente a quiénes de sus compañeros de vida volvería a ver. Eran bastantes: Marianna Four, Hugo Eight, Henry Seventeen, Rebecca Thirty-five, Damian Forty y las gemelas Sixty-one y Sixty-two.

Twelve y las gemelas eran bastante amigas, considerando que nunca se había peleado con ellas, mientras que Rebecca era la chica más retorcida de toda la Institución y le fastidiaba muchísimo tener que volver a toparse con ella. Y Hugo...

—Increíble —murmuró—. ¡Hugo está conmigo en Servicio!

—Sí —le respondió Andrew One, que estaba a su lado—. Está en la habitación llorando. No se lo esperaba para nada.

—Ya me imagino —comentó Twelve secamente.

A ella también la sorprendía: Hugo era uno de los chicos más inteligentes de toda la Institución, se sabía de memoria los libros de la biblioteca y siempre era el mejor en todas las asignaturas. Todos esperaban que llegara a ser Alquimista u Orfebre, y Twelve lo había visto muchas veces en la sala recreativa enredando con artilugios y pociones extraños. No conseguía imaginárselo como Camarero.

—¡Niños, niños, orden! ¡Silencio!

La vocecilla estridente de la profesora Popov retumbó entre las paredes del aula e hizo temblar los cristales. Luego, la mujer hizo repiquetear en el suelo su bastón de paseo con punta de hierro, que liberó una ráfaga de chispas azules, llamando la atención de los huérfanos como si fueran fuegos artificiales.

La profesora estiró el huesudo cuello, envuelto en la esclavina de piel que siempre llevaba para combatir el frío, y con el bastón señaló una gran caja de cartón que había al lado de la puerta.

—Y ahora, escuchadme bien —declaró—. En esa caja están vuestras mochilas de viaje. Al salir de esta sala, cada uno debe coger una mochila, ir a su taquilla y meter dentro todo lo que quiera llevarse. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señora —respondieron los huérfanos.

—Muy bien. Tenéis una hora. Exactamente dentro de una hora nos encontraremos en el patio, donde las carrozas os estarán esperando para llevaros a vuestras respectivas academias.

En ese momento, muchos huérfanos protestaron.

—Pero ¿cómo? ¿Tenemos que irnos ya, hoy?

—¡No es justo!

—¡Por lo menos hasta después de comer!

—¡Una última tarde juntos!

Twelve se dio cuenta de que todas aquellas voces sonaban asustadas. Habían esperado tanto aquel momento, habían soñado tanto con él que, ahora que había llegado, su instinto natural era echarse para atrás.

La profesora Popov volvió a golpear el suelo con el bastón.

—¡Silencio! —los intimidó—. Os recuerdo que la Institución Moser es una institución pública, financiada por el gobierno de esta ciudad y por la piedad de sus ciudadanos. Vosotros ya no sois niños especiales: ahora que habéis aprobado el examen, habéis pasado a ser alumnos de vuestras nuevas escuelas..., ¡y ya les toca a ellas ocuparse de vuestras necesidades! —Terminó el discurso con un suspiro que a Twelve le pareció de alivio, y en aquel momento a todos les quedó claro que no valía la pena protestar.

Los huérfanos se pusieron en fila, como estaban acostumbrados, y cada uno cogió una mochila y se encaminó por los pasillos.

En realidad, una hora era casi demasiado para preparar lo que Twelve quería llevarse. Todavía llevaba puesto el collar de Stephen, escondido debajo de la camiseta interior, y en la taquilla que compartía con él solo quedaban la caja de galletas de metal, un cuaderno con las tapas rojas y una foto arrancada de un periódico que había encontrado hacía muchos años y que, quién sabe por qué, había conservado todo aquel tiempo. En ella aparecía el salón de fumar de uno de aquellos grandes dirigibles reservados exclusivamente a los nobles y a las personas importantes, donde, de hecho, aparecía sentado un caballero vestido de gala que bebía un cóctel de un vaso resplandeciente, y una azafata con el uniforme color gris y el sombrerito, el pelo

recogido con un moño elegante pero discreto. Debajo de la foto se leía: «Aerolíneas Oppenheim: vuelen con nosotros».

Twelve pensó que le gustaría volar con ellos, vestir uno de aquellos elegantes uniformes y peinarse así. Y, ahora, realmente parecía que lo había conseguido.

Se encontró en el patio de la Institución Moser casi sin darse cuenta, con la mochila de viaje medio vacía colgada de un hombro.

La gran verja de la Institución estaba abierta y, como había anunciado la señorita Popov, el patio estaba atestado de carrozas y calesas, caballos que repicaban los cascos contra el suelo, tensando las bridas, y vehículos automáticos con motor de latón que lanzaban nubecitas de humo.

Al otro lado de la verja se veía una acera atestada de hombres y mujeres que caminaban con la cabeza hundida en el cuello levantado de los abrigos y, de vez en cuando, alguno lanzaba una mirada curiosa hacia aquel patio que normalmente siempre estaba cerrado.

—¡Santísimo Estanislao! —exclamó Twelve, pensando que dentro de muy poco ella por fin estaría al otro lado—. Stephen, ¿no es genial?

Y como él no le respondió, Twelve se dio cuenta de que, por primera vez en su vida, Stephen no estaba con ella, a su espalda, para protegerla, y ella no estaba hablando por los dos. Stephen no estaba y ya nunca iba a estar, y su mitad de la taquilla estaba vacía.

Debió de poner una expresión perdida, porque Rebecca Thirty-five, mirándola, halló la manera de atormentarla con una de sus retorcidas sonrisas.

—Estás buscando a Seventy, ¿verdad? Lo siento mucho —rio con sarcasmo—, pero se ha ido ya.

No puede ser, pensó Twelve. Notó que se ahogaba. Agitó los brazos como para recuperar un equilibrio que se había hecho añicos, y miró a su alrededor, perdida.

¿Stephen se había ido? ¡Y ni siquiera se habían despedido!

Vio a la profesora Popov, que tenía una larga lista y trataba de repartir a los huérfanos en los diferentes vehículos entre gritos y empujones, y pensó en correr a pedirle ayuda y entonces, repentinamente, se fijó en un carruaje majestuoso que se dirigía hacia las verjas de la Institución. El escudo de la puerta mostraba un sable con una serpiente enroscada en la hoja.

¡Los Húsares!

Corrió hacia allí y agitó los brazos, gritando:

—¡Detente! ¡Detente!

El cochero se volvió hacia ella, tensó las riendas y, finalmente, decidió que aquella chiquilla no tenía autoridad suficiente como para detenerlo y espoleó a los caballos.

Pero Twelve siguió corriendo y gritando hasta que la cabeza de Stephen asomó por la ventanilla. Stephen también gritó, la portezuela de la carroza se abrió en movimiento y él salió de un salto, rodando por el suelo.

—¡Twelve! —Y luego, en voz más baja—: Te he buscado por todas partes, no podía irme sin decirte adiós, pero me han dicho que ya te habías...

Twelve se lanzó a sus brazos sin escucharlo, apretando el rostro contra el pecho huesudo de su amigo. Los brazos de Stephen, el olor de Stephen, el cálido latido de su corazón.

—¡Soldado! —gritó alguien.

Desde la carroza, ahora detenida y con la portezuela aún abierta, había descendido un joven húsar de uniforme. Stephen se dio media vuelta para encararse a él, pero al soldado no le dio tiempo ni de abrir la boca.

—¡A la carroza! —le ordenó—. Acabas de cometer una infracción de disciplina y pasarás tu primera noche en la Academia en la celda de castigo.

—Sí, señor —exclamó Stephen, soltando por fin la mano de Twelve—. Discúlpeme, señor.

—*Marsch!*

Twelve permaneció inmóvil, y solo en aquel momento se dio cuenta de que estaba justo al otro lado de la verja de la Institución, en la acera de una calle de Danubia.

Había traspasado la frontera invisible de la Institución Moser por primera vez desde que había nacido, y en lugar de sentirse feliz, como siempre había pensado, se sentía terrible e inútilmente sola.

A medida que las carrozas se iban marchando, el patio de la Institución recuperó la calma.

Twelve recogió su mochila de viaje y se reunió con el resto de alumnos destinados a Servicio.

—Lo... lo siento —la saludó Hugo en cuanto la vio. Balbuceaba, como le pasaba siempre que se emocionaba—. Por Ste-Ste..., por Stephen.

—Da igual —susurró Twelve, obligándose a sonreír—. Antes o después tenía que pasar, ¿no? Igual es preferible así. —No se creía nada de lo que estaba diciendo, pero expresarlo en voz alta hizo que se sintiera mejor—. Y tú ¿cómo estás?

—Igual es lo mejor para mí también, quizá.

Hugo era un chiquillo torpe, algo regordete y con un cabello oscuro que se le adhería a la frente como si alguien se lo hubiera pegado con pegamento. A diferencia de la de Twelve, su mochila de viaje estaba insólitamente llena y parecía a punto de reventar.

—¿Quieres que te lleve algo? —le preguntó.

Hugo dudó.

—La verdad es que no, gra-gra-gracias. Son solo ar-ar-artilugios. Ro-ro-robots y cosas así que esperaba poder llevarme a los Orfebres, aunque... cre-cre-creo que en Servicio no me van a hacer falta. Pero no he sido capaz de dejarlos.

Twelve asintió.

Y pensó que quizá Pookie tenía razón: era mejor quedarse en la Institución Moser para siempre y crearse un pequeño mundo silencioso al resguardo de todas las cosas espantosas que les aguardaban allí fuera.

Muy pronto quedaron solo ellos ocho y la carroza de la Academia de Servicio. Los huérfanos esperaban instrucciones diligentemente, y, mientras tanto, la señorita Messelmeier discutía animadamente con el cochero. Por lo que parecía, los de Servicio habían mandado una carroza demasiado pequeña. Twelve le echó un vistazo al vehículo: allí solo había sitio para cuatro huérfanos, como mucho cinco.

Fue la profesora Popov quien resolvió el asunto con su consabido sentido práctico. Apareció en una carroza cerrada conducida por un distinguido cochero. Dentro solo había una huérfana de las más jóvenes del centro: se llamaba Ninon Uno.

La profesora Popov dividió a los internos en dos grupos.

—Ellos irán en la carroza de Servicio directamente a la Academia —explicó—. Mientras, Twelve, Rebecca y Hugo, vosotros podéis subir al coche de este amable señor. No le importa, ¿verdad?

Por toda respuesta, el cochero se tocó la frente.

—En absoluto, es un placer: así la pequeña se aburrirá menos.

—Mirad qué suerte —añadió la profesora—. Haréis el viaje con la pequeña Ninon, ¡que acaba de ser adoptada!

—¿En serio? —preguntó Twelve—. ¡Es una noticia estupenda!

Miró a la niña, observándola con detenimiento por primera vez. Piel de porcelana, ojos verdes como gemas, cabello pelirrojo y muy rizado que parecía fuego líquido. Una muñequita, en definitiva. No era sorprendente que alguien quisiera quedársela.

Cuando se dio cuenta de que Twelve la estaba observando, Ninon le sacó la lengua, y ella se sorprendió riendo para sus adentros: además de ser hermosa, la pequeña tenía un buen carácter.

—Venga, chicos —atajó la profesora Popov—. ¡La Academia os espera!

Twelve subió al coche y se colocó en el asiento trasero con Hugo mientras Rebecca se acomodaba delante, colocándose la larga melena castaña sobre los hombros con ostentosa calma. El conductor cerró la puertecilla y trepó a su asiento, Twelve se asomó para ver si Miss Kindheart venía a despedirse.

El patio estaba desierto salvo por una calesita rojo fuego que alguien parecía haberse dejado olvidada allí, pero de Miss Kindheart no había ni rastro. A Twelve se le encogió el corazón porque Miss Kindheart había sido lo más parecido que había tenido a una madre, y aquella repentina frialdad en el momento de la despedida le resultaba demasiado dolorosa.

Igual lo que pasa, se dijo, es que está tan disgustada por tener que dejarnos marchar que no puede quedarse a ver cómo nos vamos.

Así que se concentró en la hermosa carita de Ninon, que se había sentado a su lado con aires de estar haciéndole un gran favor. Aunque se notaba que ella también estaba un poco asustada.

—Tienes que estar contenta, pequeña —le dijo Twelve—. ¡Estás yendo con una familia de verdad!

—Sí, está contenta, pero tú sube la ventanilla, que hace frío —rezongó Rebecca. Twelve la obedeció de mala gana. ¡Qué horrible era aquel tono de voz!

Cuando la calesa partió con una sacudida, Ninon se puso de pie y así se quedó durante todo el trayecto.

El cansancio, las emociones y la melancolía del adiós desaparecieron en cuanto la carroza se puso en camino.

Los cascos del caballo tenían una hermosa cadencia y Twelve se pegó al cristal para ver bien lo que estaba pasando.

¡Por fin estaba fuera!

Un tranvía chirriante le pasó tan cerca de la cara que le hizo soltar un chillido. Twelve vio por primera vez a los habitantes de la ciudad. Con abrigo y sombrero, jerséis, bigotes y barbas, vestidos, ¡abrigos de pieles! Un niño con una caja colgada del cuello que vendía cerillas, otro que estaba limpiando los zapatos de un señor muy elegante, un hombre con un llamativo sombrero verde lleno de cascabeles que llevaba sujeto por una correa a un viejo oso desdentado con la expresión más triste que se pueda imaginar. Y luego reparó en los vendedores de bocadillos y de manzanas caramelizadas, los chicos de los periódicos, los edificios con estatuas en los balcones y los carteles de las tiendas, en letras doradas: Droguería, Real Orfebrería de Danubia, Farmacia, Gran Negocio Morelli: Cuchillos para todos los bolsillos.

Twelve admiró los tubos del correo neumático en la fachada del Banco de los Dos Mundos, y cuando pensaba que ya no le quedaba nada por ver, descubrió el río. Y sobre el río vio un puente majestuoso, con tirantes de hierro y clavos de latón. Vio las estatuas que se erigían en el paseo junto al agua y los vapores-restaurante que ondeaban sobre la orilla.

La carroza giró y se dirigió hacia el puente. El tamborileo de los cascos del caballo cambió.

—¡Estamos atravesando el río! —exclamó Hugo, sin tartamudear en una sola sílaba.

¿Cómo conseguía el puente estar suspendido de la nada? ¿Y cómo conseguían pasar los barcos por debajo?

Los huérfanos tenían la cara pegada al cristal de la carroza, y lo limpiaban con furia en cuanto se empañaba con su aliento.

Al llegar casi a la mitad del puente, vieron que Danubia se abría frente a ellos como una gran mesa llena de delicias, y, entonces, repentinamente, el caballo se desvió.

—¡Oooh-oooh! —exclamó el caballero desde el asiento del conductor.

Se escuchó una explosión. Un estruendo ensordecedor.

Y antes de conseguir comprender qué le había pasado, Twelve descubrió que estaba en las aguas heladas del río.

La llave que abre todas las puertas

Estaba ciega.
Y sorda.
Los dientes de Twelve habían entrechocado con un fuerte golpe y las orejas se le habían llenado con un silbido agudísimo y doloroso.
Salió despedida hacia la parte trasera del habitáculo de la carroza y fue a golpearse contra el techo. Volvió a caer y se encontró con Ninon Uno entre los brazos. La agarró con fuerza.

Y luego gritó, pero de su garganta no salió ningún sonido o, al menos, ninguno que ella pudiera escuchar. La carroza se inclinó y dio una vuelta de campana. Twelve vio un fragmento de cielo, la pierna de Hugo que se clavaba contra el respaldo, Rebecca que sacudía la cabeza.

Un relincho, agudísimo. Y, entonces, la carroza golpeó las aguas grises del río Duma, que borbotearon y la engulleron.

—¡Nos estamos hu-hu-hundiendo! —gritó Hugo Eight.

—¡Socorro! —gritó Rebecca—. ¡Que alguien nos ayude!

A través del cristal, Twelve entrevió al caballo, aún prisionero de los aparejos, que intentaba nadar mientras el peso de la carroza lo arrastraba al fondo.

—¡Salgamos de aquí! —exclamó Twelve.

Su voz se le antojó extrañamente tranquila, como si todo aquello no estuviera sucediendo de verdad. Los puentes no explotan. Las carrozas no se hunden en el Duma. Los huérfanos no se ahogan durante su primer viaje a la ciudad. Las cosas no eran así.

—¿Sa-sa-sabéis nadar? —preguntó Hugo.

—¡Pues claro que no! —chilló Twelve—. ¡Ninguno sabe nadar!

La carroza tocó el fondo del río mientras pedazos del puente caían a su alrededor. Entonces, la ventanilla cedió y el agua empezó a entrar a chorros, densa y oscura, helada. El uniforme de la Institución Moser se les quedó pegado al cuerpo como un arnés.

Ninon había empezado a llorar, desesperada, y Twelve le tapó la boca con la

mano.

—Sssh —le dijo—. No pasa nada.

Parecía que Rebecca se había desmayado y Twelve la abofeteó dos veces, usando más fuerza de la necesaria.

—Socorro... —gorgoteó Rebecca.

—¡Tenemos que salir de aquí! ¡Rápido! —insistió Twelve mientras el habitáculo se inundaba. Agarró la manilla de la puerta y tiró de ella con fuerza, intentando abrirla.

—Eh, eh, eh... Toma. —Hugo le tendió un artilugio que parecía un destornillador enorme.

—¿Qué es eso? —preguntó Twelve.

—Es una lla-lla-llave que abre to-to-todas las puertas. No funciona..., pero servirá para forzar la portezuela.

Twelve introdujo la llave en la puerta e hizo palanca. El agua llevaba demasiada presión.

Twelve golpeaba la portezuela con todas sus fuerzas, pero no cedía. Nunca en su vida había estado tan asustada, pero no tenía ninguna intención de rendirse.

—¡Empujad! ¡Vamos! —gritó, intentando darse ánimos—. ¡Uno, dos, tres!

Y, finalmente, se abrió.

Twelve se tambaleó hacia delante y terminó bajo el agua sin ni siquiera haber tenido tiempo de coger aire. Abrió los ojos.

Vio la silueta de Ninon Uno que se debatía junto a ella y la agarró, empujándola hacia delante. Sentía la ropa pesada como una piedra. Rebecca y Hugo debían de estar detrás de ella, pero lo cierto es que solo conseguía pensar dos cosas: «Aire» y «Hacia arriba». Si quería vivir, tenía que llegar a la superficie.

Y Twelve quería vivir.

Pataleó con todas sus fuerzas, intentando darse impulso hacia la luz. De la nariz de Ninon manaba una cascada de burbujitas resplandecientes.

Twelve se lanzó hacia arriba.

Y se encontró prisionera entre las cuerdas de una red. Era una red de pescadores que le impedía ascender más alto. La muchacha se debatió, enredada en el embrollo de cuerdas. Aún tenía en la mano la extraña llave de Hugo, e intentó usarla para cortar la red y liberarse, pero lo único que consiguió fue empeorar la situación.

Entonces se le agotó la reserva de aire y dejó de pelear. Cerró los ojos, luchó...

—No llores, Ninon... Yo me ocupo...

Y, finalmente, se rindió.

Resbaló. La arrastraron.

Desde algún lado.

Emergió y se hundió.

Y entonces, cuando ya pensaba que no había nada más que hacer...

... Tosió.

Notó que algo le oprimía el pecho y tosió de nuevo. Agua y tierra.

Otro golpe.

Y otro.

Ahora le dolía todo. Intentó ponerse de lado, pero no lo consiguió.

—Quédate quieta —dijo una voz—. No te muevas. Estabas a punto de morir ahogada.

—Estoy muerta —respondió ella en un susurro.

—Estás viva, al menos durante un rato más —respondió la voz con un gorjeo divertido.

¿Cómo se podía reír en una situación como aquella?

—¿Quién eres? —preguntó Twelve.

No conseguía abrir los ojos. Todo estaba negro, como si se los hubieran vendado.

La voz no le respondió, pero en cambio gritó:

—¡Eh! ¡Esta está viva!

—Entonces ponla con la otra y vayámonos —ordenó otro—. Mejor largarse.

—¿Y qué hacemos con la niña? Ella también está viva.

—Esa no nos sirve. Déjala ahí.

Twelve, confusamente, comprendió que estaban hablando de Ninon.

—No —dijo con voz ronca—. Por favor. Por... favor.

—Se suponía que la niña no tenía que haber estado aquí. Peor para ella.

—Por... favor.

Se produjo un momento de duda en las voces que la rodeaban.

—Yo digo que nos la llevemos. Y que decida el jefe.

—De acuerdo, llevémosla. Pero te tienes que mover.

Twelve fue levantada a pulso y depositada sobre duros tablones.

—Venga, vamos, que ya estamos.

—¡Olé, olé, vamos!

Una sacudida. Ruido de cascos y de ruedas. Un camino de grava.

Twelve pensó que todo aquello no tenía sentido, a caballo entre la conciencia y la inconsciencia. No tenía sentido en absoluto.

Entonces, se desmayó.

—¡Mira qué guapa es!

—¿Y cómo lo zabez? ¡Eztá hecha una porquería!

—Se ve claramente que es muy guapa.

—Puez a mí me parece mucho máz guapa la otra: ¡ez una muñequita!

—¡Ya vale, Lapo!

—¿Ah, zí? ¿Y por qué?

—Porque lo digo yo.

—¿Y desde cuándo eres el jefe, Mathiaz?

Un silencio.

—De todas maneras, a mí me parece que lo mejor es no despertarlas.

—¿Y por qué no?

—Porque no.

—Entonces, esperemos.

Las voces que la rodeaban no se parecían en nada a las que había escuchado cuando pensaba que estaba muerta, después de la caída al río. Estas nuevas voces eran más delicadas.

Voces jóvenes.

Haciendo un gran esfuerzo, Twelve entrecerró los ojos. Pero nada cambió: todo estaba exactamente igual de negro que antes. El corazón empezó a latirle desbocado.

Entonces, muy despacio, se llevó una mano a la cara y se dio cuenta de que alguien se la había vendado.

—¡Eh, mirad!

—¡Está levantando una mano!

—¡Atrás, quedaos atrás!

Twelve se quitó la venda y la dejó caer al suelo, luego levantó la cabeza y pestañeó un par de veces.

Estaba en una sala circular, con paredes de ladrillo rojo que formaban una cúpula. Algunos pedazos de velas apoyados en el suelo o pegados a la pared hacían que las llamas bailaran lentamente entre las sombras.

A su alrededor había numerosos ojos mirándola. Chicos y chicas, delgados y gordos, elegantes y desarrapados, bravucones y miedosos, apiñados unos junto a otros, y parecían estar, como poco, tan asustados como ella.

¿Cuántos serían? ¿Veinte? ¿Treinta?

—¡Oh! —gimió Twelve. E inmediatamente se desencadenó una estampida de miradas—. Pero ¿dónde estoy? —Se dio media vuelta.

Rebecca y Ninon Uno estaban tendidas junto a ella, también con los ojos vendados. ¿Y Hugo? Hugo no estaba, o al menos ella no lo veía.

—¡Se ha movido!

—¡Sssh!

—¡Dejad que hable! —pidió un chico alto y fuerte.

—Dejadme hablar a mí —replicó otro.

Twelve reconoció unas de las voces que acababa de escuchar y murmuró:

—Tú eres Mathias.

El muchacho se quedó quieto inmediatamente.

—Puede que yo sea Mathias —respondió con cautela—. Pero ¿quién eres tú?

—Yo soy Twelve —respondió ella. Se incorporó sobre los codos, con los músculos de los brazos temblorosos por el esfuerzo—. Yo soy Twelve y ella es Rebecca Thirty-five... —tosió—. La pequeña se llama Ninon Uno.

—¡Ajá! ¿Qué os había dicho? —exclamó alguien—. Son huérfanas de la Institución Moser.

Twelve se volvió de repente y el cuello le dio un latigazo que le provocó mareos. Jadeó, pero consiguió preguntar:

—Y tú ¿cómo lo sabes?

—Por los números. Los huérfanos de la Institución Moser siempre tienen por nombre un número.

—Y entonces, ¿tú quién eres? —preguntó Twelve—. ¿El señor Sabelotodo?

Algunos chicos rieron.

—¡Ja, ja! ¡El señor Sabelotodo!

—¡Esa es buena!

Twelve volvió a caer al suelo, jadeando. Le vinieron a la mente una serie de imágenes: las calles de la ciudad, la explosión, el puente derrumbándose, el agua. La red. El camino de grava.

—¡Ya vale! —exclamó Mathias—. ¡Tomarme el pelo no te va a servir de nada!

—No pretendía tomarte el pelo —murmuró Twelve, clavando la vista en el techo.

—Pero lo has hecho —dijo alguien.

—Ni siquiera sé dónde estoy —respondió entonces Twelve.

—Eso nosotros tampoco lo sabemos —replicó otra voz.

Twelve se reincorporó lentamente.

—Y entonces, ¿qué sabéis?

Mathias se colocó frente a ella y le dijo:

—Lapo y yo fuimos los primeros en llegar, hace una semana, y hemos aprendido que lo mejor es no hacer demasiadas preguntas y estar tranquilitos.

—Lapo zoy yo —especificó un chico bajito con orejas de soplillo. Le faltaban las dos paletas, y cada vez que pronunciaba la ese, la arrastraba sobre la lengua.

—Hola, Lapo —respondió Twelve, y luego preguntó—: ¿Qué quiere decir eso de que fuisteis los primeros en llegar?

—Pues lo que he dicho —replicó Mathias—. Lapo y yo estábamos yéndonos para estar a nuestro aire...

—Noz ezcapamoz de caza, más concretamente... —exclamó Lapo.

—Pues eso. Y, de repente, vimos un resplandor en un callejón, y pensando que quizá era una moneda...

—¡Fuizte tú el que penzó que igual era una moneda! —subrayó Lapo.

—Pues eso. De todas maneras, de pronto estábamos en el callejón y ¡bum! ¡Qué dolor!

—Yo todavía tengo el cozcorrón —añadió Lapo.

—¿Os golpearon? —preguntó Twelve.

—¿Golpearnos? Casi nos matan, eso nos hicieron. Pero no morimos, porque Lapo y yo somos gentuza, y siempre nos han dicho que mala hierba nunca muere.

—Gentuza de la peor ezpecie.

—Y cuando nos despertamos estábamos dentro de esta caldera. ¿Ves aquella trampilla allí arriba, en el centro del techo? Pues eso. Es la única salida. De vez en cuando aparece por ahí la comida y la bebida. O más chicos dormidos, como los que ves aquí alrededor. Y luego tú y tus amigas. Y ya.

—¿Cómo que y ya? —preguntó Twelve—. ¿Quién os manda la comida?

—No lo sabemos.

—Pero la verdad es que la comida no está mal —añadió alguien—. Yo creo que el cocinero es frisio. Reconozco los sabores. Mi abuela lo era.

—¡Pero si tú nunca has tenido abuela!

—¡Sí que la he tenido! ¡Y claro que cocinaba!

—¡Es una porquería! No hay ningún cocinero cocinando para nosotros. Son restos. ¡Los restos de Danubia!

Twelve ignoró la conversación sobre la comida y preguntó:

—Y... ¿para hacer vuestras necesidades? ¿Cómo os apañáis?

Mathias se encogió de hombros.

—No les hagas caso —intervino entonces una chica con el pelo recogido en dos trencitas—. Hemos construido un biombo, por allí, y hay un cubo. No somos unos salvajes.

Twelve paseó la mirada por las paredes de la estancia. Mathias había hecho bien en llamarla caldera porque eso era lo que parecía: una versión mucho más grande de la caldera del orfanato. El techo era alto, al menos cinco metros en el punto más elevado. Y allí, donde terminaba la cúpula de ladrillos, estaba la trampilla que había mencionado Mathias. Era de metal y no tenía manillas ni cerraduras visibles.

Se masajeó la espalda y, mientras lo hacía, comprobó que Rebecca y Ninon Uno siguieran durmiendo. Le hubiera gustado quitarles las vendas, pero temía asustarlas. Ninon respiraba lentamente, tranquila. Quizá estaba soñando. Y era mejor así.

—¿Tenéis algo de comer? —preguntó.

Hubo un murmullo, y un trozo de pan rodó por el suelo hasta sus pies. Twelve se agachó y lo recogió.

—Pura cocina frisona —respondió, aunque no sabía lo que estaba diciendo, en realidad. Por segunda vez, los chicos que la rodeaban rieron entre dientes—. Entonces, ¿se puede saber quiénes sois? —prosiguió ella, dirigiéndose a todos y a ninguno en particular—. Yo soy una huérfana de la Institución Moser. ¿Y vosotros?

—Huérfaños como tú —respondió Lapo—. Mathiaz y yo noz ezcapamos de caza porque habían decidido mandarnos a la Academia de Jornaleros, pero nozotroz no queríamos.

—Ese grupito de allí al fondo... Sí, vosotros, ¡no os escondáis! —intervino Mathias—. Son chicos de la calle. Si consigues hablar con ellos, igual hasta te escuchan, pero a mí me parece que también son huérfanos. Pero sin colegio ni profesores ni todas las demás cosas que probablemente tenías tú.

—¡Zon ladronzueloz!

—¿Ladronzuelos? —repitió Twelve, pero los dos aludidos no se molestaron en responder.

—Le habían echado el ojo a una bonita terraza con una cuerda de ropa tendida, con todo lo que te puedas imaginar: camisetas, medias largas, sábanas suaves y todo eso, pero nos han contado que los pillaron con las manos en la masa. Parece que hubieran atravesado un incendio, a juzgar por cómo apestan a humo todavía. Y los trajeron aquí.

—Cuando lo echaron por el hueco, parecían doz bacalaoz quemadoz —dijo Lapo—. Tiezoz y ahumadoz.

—Los otros tres y yo, en cambio, venimos del otro lado de la Aduana —dijo la chica de las trencitas.

—¿Qué es la Aduana?

La chica resopló.

—Todos saben lo que es la Aduana.

—Pero yo no soy todos —respondió Twelve, estirando las manos. Qué pena, pensó. Por un segundo aquella niña le había parecido simpática, pero ahí estaba ella empezando a hacerse la odiosa.

—La Aduana es donde están las Periferias. ¿Eso al menos sí te suena?

—Pse —respondió Twelve, y la chica lo tomó por un sí.

—Estábamos yendo a hacer los exámenes para entrar en la Academia, y a mí me habría parecido estupendo entrar en la de Jornaleros.

Lapo escupió un lapo.

—Puaj.

Pero ella prosiguió:

—A mí siempre me ha gustado la idea de trabajar en el campo. En mi casa había un huerto hasta que empezó a llover amarillo. Pero... supongo que nos pasó lo mismo que a los demás. En cuanto salimos de la Aduana, dos hombres se ofrecieron a llevarnos en un carro diciéndonos que el viaje era gratis, nos ofrecieron de comer...

—Estaba rico...

—... pero nos empezó a dar vueltas la cabeza.

—Y aquí estamos.

Un carro y dos hombres, pensó Twelve. A ella también la habían metido en un carro. Y eran dos. Dos hombres que esperaban a un jefe. El jefe tenía que decidir qué hacer con Ninon.

Twelve miró a la niña y le acarició lentamente el pelo.

—No me he olvidado de tu adopción, ¿sabes? —susurró.

—Pues nosotros venimos de la Escuela Preparatoria Ostenshof —dijo el chico fortachón en el que Twelve ya se había fijado antes. Se llamaba Karl y llevaba un elegante abrigo con arabescos, con las solapas sucias y desgastadas y cuya tela se estiraba entre los hombros como si estuviera a punto de explotar—. Es la escuela más importante de la ciudad. Acabábamos de hacer el examen para la Academia y yo

había entrado en los Músicos, pero cuando volvía a casa para contárselo a mi familia pasó algo... No recuerdo el qué. Puede que fuera un gas. Una especie de nube somnífica. O quizá..., ¿quién sabe?

—¿Tú ibas a ser Músico? —espetó Mathias—. ¿Y qué ibas a tocar, gigantón? ¿El bombo?

—El arpa... —murmuró Karl, encogiéndose de hombros.

Twelve intervino.

—Estabas diciendo algo de un gas. ¿Me estás diciendo que te secuestraron?

—Eso creo —murmuró él—. Pero estoy seguro de que mi padre...

Mathias sopló las velas y las llamas dibujaron una extraña fantasía de luz en medio de la sala.

—¿Qué te crees? ¡Nos han secuestrado a todos! —exclamó—. A todos, desde el primero al último. El primero soy yo. Y la última eres tú. Y ahora somos sus prisioneros.

La trampilla

Cuando no sabía qué otra cosa hacer, Twelve observaba y contaba. Era algo que había aprendido a hacer en las tardes interminables en Moser, cuando ya había contado las cincuenta y dos ventanas y las veinticuatro aulas y las ciento dieciocho chimeneas que expulsaban humo por los setenta huérfanos del Año Negro.

Observar detenidamente, fijarse en todos los detalles, percatarse de las diferencias la ayudaba a combatir el aburrimiento. A veces, contar era útil para darse cuenta de algo que antes se le había pasado por alto; otras veces no servía para nada, pero siempre era una buena manera de pasar el rato.

Así que los observó, a todos. Y contó. Todo.

En la caldera, con ella, había veintiún chicos. Nueve chicas y los demás, varones. Y todos, salvo Ninon, tenían doce años.

La cúpula estaba iluminada por cincuenta y tres velas, y en una caja abandonada en una esquina había otras setenta y dos. En otra caja había sesenta y una latas vacías de cosas de comer y setenta y nueve botellas de agua.

Y eso la llevó a preguntarse desde hacía cuántos días podían estar encerrados allí dentro. Ella, Rebecca y Ninon desde hacía uno, sí. Si creía lo que decían los otros dos, ellos desde hacía una semana. Una lata y una botella al día eran... eran... Pensó que nunca lo descubriría con exactitud cuando la cabeza le empezó a doler. De todas maneras, no parecía que quisieran hacerlos morir de hambre ni de sed, afortunadamente.

Pero...

¿Qué querían, exactamente, quienes los tenían allí encerrados?

Aparte de Ninon, todos los chicos encerrados allí abajo acababan de aprobar los exámenes de Selección o bien habían decidido que nunca los aprobarían.

Lo que la llevaba a otro callejón sin salida.

—¿Qué es lo que no entiendes? —le preguntó la pequeña Ninon.

Twelve sacudió la cabeza. No sabía por dónde empezar con la lista de cosas que no entendía.

Ninon se le acurrucó al lado, dócil, y Twelve le acarició la nuca, justo debajo del nacimiento del cabello. Menuda situación.

Cuando Ninon se despertó, Twelve la abrazó con fuerza mientras la pequeña no dejaba de repetirle:

—Abrázame, abrázame, por favor, abrázame. —Y entonces, Twelve la abrazó aún más fuerte y le juró que todo iba a salir bien. Y cuando deshicieron el abrazo, Ninon se sentó en el suelo y le preguntó qué había de comer. Entonces se dio cuenta de que aquel lugar no era demasiado distinto de las grandes estancias del orfanato Moser y se puso a jugar con las velas, dejando caer la cera formando complicados jeroglíficos sobre el suelo. Después de todo, parecía haberse adaptado fácilmente a aquella extraña prisión.

—No tiene sentido que estemos aquí —murmuró Twelve—. ¿Por qué molestarse en secuestrar cadetes como nosotros? ¿Por qué motivo?

—Yo no soy una cadete —le recordó Ninon—. A mí me han adoptado.

—Ah, sí, es verdad. Ya verás como...

Ninon le sacó la lengua.

—Yo no quería irme a vivir con ellos. La mujer deseaba que la llamase «mamá» y me daba pellizcos en las mejillas. Y el hombre casi ni me miraba, y apestaba a puro. Estaba mucho mejor en Moser, créeme, por lo menos allí tenía muchos amigos.

—Yo también —murmuró Twelve, y clavó de nuevo los ojos en la trampilla como si pretendiera atravesarla con la mirada.

Volvió a pensar en Hugo, que quién sabía dónde había desaparecido, y en su extraña llave mecánica, cuyo peso aún notaba en el bolsillo. También le vinieron a la mente Seventy Stephen y la carroza que se lo había llevado. Lo imaginó entre los Húsares, ocupado brillantándose los zapatos. O aún en la celda de castigo, quizá. ¿No lo habían enviado allí?

—Mucha mierda, Stephen —rumió en voz baja—. Mierda de la buena.

Alguien se le acercó. Con gran sorpresa descubrió que era Rebecca. Tenía dos grandes círculos negros alrededor de los ojos y la melena suelta, que le caía sobre los hombros como ramas marchitas. Aparentemente se había cansado de estar sola en una esquina del recinto.

—Sé lo que pasa —empezó a decir, sentándose a su lado.

—¿Ah, sí? —dijo Twelve—. ¿Y qué pasa?

—Negreros —susurró Rebecca—. Hemos caído en una red de comerciantes de esclavos.

Twelve había escuchado hablar de ellos: gente que compraba y vendía personas, dentro y fuera de Danubia. Había bromeado con Stephen sobre ello, preguntándose cuál de las dieciocho academias daría mejor preparación para ser negrero: la de los Mercaderes o la de los Viajantes. Pero la verdad es que nunca se lo habían terminado de creer.

—¿Y piensas que los comerciantes de esclavos han volado el puente Delagrava?

Rebecca alzó la nariz con aire orgulloso.

—Claro que no. Han sido los terroristas.

—Terroristas —repitió Twelve—. Y tú ¿sabes quiénes son esos?

—Son los que aterrorizan a la población —respondió Rebecca—. Cometan atentados. Matan gente.

Y caballos, pensó Twelve con un escalofrío. Luego, añadió:

—Pero a nosotras no nos han matado.

—Claro que no —sentenció Rebecca—. ¡Porque ahora nos van a vender!

—¿Y a quién? —resopló Twelve.

—A quien quiera tener un esclavo, o una chica guapa. He oído decir que las que son como nosotras... Con nuestro pelo, me refiero...

—¿Y qué tiene de malo nuestro pelo?

—Tu amiga quiere decir que las que tienen el pelo así se venden mucho —intervino otra chica. Se llamaba Zella y decía pertenecer a una familia importante, los Zaum, que vivían en una casa flotante. Viendo cómo se movía, Twelve no se lo creía. Pero ¿qué más daba, allí abajo, distinguir lo que era verdad de lo que no?

—¿Ves? —insistió Rebecca.

—A mí me parece una tontería enorme... —comentó Twelve.

—Pues es verdad... Y yo, además...

—Tú, ¿qué?

—Miss Kindheart me encontró en una manta completamente nueva, con un alfiler muy valioso entre la ropa. ¿Y sabes qué significa eso? Que no soy una huérfana como tú. Que en alguna parte tengo padres, padres de verdad, gente importante. Y un día vendrán a buscarme.

Alguno de los otros chicos se echó a reír. Twelve, en cambio, se quedó seria.

—Si tanta gracia te hace, ¿por qué no vienes a reírte delante de nosotras? —preguntó a las sombras de la estancia.

La carcajada se cortó en seco.

Rebecca la miró, dubitativa. Las dos sabían que no se soportaban mutuamente, pero una cosa era la vida cotidiana y otra muy distinta los sueños. ¿Y quién no había soñado al menos una vez lo que acababa de relatar Rebecca? Ser hijo de una Viajante, o de un Embajador en misión diplomática, o de haber sido encomendado a la Institución Moser por error, o por su propio bien..., y que un día la vida cambiaría.

Bueno, aparentemente la vida de Rebecca acababa de cambiar, aunque no del modo que ella se esperaba.

—Pero podría ser —intervino Karl, de la Escuela Preparatoria Ostenshof—. Yo he escuchado esas historias sobre ladrones de niños...

—¡Eztupidecez! Oz voy a decir yo dónde eztamoz —murmuró Lapo.

—Por favor, déjalo ya —atajó Mathias—. Tú y tus cuentos que no se cree nadie...

—¡Pero ez verdad!

—¿El qué es verdad? —preguntó Twelve.

Lapo, que estaba sentado en el suelo con la cabeza entre las rodillas, de repente se

irguió.

—Ezizte una leyenda...

—Ya estamos otra vez...

—Mathias, ¡déjalo hablar!

—Graciaz. Ezizte una leyenda que dice que..., bueno, en Danubia hay dieciocho academiaz, ¿verdad? Todo el mundo zabe que hay dieciocho academiaz y dieciocho puentez, dieciocho eztanciaz del trono en el Palacio Real y dieciocho ezpadaz para el rey.

—Lo sabemos —resopló Twelve—. Sigue.

—Bueno, puez yo he oído que hay diecinueve academiaz.

—¿Cómo? ¿Diecinueve?

—¿Y a quién se lo has oído?

Lapo los ignoró y continuó:

—Ezizte una academia prohibida. La decimonovena, de la que nadie ze atreve a hablar.

—Patrañas —resopló Mathias.

—Puez ez verdad —insistió Lapo.

—¿Y qué academia es? —preguntó Karl.

—Eztá prohibido hablar de ella. Nadie lo zabe —respondió Lapo.

—Claro, y hay un montón de cadetes que se matriculan en ella... —comentó Mathias con sarcasmo.

—Pero el año pazado fue igual... —prosiguió Lapo—. ¿Oz acordáiz de lo que pazó el año anterior?

Twelve no sabía lo que había pasado. Para ella había sido un año como otro cualquiera en la Institución Moser. Estudió. Se divirtió con Stephen y descubrieron juntos cómo forzar la puerta de las despensas y robar, de estraperlo, un poco de chocolate extra. Nada más.

—El año pasado pasaron un montón de cosas, Lapo... —murmuró Karl.

—Como todos los años.

—¿El qué?

—¿La coronación?

—¡No! —exclamó Lapo. Se puso de pie y representó con mímica una gran explosión—. ¿En zerio no oz acordáiz del Lipperim?

—La tragedia del Lipperim, sí —recordó la niña de las trenzas—. Lo sacaron en todos los periódicos.

—Ezcelente. ¿Y oz acordáiz quién iba a bordo del Lipperim? —insistió Lapo.

—¿Quién? —les preguntó Twelve, dado que no sabía de qué estaban hablando.

—Ziete cadetez. El dirigible ze incendió.

Entonces Twelve comprendió de qué estaban hablando: la historia del dirigible fantasma. Hasta ella la había escuchado.

—Y eso ¿qué significa? —preguntó Karl.

—Zignifica que en tu centro de eczelencia no te han enzeñado a zumar doz más doz —espetó Lapo—. Ziete cadetez dezaparecieron en el dirigible, doz en el derrumbamiento de una zala del Muzeo de laz Mil Puertaz...

Lapo se quedó callado un momento para que los demás pudieran recordar aquel suceso y un par de cabezas en la sala asintieron.

—Y desaparecieron cinco chicos del otro lado de la Aduana —añadió uno de las Periferias.

Entonces Lapo giró sobre sus talones, como un actor, y concluyó:

—Bueno, ¿puez zabéiz lo que ze dice por ahí? Que en realidad todoz eztoz cadetez no eztán muertos, zino que han entrado en la academia prohibida. Y me apuezto lo que queráiz a que eze ez el lugar donde nozotroz eztamoz ahora.

—Entonces debe de ser algo así como la Academia de Difuntos —dijo Rebecca.

—Pero yo soy muy pequeña para ir a una academia —comentó Ninon, dejando por un momento de jugar con la cera.

—Y yo ya tengo una academia a la que ir —atajó Karl, encogiendo su cuello de toro—. Llevo toda la vida estudiando para entrar en los Músicos. ¿Sabéis lo difícil que es tocar un arpa de mil cuerdas? Me hacían ensayar durante ocho horas seguidas, y de noche teníamos que presionar las yemas de los dedos contra la hoja de un cuchillo para que se fortalecieran y hacer callo.

—Patrañas —soltó Mathias.

—Patrañas las tuyas —replicó Karl, y levantó sus robustas manos para enseñarle los dedos marcados.

—No te lo decía a ti —contestó Mathias—, sino a Lapo, con sus «se dice por ahí», «he oído», «hay una historia»... Son inventos suyos. Mi amigo tiene más imaginación que soplillos.

Ese último comentario desencadenó una carcajada. Entonces, de repente, todos callaron.

Un ruido de pasos sobre sus cabezas.

Y luego el chirrido de la trampilla al abrirse.

Solo una rendija.

Las llamas de las velas temblaron, al igual que los chicos reunidos bajo la cúpula de ladrillo. Solo Twelve se puso en pie de un salto, como un gato al que le hubieran pisado la cola.

—¡Eh! —gritó lo más fuerte que pudo—. ¡Eh, ahí arriba! ¡Abrid! ¡Sacadnos de aquí!

—¿Qué está haciendo? —preguntó una chica con gafas.

—Pedir ayuda —respondió otra. Y, entonces, ella también gritó—: ¡SOCORRO! ¡SOCORRO!

—¡SACADNOS DE AQUÍ!

—¡DEJADNOS SALIR!

En un segundo, los veintidós chicos encerrados en aquella enorme estancia estaban de pie gritando. Alguno se puso a llorar. Algún otro aullaba como un lobo, armando un jaleo infernal, dándole patadas a la pared y haciendo chocar entre sí las latas de aluminio.

La trampilla se entreabrió otro poco.

—¡Silencio! —gritó alguien.

Aquella orden, la primera voz adulta que escuchaban desde quién sabe cuándo, lo único que hizo fue aumentar la confusión.

Un cubo de agua helada empapó a los chicos.

—¿Ahora sí vais a dejar de chillar? —gritó la voz.

Twelve la reconoció. Era la voz de uno de los dos hombres del río. El que había preguntado qué debía hacer con Ninon.

—¡Desgraciado! —gritó.

—¿Quién ha dicho eso? —gruñó el hombre, del que ahora se entreveía la silueta a contraluz.

Twelve miró a los demás para comprobar si alguno de ellos pretendía delatarla. Pero estaban todos callados y enfadados. Y guardaron silencio.

Bien, pensó.

Del piso de arriba llegaron otros ruidos y luego una segunda voz de hombre:

—No hacía falta echarles agua; de todas maneras, se habrían terminado calmando.

Twelve aguzó el oído porque le pareció que también había escuchado antes aquella voz, pero no recordaba dónde.

—¿Los sacamos?

—¡Sí, eso! ¡Bien! ¡Sacadnos de aquí! —gritó Mathias.

Pasado un segundo, la trampilla se abrió del todo y por la apertura arrojaron un hatillo de harapos atado a una cuerda que descendió lentamente hasta el centro de la habitación.

Twelve buscó a Mathias con la mirada. Y él asintió.

—Ez la mizma con la que noz bajaron —susurró Lapo.

Aquella vez, sin embargo, no había nadie atado a ella.

—Venga —dijo uno de los hombres, desde arriba—. Meted las piernas y os sacamos.

Los chicos se miraron, asustados. ¿Debían obedecer? ¿Y quién debería salir el primero?

—¡Uf! —soltó entonces la pequeña Ninon—. ¡Cuánto lío os hacéis los mayores!

Y antes de que Twelve pudiese detenerla, la chiquilla se escabulló hacia delante y se colgó de la cuerda de aquel rudimentario arnés.

—¡Por fin, alguien que piensa ahí abajo! —exclamó el hombre.

Y empezó a subirla.

Y, en aquel momento, Twelve, mirando la trampilla abierta, pegó un brinco y abrazó muy muy fuerte a Ninon para que la subieran con ella.

Lo primero que vio a través de la trampilla abierta fueron los techos de otra sala. Techos pintados de rojo y azul con una enorme lámpara de araña de lágrimas de cristal. Luego, a medida que iba subiendo, paredes llenas de estanterías de madera maciza, oscuras como si alguien las hubiera ennegrecido con humo. En las estanterías había libros de todos los tamaños, pero también extraños aparatos de latón, brújulas y sextantes de navegación, telescopios y catalejos. Twelve vio probetas llenas de polvos de colores, un cráneo cubierto de pequeñas inscripciones y unas cajitas de madera taraceada a las que pensó que el adjetivo encantadoras no les hacía justicia.

Y luego, cuando llegó bastante alto, vio a un hombre. Llevaba un mono de trabajo y tenía una cara de chacal cubierta por una barba áspera y puntiaguda. Entre los labios sostenía medio puro torcido.

—Anda, pero mira a quién hemos sacado... —exclamó—. Parece que es verdad lo que dicen: en el Reino de los Cielos, los tontos son los primeros, ¿no te parece?

Twelve se acuclilló sobre el suelo frío y miró a su alrededor. Y cuando vio al segundo hombre, el corazón le dio un vuelco. Por eso había tenido la sensación de que le sonaba su voz. Se trataba del regio seleccionador con el que había hecho la entrevista. El hombre del cabello cano y la cicatriz en el rostro.

Twelve ayudó a Ninon a incorporarse y le alisó la ropa con la mano, una acción completamente inútil a la par que conmovedora.

—Twelve, ¿verdad? —le preguntó el regio seleccionador sin inmutarse—. Y ella es la otra huérfana de la Institución Moser.

A Twelve la pilló desprevenida y dudó.

—¿Acaso se te ha comido la lengua el gato, niña? ¿Te acuerdas de mí?

Twelve asintió lentamente. Todavía estaba demasiado asombrada como para poder pronunciar una sola sílaba.

—¿Y de qué te acuerdas? —preguntó el seleccionador, completamente tranquilo.

Mientras tanto, por la trampilla empezaron a llegar los gritos de los otros niños, pero los dos hombres parecían no escucharlos.

—La caja —respondió Twelve.

—¿Y sabes, sin embargo, lo que yo recuerdo de ti? —preguntó el hombre—. Recuerdo que escribiste que querías convertirte en una persona importante y... que cuando terminó el examen robaste la pluma alquímica con la que lo habías completado.

—¿Robar? —murmuró Twelve.

Ella no había robado nada en su vida, pensó inmediatamente. Pero se corrigió sola, a la velocidad que solo pueden alcanzar los pensamientos. Chocolate, a veces. Y las plumas de sus compañeras cuando se las dejaban olvidadas. Las plumas siempre

habían sido su perdición. Y... sí, ahora que lo pensaba, era verdad que se había metido la pluma del examen en el bolsillo sin ni siquiera pensarlo. Pero nadie le había dicho nada, ni antes ni después, de lo contrario la habría devuelto de inmediato. Estaba convencida de que eso era lo que se hacía. Que los demás también se habían quedado la pluma con la que habían hecho su examen de admisión.

Agachó la cabeza, sintiéndose ligeramente culpable. Pero entonces le vino a la mente la explosión, el puente que se derrumbaba y aquel pobre caballo que se ahogaba aún atado a la carroza y se sintió invadida por una furia increíble.

Levantó la mirada hasta encontrarse con la del seleccionador y preguntó:

—¿Y por eso han puesto una bomba? ¿Porque he robado una pluma?

—¡Mira la cotorrilla esta! —exclamó el hombre del puro.

El otro esbozó una sonrisa, paralela a su cicatriz.

—Robar siempre trae consigo consecuencias negativas, Twelve... —murmuró—. ¿No te lo han enseñado en todos los años que has pasado en Moser?

Ella no añadió nada más, pero tampoco bajó la mirada.

Los demás chicos vociferaban como poseídos a sus espaldas a través del hueco.

—¿Qué quieres que hagamos con ellos, Twelve? —le preguntó el seleccionador—. ¿Los sacamos o los dejamos ahí?

—Eh, pero... —empezó a protestar el otro hombre, pero el seleccionador lo mandó callar con un gesto sin apartar sus ojos de los de Twelve, como si aquella pregunta también fuera una especie de prueba—. Mete la mano en la caja.

Y a Twelve le vino a la mente lo que le había pasado en el examen, y Stephen, que no se había pinchado con las agujas.

—No me toca a mí decidirlo —respondió, aparentando estar tranquilísima—. Haced lo que queráis.

El hombre del mono de trabajo comentó:

—Qué pena. Esta se las sabe todas, ¿no?

El seleccionador se limitó a hacer un gesto.

—¡Eh, eh! —gritó el otro, dirigiéndose a los chicos al tiempo que arrojaba por segunda vez la cuerda por la trampilla—. ¡De dos en dos! ¡Os vamos a sacar a todos, canallas! ¡De dos en dos, o cambio de idea!

—Por aquí —murmuró mientras tanto el seleccionador, guiando a Twelve y Ninon fuera de la sala—. Supongo que tendréis hambre. Al fin y al cabo, ya casi es hora de cenar.

Un extraño banquete

Se detuvieron en la siguiente sala a la espera de que sacaran a los demás chicos. Ninon miraba a su alrededor con curiosidad, mientras que Twelve solo tenía ojos para el hombre de la cicatriz. Y a la cabeza solo se le venían las palabras de Lapo sobre aquellas extrañas leyendas.

El seleccionador se había detenido a escribir algo en un gran libro abierto que había allí cerca.

—Usted... —murmuró Twelve—, ¿cómo se acuerda de mi nombre?

—Me parece evidente: yo te seleccioné.

—¿Me está diciendo que estamos en la Academia de Servicio?

Y solo entonces, al decirlo en voz alta, se le ocurrió que realmente podía ser así. La explosión del puente solo había sido un accidente, y ellas habían sido rescatadas y trasladadas... a una sala de ladrillo en la que estaban encerradas junto con otros niños. Ninguno de los cuales estaba destinado a la Academia de Servicio. No, Twelve, estúpida. ¿Qué tienes en la cabeza? Aquello no podía ser, de ninguna manera, la Academia de Servicio.

—¿Y Hugo? —preguntó.

El seleccionador levantó la pluma y entonces la volvió a soltar con una mueca de fastidio.

—Hugo no lo ha conseguido. Y la verdad es que es una gran pérdida —lo dijo en tono seco, tan rápido que Twelve tardó un segundo en comprender que lo decía en serio—. Hubo un atentado en el puente y eso fue... un incidente imprevisto. Intentamos intervenir, pero no conseguimos rescatarlo a tiempo. Lo siento.

—¿Lo si-si-siente? —exclamó Twelve, tartamudeando exactamente como lo habría hecho Hugo—. ¿Qué quiere decir con que lo siente? ¿Y quiénes son ustedes? Y... ¿este lugar?

Dichas aquellas palabras, el hombre de la cicatriz soltó la pluma y se dirigió a la otra habitación, de la que provenían las voces de los demás chicos.

Twelve se tambaleó y se sentó, confundida.

—Y ten cuidado de que la niña no rompa nada —añadió el hombre sin darse la vuelta.

Hugo Eight. Con aquellas manos como panes esponjosos y la mirada siempre avergonzada de quien tiene la sensación de ocupar demasiado espacio en el mundo. Hugo, con su tartamudeo y aquellos ojillos que brillaban cuando hablaba de algo que le interesaba de verdad. Como sus inventos. Como la llave que abría todas las puertas, que Twelve apretó entre los dedos, temerosa de que aquel hombre pudiera encontrarla y quitársela.

El seleccionador había dicho que no lo había conseguido. Se había quedado atrapado en la carroza mientras el agua subía poco a poco. Pero ella no podía creérselo. No. No podía ser. Igual era una prueba, el enésimo examen estúpido. Porque todo lo que le estaba pasando era demasiado horrible.

Miró a su alrededor, desconsolada. Aquella habitación también estaba tapizada hasta el techo de estanterías, llenas de libros y de los objetos más disparatados. Cada uno de aquellos artilugios, cada cachivache, cada catalejo, cada caja de metal le recordaba a Hugo.

Ahora escuchaba claramente las voces de los otros chicos en la sala contigua, todos con sus preguntas y objeciones. Indignados y asustados. Precavidos y aterrorizados.

Espiando por la puerta vio que el seleccionador los registraba rápidamente. A Twelve todavía no la había registrado, y la llave de Hugo aún seguía en su bolsillo.

¿Era un lugar seguro? ¿Qué les iban a hacer cuando traspasaran la puerta?

Impulsivamente, se levantó veloz de la silla y escondió la llave de Hugo detrás de un par de cajas de contenido misterioso que había sobre una repisa.

—Volveré por ti, te lo prometo —murmuró a regañadientes. Luego se adecentó un poco el uniforme de la Institución Moser y miró a Ninon—. Tú no te chives, ¿eh?

—Yo nunca me chivo —le respondió Ninon, seria.

El seleccionador abrió la puerta de par en par, seguido por una fila de chiquillos. Entre ellos y Twelve se produjeron muchos intercambios de miradas, que en parte significaban «No pasa nada» y en parte «Pero ¿tú quién te crees que eres?».

Pero no se dijeron nada. Estaban demasiado conmocionados como para tener ganas de pelearse.

Siguieron al seleccionador por un pasillo bastante oscuro e imponente, decorado con estuco, y cuyas ventanas de vidrio esmerilado no dejaban pasar la luz. Sus pasos producían pequeños crujidos en la madera al apoyarse en el suelo.

El pasillo fue a dar a una puerta de doble batiente, blanca y bordeada de dorado. El seleccionador apoyó ambas manos sobre ella, empujó hacia delante y, de repente, el pasillo quedó inundado de luz y de la garganta de los veintidós chiquillos, sucios y hambrientos, surgió un único sonido:

—Ooooooh.

Estaban en un salón inmenso, la sala más grande que Twelve había visto en su vida, con paredes pintadas al fresco que sostenían un gran techo en cúpula. Un

esqueleto de ballena (o de algún otro animal gigantesco) estaba suspendido sobre sus cabezas, con la enorme boca abierta hacia ellos. De sus vértebras pendían lámparas de gas, dispuestas a diversas alturas, que iluminaban la sala, provista de tres grandes mesas llenas de comida sobre manteles blancos que llegaban hasta el suelo, copas de cristal y cubiertos de plata. En las mesas había colocadas lo que parecían cien sillas, ocupadas por el mismo número de chicos y chicas en silencio, que se habían girado para observar a los recién llegados con ojos vívidos y curiosos.

Cuando el seleccionador entró en el salón, los tacones de sus zapatos golpearon el suelo como si fueran petardos. El silencio quedó velado por un ligero murmullo.

Twelve entró en el salón con todos los demás. Intentó no prestar atención al esqueleto que pendía sobre su cabeza y se concentró en los chicos. ¿Quiénes eran?

Los que estaban sentados en la mesa del fondo vestían como grandes señores: los chicos llevaban chaquetas oscuras y camisas blancas con pajarita, mientras que las chicas lucían largos vestidos de seda y complicados recogidos y se escondían tras abanicos de encaje. Los del lado derecho, en cambio, iban todos vestidos del mismo modo, con camisetas y pantalones ajustados y largas medias de goma en lugar de zapatos.

La tercera estaba un poco apartada de las otras dos, en una esquina de la sala casi completamente a oscuras. El murmullo provenía en gran parte de allí, y los chicos que la ocupaban llevaban puesto harapos, jerséis viejos y pantalones raídos que parecían recuperados de baúles aún más viejos que aquellas ropas.

—De momento, podéis sentaros allí —ordenó el seleccionador, señalando las sillas libres al fondo, en la tercera mesa—. ¿Te parece bien, Lobo? —prosiguió, dirigiéndose al joven que presidía la mesa, que podía tener quince o dieciséis años. Era delgado, pero tenía unos hombros anchos que tensaban la tela desgastada de la camisa. Dos largas patillas se extendían hasta la mitad de sus mejillas, y sus ojos eran de un insólito color miel. De lobo, precisamente, pensó Twelve.

—De lobo feroz —murmuró bajito la chica.

El chico hizo girar el palillo que tenía entre los labios.

—Como usted quiera, profesor Luther —respondió—. Por mí no hay problema. Con que no se crean que ya forman parte de la manada, me vale.

—Nadie se creará parte de la manada, de momento, te lo garantizo —asintió el seleccionador—. Pero podrías dejar que alguno de los tuyos le explique cuatro cositas a los nuevos, ¿no?

—Yo puedo hacerlo —propuso una chica que debía de tener apenas un año o dos más que Twelve, con el pelo teñido de un increíble color verde esmeralda.

—Estupendo, Mia —aprobo el seleccionador—. Entonces los dejo en tus manos, ¿de acuerdo? Chicos, los Deshollinadores aceptan hospedaros esta noche. Podéis sentaros.

Dicho aquello, desapareció.

Desapareció literalmente, de un momento a otro, en medio de la sala. Y eso que

Twelve tenía los ojos clavados en él con gran atención. Parpadeó y miró a su alrededor, pero el hombre de la cicatriz realmente ya no estaba, como si nunca hubiera existido.

—Ah, bueno, ni caso —comentó Mia, encogiéndose de hombros—. Al profesor Luther le divierte sorprender a los nuevos.

—¿Es un mago? —preguntó uno de los chicos de la Aduana.

—No, bonito. Los magos no existen. Solo es muy bueno —rió Mia con sarcasmo—. Y este salón está lleno de pasadizos secretos.

Twelve miró a su alrededor, desconcertada, como si el seleccionador pudiera volver a aparecerse frente a ella con la misma rapidez con la que había desaparecido.

El chico que se llamaba Lobo sonrió.

—No os quedéis ahí como pasmarotes. Sentaos y comed antes de que se lo lleven todo. Acabáis de salir de la Cuarentena, ¿no? Tendréis un hambre de lobo.

En la mesa había bandejas de rosbif y verduras al vapor humeantes, cestitos de pan que despedían por el aire un aroma delicioso y crujiente y fruta tan colorida que hacía daño a los ojos. Twelve no se acordaba de la última vez que había comido algo (bueno, en realidad sí que se acordaba: las albóndigas en salsa del comedor de la Institución Moser..., pero de ellas era casi mejor olvidarse) y frente a todas aquellas exquisiteces sintió que se le encogía el estómago. Antes de darse cuenta, estaba sentada en la mesa con Karl a un lado y Ninon en las rodillas, dándose un atracón con las manos, sin control ninguno.

—Esto sí que es apetito —comentó uno de los Deshollinadores.

—A ver, te acuerdas de cuando saliste de la Cuarentena, ¿no? No es que te den mucho de comer ahí, precisamente.

—Sí. Y quién sabe cuántos días llevaban encerrados.

—Cuando me tocó a mí, estuve allí diez días. Una pesadilla, por las noches todavía sueño con ello.

Twelve escuchaba aquellas conversaciones incomprensibles y, mientras tanto, comía y observaba a los chicos de su mesa, que de vez en cuando se giraban para mirar a los nuevos.

No debían de ser un bonito espectáculo en el estado en el que estaban. Pero en la mirada de los otros no encontró asco ante sus ropas sucias ni por su olor. Sí que había, en cambio, una especie de lástima y de complicidad. Sabían perfectamente lo que estaban sintiendo. Ellos también habían pasado por ello.

Mathias, sentado frente a ella, engulló de un solo bocado tres lonchas de rosbif una sobre otra, con el juguillo goteándole por la barbilla. A falta de otra cosa, para limpiarse cogió un extremo del mantel y se frotó la cara con ganas.

Un Deshollinador se echó a reír.

—Mira a ese, menudo caballero. Sin duda es un Lord de pura cepa.

—Qué va a ser un Lord —le reprochó Mia—. Ese es de los nuestros, se nota enseguida. Se podría hasta ahorrar la admisión. Oye, amigo, ¿cómo te llamas?

—Mathias.

La chica del pelo verde le guiñó el ojo.

—Te tenemos un lugar reservado en la hermandad. Algo me dice que nos veremos pronto.

—¿Qué hermandad? —preguntó Twelve.

Mia suspiró y Lobo hizo girar su palillo.

—Me parece que te toca a ti explicárselo, Mia.

—¡Tú eres el jefe de la manada! —protestó la chica.

—Pero tú eres la que se ha ofrecido a hablar, ¿no? Además, ya sabes cómo soy... Odio las explicaciones.

—También se las pueden dar los demás —dijo Mia, resoplando. Subió las piernas a la silla y se abrazó las rodillas, desconsolada.

—Los Lord no hablarían con estos harapientos. Y los Acróbatas, bueno, esos no hablan nunca, así que... No veo a nadie más aparte de ti.

—Yo tampoco veo a nadie más —dijo con una carcajada un muchacho corpulento con los ojos velados por cataratas.

—¡Ya vale, Cegato! —Sus vecinos de mesa le dieron un codazo, que él, sin embargo, esquivó con cierta elegancia.

Una chica con la oreja perforada por un montón de aritos de plata miró a Mia y le dijo:

—Venga. Te toca a ti.

Mia fingió sacudirse el cabello verde, y luego soltó:

—Bueno, vale. Y, de vosotros, ¿con quién hablo? ¿Tenéis un jefe?

—Yo —dijo Mathias antes de que el resto pudiera abrir la boca—. Fui el primero que entró en Cuarentena, así que soy yo.

—Y antes de que entraras en Cuarentena, bonito, ¿adónde estabas yendo?

—A ningún sitio.

—Mathiaz y yo noz eztábamos ezcapando de caza —precisó Lapo.

—Antes de la Cuarentena yo estaba yendo a mi academia —respondió en cambio Twelve—. Acababa de pasar la Selección...

—Por fin, alguien que piensa —atajó Mia—. La academia. Y ahí es exactamente adonde habéis llegado.

—¿Quieres decir que esta es la Academia?

—Sí.

—Pero no es la Academia de Servicio.

—Chica lista.

—Y tampoco es la Academia de Música —murmuró Karl.

—Ajá. Estáis aprendiendo.

—Ni tampoco la de los Alquimistas —constató una chica con gafas.

Mia asintió.

—Exactamente. Habéis llegado a vuestra Academia... Pero no es la academia que habíais elegido.

—Esta es mucho más espectacular —intervino la chica de los aritos.

—Y terrorífica —añadió Lobo.

—Sin duda —asintió Mia—. Alegraos, porque habéis sido seleccionados para la Decimonovena Academia de Danubia.

—¿QUÉ HABÉIZ DICHO? —gritó Lapo.

—¿Y qué se aprende en la Decimonovena Academia? —preguntó en cambio Twelve.

En los ojos de Mia apareció un relámpago oscuro.

—Nada —respondió en voz baja—. Esta es la Academia del misterio y de la sombra, la Academia prohibida de la que nadie habla. Esta es la Academia que no existe. Y, aun así, lo hace. Y vosotros también aprenderéis a no existir.

—Bienvenidos a la Academia de Ladrones —concluyó Lobo, escupiendo lejos su palillo de dientes.

La mejor mesa

—O sea, que nos estáis diciendo que... hemos sido elegidos... ¿para asistir a una Academia de Ladrones? —precisó Rebecca Thirty-five, que estaba en la otra punta de la mesa.

Los demás la miraron con aire comprensivo.

—¿Estáis locos? —chilló ella.

—Yo no, pero Lunático sí —respondió Mia.

Uno de los Deshollinadores dio un violento cabezazo en la mesa y luego estalló en una carcajada con un volumen altísimo.

—Ay, Dios mío —murmuró Rebecca.

—Me puedes llamar Lobo. Aquí dentro, yo soy el jefe.

—¿El jefe de todos? —preguntó Karl, pálido.

—De los míos —respondió Lobo—. Aquí ya no existe el «todos». Estás tú. Y el que comparte habitación contigo. Y al que llamas amigo. Y al que obedeces. Nosotros somos los Deshollinadores, y yo soy el jefe de la manada. Un poco como tú con tu Cuarentena, Mathias.

—Él no es el jefe de nadie —precisó Karl. Dejó los cubiertos en el plato. Era el único que los había usado.

Ya decía yo, pensó Twelve, observando el modo en que Zella estaba sentada en la mesa, que de ninguna manera podía ser una rica. Y cuando aquel pensamiento se ordenó en su cabeza, muchos otros se alinearon justo después.

—La Selección es secreta... —murmuró—. No pueden hacer los exámenes a la luz del sol, y por eso ese... profesor... finge ser uno de los regios seleccionadores.

Cincuenta y dos ventanas. Veinticuatro aulas. Treinta y nueve seleccionadores... y diecinueve academias.

Los números, los números eran la clave de todo. Al final iba a tener razón Pizca... El seleccionador había examinado a los huérfanos de la Institución Moser y había elegido los que le parecían más prometedores... de la Institución Moser y en toda Danubia...

—Y todos los alumnos nuevos pasan por una Cuarentena...

Alguien le respondió que sí, que aquella sala era donde todos los años retenían a los novatos hasta que el grupo estaba completo. Una manera como cualquier otra de

obligarlos a hacerse amigos.

—Salvo los de la generación del 99 —murmuró Cegato—. Ellos no se hicieron amigos.

—Sí —comentó Mia—. Y nunca salieron de la Cuarentena.

Lobo hizo un gesto con la mano.

—Una historia muy fea.

—Yo no quiero estar aquí —dijo Rebecca en aquel momento.

Todos los demás se echaron a reír.

—Pues entonces, ahí tienes la puerta... —le dijo Mia, indicándole una.

Rebecca, molesta, se levantó de la mesa y caminó, muy erguida, hacia la mesa de los elegantes. Ya casi había recorrido la mitad del trayecto cuando un brazo apareció de la nada y la agarró, haciéndola soltar un chillido.

En el gran salón, bajo el esqueleto de la ballena, volvió a hacerse de repente el silencio.

—¿Adónde estás yendo, Rebecca? —le susurró al oído el profesor Luther.

—A... una mesa mejor..., señor.

—¿Y quién te ha dicho que no estabas en la mejor mesa?

—Yo... Nadie, señor... Pero me doy cuenta yo sola, señor.

Un murmullo se difundió entre las mesas. El profesor Luther soltó a Rebecca, que se tambaleó como si se hubiera quedado sin oxígeno y le hizo un gesto para que se sentara. Y ella obedeció, pero sin bajar la mirada.

—¡SEÑORES! —dijo entonces el profesor Luther, dando una palmada—. ¿Dejamos a nuestros nuevos amigos tiempo para prepararse? ¡Mathias! ¿Serías tan amable de traer aquí a todos tus chicos? —El profesor había recuperado el centro de atención. Y Rebecca, a su lado, había vuelto a ser una simple novata.

Twelve y sus compañeros se levantaron de la mesa, y lo mismo hicieron todos los demás: los Deshollinadores con un gran barullo de bancos arrastrados, los Lord y los Acróbatas en perfecto silencio.

Cuando todos estuvieron de pie, una criatura extraordinaria entró en la sala. Era un gigante de ojos azules, de más de dos metros de alto, con la piel oscura y agrietada y unos brazos larguísimos que le llegaban casi al suelo. Llevaba un uniforme gris de Camarero y se movía produciendo un misterioso sonido rítmico.

Pom, pom. Pom, pom.

—Ostras —comentó la chica de las gafas.

—Pero ¿qué es eso?

—Creo que es un gólem —respondió ella—. Un sirviente alquímico.

Obviamente, Twelve conocía la existencia de los gólems, pero nunca los había visto, y no esperaba encontrarse uno allí. Siempre había pensado que los gólems eran carísimos y que solo algunos nobles, o el rey, podían permitírselos, y los custodiaban con gran celo en sus casas infranqueables.

—Dicen que algunos son inteligentes... —murmuró Karl mientras el gólem

recogía las mesas con esmero.

—¡Yo oí que una vez un gólem mató a un Húzar! —exclamó Lapo.

—Patrañas —dijo Mathias, colocándose junto al profesor Luther—. No he entendido para qué tenemos que prepararnos ahora —inquirió.

—No has entendido muchas más cosas de las que tú crees, chiquillo... —le sonrió el profesor—. Pero las vas a entender, ya verás. De la primera a la última. Por aquí, niños...

Los veintidós chicos siguieron al profesor hasta un larguísimo pasillo blanco en cuyas paredes había colgados cuadros majestuosos. Lámparas de araña iluminaban el techo en cúpula de color azul celeste. Y un resplandeciente suelo de baldosas blancas y negras discurría frente a sus pies.

—Haced lo mismo que yo... —dijo Luther—. Hay que pisar solo las baldosas negras y, nunca, jamás, las blancas. ¿Os queda claro?

—¿Y por qué? —preguntó una chica.

—Porque son una trampa.

Detrás de Twelve, alguien contuvo un grito de miedo mientras ella se preguntaba si sería verdad. Se dio media vuelta para comprobar dónde se había metido Ninon y vio que estaba dándole la mano a Karl.

—No te preocupes, la llevaré a hombros —dijo el muchachote—. Esta cachorrilla no pesa nada.

—Yo no soy una cachorrilla y puedo andar sola —se quejó Ninon, soltándole la mano.

—Vale —respondió Karl—. Pero si te subes a mis hombros, serás la más alta de todos.

Twelve sonrió.

La propuesta era, efectivamente, muy atractiva, y Ninon aceptó. Karl la levantó con una sola mano y la colocó a caballito sobre sus hombros.

—Muchas gracias —le susurró Twelve.

—Tengo una hermana de la misma edad —respondió Karl, avanzando sobre las baldosas negras junto a los demás.

Fue más difícil de lo que parecía. Aunque a primera vista todas las baldosas parecían iguales, en realidad algunas eran más grandes y otras más pequeñas, y para pasar de una a otra había que detenerse, mirar alrededor y calcular bien cuánto saltar.

—A mí todo esto me parecen tonterías —rezongó en un cierto momento Mathias—. Quiero ver qué pasa...

El chico rozó con la punta del pie una de las baldosas. Se produjo un movimiento casi imperceptible y la baldosa se rompió de repente, yendo a estrellarse en algún lugar más abajo.

Mucho más abajo.

—Mathias —comentó el profesor Luther sin darse media vuelta—. En cuanto termines tu examen de admisión, tendrás un castigo por haber roto el suelo.

—¡Te lo mereces! —rio Lapo, que saltaba sobre las baldosas negras como un sapo.

El pasillo de baldosas blancas y negras se cruzaba con otro en el que Twelve vio a dos chicos caminar haciendo el pino apoyándose solo sobre las baldosas negras. Aquellos dos chicos, bocabajo, eran más rápidos que toda la clase de los novatos a pie. E incluso se dieron el lujo de sacarles la lengua.

—¡Groseros! —exclamó ella, aunque conteniendo en realidad una carcajada. Jóvenes ladrones en prácticas. No era capaz de creérselo.

Se detuvieron frente a una puerta color rojo fuego rodeada de estucos. El profesor Luther sacó del bolsillo dos extraños hierros curvos y resplandecientes y se los mostró a los chicos.

—Son ganzúas —explicó—. Sirven para forzar cerraduras. Todas las puertas del colegio están cerradas con llave, siempre, y para atravesarlas hay que forzarlas. Un ejercicio excelente. Todas las noches, los gólems sustituyen las cerraduras, así que al día siguiente hay que empezar desde cero.

—Córcholis —dijo una chica pelirroja—. ¿Y de dónde sacamos las ganzúas?

—Tenéis que robarlas de los almacenes del colegio, obviamente —explicó el profesor Luther, guiñando un ojo—. O a alguien que ya las tenga.

Introdujo aquellos artilugios en la cerradura y los movió con dos toquecitos de los dedos, produciendo un leve clic.

—Después de vosotros —dijo, dejándolos pasar.

Al otro lado de la puerta roja había un saloncito iluminado por una pequeña chimenea de mármol, algunos sofás de piel de aspecto mullido y usado, alfombras sobre las que daban ganas de tumbarse y estanterías llenas de libros encuadernados en cuero con relieves dorados.

Había visto más libros y estanterías desde que había salido por la trampilla que en todo el resto de su vida.

—Esta es la residencia de la Academia: es bastante grande y en ella hallaréis todo lo que necesitaréis. Lo que no encontréis, en cambio, se lo podéis pedir a él.

El profesor Luther señaló un segundo gólem completamente inmóvil, con la espalda apoyada en la pared, como si fuera una gran armadura medieval.

—Las puertas que hay al fondo conducen a los dormitorios y los baños. No intentéis salir por la puerta roja, ni abrir una de las ventanas, ni meteros en la chimenea.

Twelve se preguntó si alguna vez alguien habría querido meterse en la chimenea.

Mathias, en cambio, preguntó:

—Y, si lo hacemos, ¿qué pasa?

La boca de Luther se frunció en una sonrisilla gélida.

—Me ahorrarías el esfuerzo de castigarte por haber roto el suelo.

Mathias apartó la mirada del profesor, molesto. Lapo le susurró algo en voz baja y ahí terminó la conversación.

—Antes de que vayáis a vuestras habitaciones —retomó el discurso el profesor Luther—, debo explicaros algunas cosas. Sabéis dónde estamos y por qué estáis aquí, en la Decimonovena Academia. La Academia de Ladrones. —Luther los miró uno a uno, como si conociese el secreto de cada uno de ellos. Y quizá fuera así, en realidad. Después de todo, había sido él quien los había elegido—. Algunos de vosotros estaréis felices, otros no, y habrá otros que tengan miedo. Pero lo que quería deciros es que por cómo sois y por cómo habéis respondido a las preguntas del examen... sois muy afortunados. Las academias en las que estabais a punto de entrar hubieran sido como jaulas para gente como vosotros. Cárceles hechas de reglas e imposiciones. Y la vida fuera de la Aduana habría sido un desperdicio: un caos salvaje, donde como mucho habríais podido aspirar a luchar por la supervivencia. Aquí, en cambio, todo será distinto. Os ofreceremos mucho más.

—Pero los ladrones al final terminan en la cárcel —protestó alguien desde el fondo.

El profesor Luther se echó a reír.

—Sí. Y permanecen colgados de las Cuerdas de la Deshonra. Es verdad. Pero un Ladrón, en su interior, aunque quede prisionero de las Cuerdas, aunque lo sometan al escarnio público, siempre es libre. Ama tanto las leyes que crea las suyas propias. Y solo tiene una frontera: la de su valor, su inteligencia y su pericia. Aquí aprenderéis a seguir vuestros dones naturales: agilidad, destreza, valentía, ¿quién sabe? La que os estoy ofreciendo hoy es una oportunidad única. No la malgastéis. Amad esta Academia y sabed que si os esforzáis, podréis conseguir vuestros sueños, todo lo que os propongáis. Podréis comprarlos o podréis tomar los que otros han comprado por vosotros, da igual. Me sorprenderéis, estoy seguro, y estoy dispuesto a apostar lo que sea a que alguno de vosotros, pequeños mocosos, se convertirá en el criminal más famoso de la historia de Danubia. Y quizá descubriréis que muchas de las personas supuestamente respetables sobre las que habréis leído en los periódicos hace muchos años comenzaron de la misma manera que vosotros, en estas aulas, antes de llegar a ser quienes ahora son... No todos los Ladrones operan en la oscuridad.

Algunos de los chicos rieron, cautivados por el discurso, y Twelve percibió en sus rostros la chispa de la avaricia. A ella, en cambio, las palabras del seleccionador le habían producido una angustia inmensa, y si no hubiera sido por Ninon, la habrían invadido las ganas de intentar escapar inmediatamente de allí.

—Todo esto, lógicamente, sucederá después de que hayáis sido asignados a vuestra hermandad. La manada, como la llaman algunos. Vuestra guía y vuestros compañeros cuando no estéis en clase. Creo que Mia ya os lo ha contado, pero por si no lo hubiera hecho... Están los Lord, que representan la élite de esta escuela y son

los más ambiciosos y hábiles de nuestros alumnos: si os unís a ellos tendréis muchas probabilidades de convertirlos en maestros de la estafa, espías, ladrones de guante blanco o, por qué no, políticos corruptos. Y podréis aspirar a dedicaros a la especialidad más difícil de todas: la de llegar a ser una mente criminal.

Twelve, mente criminal. Solo de pensarlo le entraban ganas de reír..., aunque estaba claro que una mente criminal era, a su manera, una persona importante.

—Luego están los Acróbatas, matones, especialistas en atracos, robos, asaltos, secuestros y allanamientos de morada. Los Acróbatas a menudo suelen llegar a ser grandes viajeros, y no es raro que uno de nuestros chicos lidere alguna revolución en algún lugar para luego desaparecer en el momento justo y convertirse en una leyenda... Yo mismo, hace mucho tiempo, fui uno de ellos.

—Y luego eztán loz Dezhollinadorez —murmuró Lapo.

—Exacto: la tercera hermandad. Los fantasmas de los tejados. Las sombras que se mueven en grupo. La red criminal de toda la ciudad, que cuenta con los demás y con su apoyo.

—Los inútiles que no saben hacer nada solos —dijo irónicamente Rebecca Thirty-five, y a su lado dos niñas se echaron a reír.

—Dará igual la hermandad que os asignen, porque será la mejor para vosotros.

—¿Y podemos elegirla? —preguntó la chica de las gafas desde detrás de un sillón.

—En cierto modo, sí. Tenéis una noche entera para hacerlo. Mañana por la mañana veremos qué habéis robado.

—¿Robar?

—¿El qué?

—¿A quién?

El profesor Luther los acalló con un gesto.

—Acabáis de llegar a la Academia de Ladrones, señores, así que será mejor que empecéis a acostumbraros. Robad lo que queráis y a quien queráis. Con cualquier medio, el que mejor os venga. Y dependiendo de vuestros resultados, mañana a cada uno se le asignará una hermandad.

—¿Y si no robamos nada? —preguntó Mathias con su habitual sonrisilla desafiante.

—Volveréis a la Cuarentena —respondió el profesor con simplicidad.

—¿Y luego?

—Y luego nada.

—¡Yo no quiero! —dijo alguien. Twelve se dio media vuelta. El que había hablado era Karl. Karl el gigante, Karl que quería ser Músico y llevaba a Ninon a caballito sobre los hombros—. ¡Yo no quiero robar! ¡Y no quiero robarles nada... a ellos! —repitió con mayor énfasis. Tenía la cara roja y las manos cerradas en puños. Temblaba.

—Tendrás que hacerlo —murmuró el profesor con voz cortante—. Tendréis que

hacerlo todos.

—Pero yo...

—Incluso los que ahora no quieran robar, antes o después lo harán. Os doy mi palabra.

Estaba a punto de pasar algo, pensó Twelve. Y, efectivamente, Karl se giró hacia uno de los chicos de la Aduana con la voz temblorosa por la rabia y le dijo:

—Dame tu pitillera.

—¿Cómo? —susurró el chico—. ¿Qué...?

—Te la he visto antes. Tienes una pitillera de plata llena de colillas. ¡La he visto! ¡Dámela!

—Pero ¿qué estás...?

Karl levantó un puño. Una mano grande que parecía capaz de triturar un ladrillo de un solo golpe.

—Que me des la maldita caja, he dicho.

—Karl, si es una broma, no tiene ninguna gracia...

—No estoy de broma.

Karl avanzó un paso. Le sacaba al chico de la Aduana los hombros y la cabeza, y Ninon se mantenía agarrada a su cabello rizado como un domador de elefantes.

La niña observaba la escena con aire serio, al igual que Twelve. Le habría gustado decir o hacer algo, pero se limitó a guardar silencio como los demás.

Lentamente, temblando un poco, el chico de la Aduana sacó del bolsillo una pitillera de plata que era exactamente como la había descrito Karl. Él se la arrancó de la mano y se la enseñó al profesor Luther. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Ya está, ¿contento, profesor? He robado algo. Lo he hecho. ¿Así le vale?

El profesor Luther le pidió que le entregara la pitillera y, de repente, su rostro se abrió en una carcajada.

—¡Yo diría que ha sido perfecto! ¡Absolutamente magistral, mi joven Karl Kraus! Y, ahora, ¿te importaría seguirme?

Karl dudó.

—¿Ahora qué me quiere hacer?

—Llévate a tu nueva hermandad, muchacho. Usa la corpulencia para intimidar y amenazar con el uso de la fuerza: el tuyo ha sido sin duda un robo de Acróbata. ¿Ves? Ha sido fácil. Vamos, ven conmigo.

Karl depositó delicadamente a Ninon en los brazos de Twelve y murmuró:

—Perdona.

Twelve sacudió la cabeza. Por supuesto que lo perdonaba. Lo que el profesor les había pedido no era fácil. Ni un poquito.

El chico de la Aduana, en una esquina de la habitación, empezó a llorar en voz baja.

Una noche sin sueños

El baño era pequeño, pero lo tenía entero para ella sola, y Twelve no recordaba haber tenido nunca un espacio que fuera solo para ella.

Había convencido a Ninon de que la esperara en la habitación y se había concedido aquellos pocos minutos de absoluta soledad.

Cerró tras de sí la pesada cortina de tela que hacía las veces de puerta y avanzó sobre las baldosas claras, dejando a sus espaldas un rastro de barro.

Se quitó los zapatos llenos de barro y sintió un escalofrío al ver los calcetines, agujereados y raídos. Se desabotonó el uniforme de la Institución Moser y lo dejó caer al suelo; entonces se dirigió hacia la bañera y abrió el grifo.

La bañera era de auténtica porcelana, y brillaba aún más que las baldosas, y los grifos eran de latón brillante. Parecían objetos muy valiosos que hubiera que manipular con gran cuidado.

En una cestita de mimbre había tres botecitos de colores. «Jabón de melocotón y mandarina», decía la etiqueta de uno que parecía un cuadro. El segundo decía «Aceite de argán», y el tercero «Sales de baño de pachulí y peladillas picadas». Twelve se dispuso a abrir uno de aquellos maravillosos frascos, pero luego se lo pensó mejor. Introdujo los dedos bajo el agua hirviendo, frotándose hasta que el chorro fluyó limpio y transparente. Y solo entonces, con las manos enrojecidas por el calor, se atrevió a coger uno.

Pero no sabía cómo usarlos, ni cuál elegir, así que vertió los tres en el agua, que se llenó de espuma.

Aquel era el material del que debían de estar hechos los sueños: espuma y perfume.

Entró en el agua con muchísima precaución por miedo a estropearla, respirando apenas para acostumbrarse a la temperatura, cálida y maravillosa, y se hundió hasta que el agua le cubrió el pelo y la cara.

Entonces salió de repente, jadeando.

Le había venido a la mente el río Duma, frío y gris, y la carroza hundiéndose.

¡Hugo!

Respiró lentamente y se quedó así, inmóvil, abrazándose las rodillas con fuerza mientras el agua seguía saliendo del grifo de latón con un estruendo que le retumbaba

en los oídos, llevándola lejos.

Mirando los grifos volvió a pensar en el regalo de Hugo y se sintió agradecida porque se le hubiera ocurrido esconderlo entre las estanterías de la sala que había junto a la trampilla. Aquella llave estaba lejos de ella, pero al menos estaba a salvo.

En el baño que había junto al suyo una chica canturreaba, y a través de la pared, Twelve escuchó la canción, que hablaba de una niña que vendía una flor en el mercado, luego dos, luego tres, esperando que, antes o después, su verdadero amor se las comprara. Pero el verdadero amor no llegaba nunca, ni siquiera en aquella canción.

Twelve pensó en Stephen y se preguntó dónde estaría en aquel momento. Entonces, lentamente, dejándose acunar por el agua, pensó en el colegio, en el gólem, en Karl, en el profesor y en lo que se esperaba de ellos y entonces la sacudió otro pensamiento, inesperadamente positivo. De los setenta huérfanos de la Institución Moser, Twelve había sido elegida para estar allí. No habían elegido a Stephen. Ni tampoco a Pizca. No habían elegido a Damian ni a Forty-nine, y todos aquellos eran chicos que, según ella, estaban mucho mejor dotados que ella. La habían elegido a ella, a Hugo y a Rebecca. Y si era capaz de ignorar el hecho de que uno de ellos ya no estaba y de que Rebecca era la compañera que más odiaba, Twelve podía incluso sacar algo bueno de aquello, de lo que le había pasado. No solo que estaba viva y que, por tanto, era fuerte y obstinada. Sino también que quizá el profesor Luther tuviera razón cuando decía que, por la forma de ser de los seleccionados, aquella academia era una oportunidad.

Pero ¿cuál era su forma de ser, en realidad? ¿Alguna vez se había parado a pensarlo?

La respuesta era muy fácil: era Twelve. Y siempre había sido Twelve, esperando descubrir cuáles de sus sueños se harían realidad y cuáles, en cambio, se disolverían en el agua, como aquella espuma perfumada...

Cuando casi se había relajado, escuchó el alarido de una chica, que gritaba: «¡Al ladrón!», y luego un chapoteo de pies mojados por el suelo.

Twelve salió de la bañera y alcanzó una de las toallas blancas dobladas junto a la bañera. Se envolvió en ella y se asomó al pasillo. Había más cortinas abiertas y las miradas de las chicas mojadas, enjabonadas y preocupadas se cruzaron sobre las baldosas.

Zella, la chica que contaba que provenía de la familia Zaum, estaba en medio del pasillo desnuda, sin aliento y cubierta de espuma.

—¡Me han robado los zapatos! —exclamó—. ¿Quién ha sido?

Otra chica, una de la Aduana, le respondió:

—Perdona, pero ¿qué te esperabas? Estamos en la Academia de Ladrones, ¿no te has enterado? Aquí somos todos ladrones.

—¡Yo he escondido los zapatos debajo de la bañera! —intervino una tercera.

—¡Cuidado, que ahora lo sé! —bromeó su vecina.

Una a una, todas volvieron a sus baños de espuma salvo la pobre Zella, que se quedó en medio del pasillo. Se volvió hacia Twelve y le preguntó:

—¿Qué hago ahora?

Twelve debería haber hecho algo, consolarla, o quizá invitarla a bañarse con ella.

Pero luego pensó en las pocas cosas que había llevado consigo a aquel baño y le respondió: «Anda descalza», con una dureza que hasta a ella misma le dolió.

Cerró la cortina, pero se sentía mal por lo que acababa de decir. Aunque Zella les hubiera contado una montaña de mentiras sobre quién era y lo que hacía antes de que la Academia la aceptara. Aunque no fuera ni por asomo miembro de la familia Zaum, la verdad es que no se lo merecía.

Pero Twelve, de alguna manera, estaba contenta de no estar en su lugar, porque se dio cuenta de que había sido muy imprudente al dejar toda su ropa en el suelo sin pensar que alguien podría robársela.

Y entonces pensó que aquello era lo que debería haber hecho: robar una prenda de ropa.

Una cosa pequeña, una nadería.

Pero algo tenía que robar, porque había algo que tenía muy claro: no pensaba volver a la Cuarentena.

Más tarde, después de que la hubiera ayudado a bañarse, Ninon Uno era un bultito cálido y limpio debajo de las mantas, y se le arrimaba como si tuviera miedo de que Twelve pudiera escaparse repentinamente.

Aunque era curioso: aquella niña con rasgos de muñeca había sido la persona más valiente del mundo hasta que había llegado el momento de meterse en la cama, y ahora que podían dormir, temblaba como si tuviese fiebre.

Twelve la abrazó fuerte:

—Sssh, no pasa nada, Ninon. Intenta dormir bien —le dijo.

—¿Tú no tienes miedo? —le susurró la niña al oído.

—Pues claro que no —respondió Twelve—. Y tú tampoco deberías tenerlo. Yo estoy contigo, y ahora somos amigas.

—¿Mejores amigas? —preguntó Ninon—. ¿Me lo prometes con el meñique? — La niña, en la oscuridad, sacó una mano de debajo de las mantas y estiró el meñique, el gesto del juramento supremo de los niños.

Twelve se lo pensó un momento, porque una promesa de meñique, un juramento supremo, no se podía tomar a la ligera.

Entonces, enlazó el meñique de Ninon con el suyo.

—Mejores amigas —prometió.

Los dormitorios eran más pequeños que los de la Institución Moser y,

definitivamente, más elegantes: había muchas habitaciones, una tras otra, con literas en filas de tres y colchones mullidos y mantas a cuadros tan calentitas que solo con mirarlas uno ya se sentía seguro.

Dormían todos juntos, chicos y chicas, y no había relojes. No había manera de saber qué hora era, pero era tarde, eso sin duda. Gran parte de los internos parecían dormidos, pero si se aguzaba bien el oído, se escuchaban pasos, ruido de mantas, susurros. Y, de vez en cuando, una exclamación ahogada.

Al reconocer las voces, se descubría quién había sido objeto de un robo y quién no, de momento.

A pesar del cansancio, Twelve no conseguía dormirse. Seguía escuchando ruidos, dando vueltas en la cama y oyendo otras voces. Imaginando lo que estaba pasando a su alrededor. Había escondido su ropa y la de Ninon debajo de la almohada, a pesar del olor a río y barro, e intentaba protegerla de cualquier sombra que pasara junto a su cama.

¿Podía valer, como robo, la manta de otra cama? ¿Y las almohadas? ¿Eran suyas o eran de la Academia?

A Ninon también le estaba costando conciliar el sueño, y al centésimo sobresalto entre las literas se colocó de espaldas a Twelve y resopló:

—¿Tú cuándo crees que van a terminar? —Twelve no sabía bien qué decirle, así que Ninon prosiguió—: Karl le ha quitado la cajita brillante a Félix... y Félix se ha echado a llorar. Pero luego Félix se ha puesto a rebuscar en la mochila de Mathias y le ha quitado un libro.

—Es como un juego, Ninon —le dijo entonces Twelve en voz muy bajita.

—Y tú, entonces, ¿por qué no estás jugando?

—La verdad es que no lo sé.

—¿Te da miedo que te peguen?

Twelve rio en voz baja.

—No, no me da miedo que me peguen. —Aunque aquella noche había visto a dos chicos darse de tortas frente a la chimenea encendida, y una pelea de cinco contra cinco justo delante de los dormitorios.

—La verdad es que tú eres muy valiente —susurró Ninon, acurrucándose aún más contra ella. Twelve la acarició lentamente y, poco a poco, la respiración de Ninon se tornó calmada y tranquila, y la niña se durmió con los ojos y los puños cerrados.

¿Por qué no estaba jugando?

Ante aquella pregunta, Twelve sonrió y comprobó que Ninon se hubiera dormido de verdad.

Porque todavía no sabía qué hacer, pequeña, pensó, mirando el rostro redondo de la niña. Pero ahora creo que sí lo sé. Se le había ocurrido una especie de plan casi sin darse cuenta.

Twelve salió deslizándose de las mantas y se acuclilló sobre la suave moqueta del suelo. A duras penas distinguía la serie de literas que había en la habitación contigua.

Pero sabía bien adónde iba.

Rebecca dormía en la habitación de al lado, en una cama al fondo ubicada bajo la ventana. La había visto meterse bajo las mantas con el uniforme puesto y había memorizado la información automáticamente.

Si tenía que robar algo, se dijo, ¿por qué no a ella? ¿Acaso no era Rebecca quien la había pinchado constantemente durante los años de la Institución Moser? ¿Quien le había tomado el pelo hasta el último momento, cuando Stephen se había ido con los Húsares? No era una justificación demasiado buena, pero algo era.

Se movió en silencio, en la oscuridad, esquivando los obstáculos. Con cierta sorpresa, se dio cuenta de que aquel juego le resultaba fácil y de que sus pies sabían orientarse en la oscuridad sin equivocarse. Le vino a la mente el momento en que el seleccionador le vendó los ojos y ella se chocó contra los bancos y se preguntó si habría aprendido algo o si, en cambio, el día del examen se le habría olvidado algo que ya sabía. Salió de su habitación deslizándose, agarrando la puerta para que no chirriase, y se asomó a la de al lado. Esperó a que pasaran las sombras de otros dos Ladrones en pleno robo y prosiguió.

Cuando estuvo en la habitación de Rebecca, supo que se encontraba en territorio enemigo. En una litera dos chicas hablaban en voz baja: las evitó. Nadie debía darse cuenta de que estaba allí.

Al fondo de la habitación, a través de las cortinas de la ventana, la luna arrojaba una pincelada de gris sobre la cama de Rebecca. Parecía inmóvil, girada de lado. Y Twelve se detuvo.

Consideró la posibilidad de volver sobre sus pasos, pero luego, al observar la escena durante unos segundos, se dio cuenta de que algo no iba bien. No era la espalda de Rebecca lo que se veía sobre su cama, sino una almohada atravesada bajo las sábanas. La cama estaba aún caliente pero vacía.

Rebecca se había ido.

Por un momento se preguntó si se había equivocado en algo, pero luego se convenció de lo contrario. Estaba segura: la cama era la de Rebecca, y lo que había en el suelo eran, sin duda, los zapatos de Rebecca. Los reconoció: eran iguales que los suyos. Simples y resistentes zapatos de Chicas Especiales. Pensó en robárselos, pero lo cierto es que no había ido hasta allí para robar un par de zapatos.

Si quiero llegar a ser una persona importante, pensó Twelve con el corazón absurdamente desbocado, tengo que hacer algo importante...

Apartó el borde de la manta y luego la almohada. Algo brilló durante un segundo a la sombra color ceniza de la luna. Rebuscó entre las mantas y su mano encontró un alfiler. ¡Ahí lo tenía! Un alfiler de metal en forma de mariposa con las alas incrustadas con minúsculos trocitos de cristal, como polvo de estrellas.

Aquel era un objeto que realmente la honraría. Twelve lo apretó entre las manos,

temblando, y se alejó de la cama con paso incierto.

No podía respirar, pero lo había hecho. Había robado. Y había sido tan rápido...
Tan fácil.

Se alejó otro paso, dispuesta a confundirse de nuevo con la oscuridad de la habitación.

Y, sin embargo, seguía sin poder respirar.

Apoyó la mejilla contra la pared, buscando algo duro y frío que le hiciese reaccionar. Veía, al otro lado de la puerta, el salón con los sofás, la chimenea ya apagada y el gólem apoyado, como ella, en la pared. ¡Ay, cuánto habría querido estar hecha solo de arcilla ella también! Y no pensar en nada, sobre todo durante la noche. ¿Por qué el ambiente estaba tan cargado de pensamientos? ¿Y por qué siempre le rondaban a ella?

En el momento en el que cerró los dedos alrededor del alfiler de Rebecca recordó, como en un repentino relámpago, un día como tantos otros en el orfanato. Twelve y Stephen estaban en la biblioteca, leyendo juntos el libro preferido de Twelve: una novela que hablaba de un tren directo hacia la estación más lejana del mundo. La protagonista era igual que Twelve, huérfana y con unas ganas infinitas de irse lejos. Mientras Stephen y ella leían, en una mesa cercana Rebecca le mostró el alfiler a Eleanor Twenty y le dijo:

—Este alfiler me lo dejaron mis padres. Estaba en mi cuna cuando Miss Kindheart me encontró.

Twelve apartó la mejilla de la pared y se volvió a mirar la cama vacía. Cuando la carroza se hundió en el Duma, ella perdió su caja de Macarons Marie, y, aunque gracias a ello probablemente había salvado la vida, ahora sentía aquella ausencia como un vacío insalvable.

—No le puedo quitar el alfiler.

Se dijo que quizá no estuviera destinada a convertirse en Ladrona. O quizá los ladrones también deberían aprender a elegir qué robar. Y hay cosas que son sagradas.

Dejó escapar un gran suspiro. Y comprendió que aquel pensamiento era lo único que le permitía respirar de nuevo.

Así que dio media vuelta, volvió a la cama de Rebecca y colocó el alfiler de nuevo en su sitio, tapándolo con la sábana.

Después se marchó, y mientras lo hacía notó el corazón ligero y pesado al mismo tiempo.

—¿Dónde estabas?

—Sssh, Ninon, duerme. Es muy tarde.

—Me he despertado y no estabas...

—Ya lo sé. Pero ahora sí estoy.

—Y he tenido miedo.

—Ya te he dicho que no tienes que tener miedo.

—¿Has robado?

Twelve se quedó callada y Ninon la abrazó más fuerte todavía.

—No —le respondió.

—Yo tampoco le he robado nada a nadie. ¿Crees que el profesor nos mandará otra vez a la Cuarentena? —hablaba en voz bajita, pero no parecía asustada. Solo era una pregunta.

—Puede —respondió Twelve.

—Bueno, al menos iremos juntas.

—Sí. Iremos juntas.

Ninon farfulló algo y recogió las manos como si fueran las alas de un polluelo.

—Nosotras dos solas, aunque Rebecca... —añadió.

—¿Rebecca? ¿Qué tiene que ver Rebecca?

—Ella tampoco ha conseguido robar nada.

—Y tú ¿cómo lo sabes?

—Porque me lo ha dicho, antes.

En la oscuridad, Twelve contuvo el aliento. ¿Así que había sido la sombra de Rebecca la que había esquivado mientras se acercaba a su cama? ¿Se habían cruzado sin verse?

—¿Ha venido aquí? ¿Y qué te ha dicho? —preguntó Twelve, comprobando rápidamente sus cosas.

Los zapatos, el uniforme. Estaba todo en su sitio.

—Quería tu collar —respondió Ninon—. Ese collar precioso y brillante que llevas al cuello.

Twelve se tranquilizó solo cuando comprobó que aún tenía el colgante de Stephen debajo del camisón.

—¿Eso te ha dicho? —preguntó.

—Sí. Pero, claramente, no ha podido quitártelo, porque lo llevabas puesto... Así que se ha echado a llorar. Ha dicho que no se atrevía a robarle nada a nadie y que quería pedirnos ayudar. No quiere que la castiguen.

—Ya entiendo —murmuró Twelve. Pensó que quizá realmente se había equivocado con Rebecca. Y apreció la solidez de las enseñanzas de Miss Kindheart: aparentemente, las tres alumnas de la Institución Estanislao Moser tenían que enfrentarse al mismo dilema moral.

—Así que me lo ha pedido a mí... —continuó Ninon.

—¿Qué?

—Me ha dicho que igual podía ayudarla. Que podía darle algo y que ella diría que lo había robado, y así no la castigarían.

Twelve notó cómo la sangre le subía a la cara y cómo los dientes le chirriaban en la boca.

—Y tú... ¿qué has hecho?

—Le he dado mi pulsera —respondió Ninon con los ojos entrecerrados—. La de huesos de melocotón. Me la regaló Julie Sei en el orfanato, pero he pensado que Rebecca la necesitaba más que yo.

—Y ella... ¿la ha cogido? —preguntó Twelve, esforzándose por quedarse quieta en la cama.

—Sí.

—Y... ¿no te ha dado nada a cambio? Quiero decir..., para que tú también pudieras decir que habías robado, por lo menos...

—Se lo quería pedir... —murmuró Ninon, bostezando—. Pero luego...

—Ya —dijo Twelve, abrazándola—. Pero no lo has hecho.

Twelve cerró los puños en la oscuridad e inmediatamente se sintió una pobre idiota. Había tenido el escrúpulo de no robar el alfiler de Rebecca y ella, en cambio, le había robado una pulsera a una niña de cinco años. Era la cosa más vil que había escuchado en su vida.

Y quería mi collar, pensó.

Impulsivamente, se lo quitó del cuello y lo colocó alrededor del de Ninon. La niña se revolvió en sueños, pero no se despertó.

—Ya está, Ninon... —murmuró Twelve—. Nada de castigos para ti.

Luego clavó la mirada en la oscuridad que la rodeaba. Las sombras de los otros chicos. Los susurros y los golpes, sordos, distantes.

—Ahora, intenta quitárselo, Rebecca —siseó.

La guarida

La residencia daba al río Duma. Y largas franjas de luz llovían de los ventanales, por fin abiertos.

Era por la mañana. Alguien había preparado, en un silencio absoluto, una gran mesa para el desayuno.

Atraídos por el aroma del pan caliente y del té humeante, los internos se despertaron uno a uno y se sirvieron. Había también dos tarros de mermelada. Albaricoque y melocotón, decidió Twelve. Pero aún estaba tan dormida que no sabía por cuál decidirse.

Miró a su alrededor, somnolienta. Todos tenían la misma cara titubeante que ella. Y, a diferencia del día anterior, estaban muy distantes unos de otros.

En algún momento, mientras aún estaban desayunando, la puerta roja se abrió y el profesor Luther los saludó mientras entraba. Con él había otros tres alumnos.

—Ya habéis conocido a Mia —les presentó, comenzando por la chica del pelo verde—. Él es Jack y ella es Azalee.

Jack era un Acróbata de físico fibroso y de rostro franco, alegre. Tenía una maraña de pelo corto y despeinado y una expresión insolente. Manos fuertes, grandes, de esas que dan ganas de apretar o de notar sobre los hombros. Era muy guapo, y Twelve tuvo que hacer el esfuerzo de no quedarse mirando fijamente. Azalee, que estaba delante de él, era probablemente la chica más alta que Twelve había visto en su vida. Vestía un largo sari de color naranja y morado y llevaba el pelo recogido en un moño tras la nuca que sujetaba con un palillo.

—Estoy aquí para acompañaros a vuestras hermandades en cuanto Odo nos comunique sus veredictos. ¿Odo?

Se volvió hacia el gólem que había permanecido inmóvil durante toda la noche junto a la puerta de la residencia. Su piel de arcilla estaba salpicada de un gran número de minúsculas piedrecitas grises y su uniforme se veía impecable. Twelve retrocedió de un brinco.

—Aquí me tiene, señor —dijo el gólem. Tenía una voz susurrante, de arena y viento.

—¿Has observado a los internos esta noche?

—Los he observado, señor.

—¿Y has decidido?

—Sí, señor. He decidido.

El gólem sacó del bolsillo de la librea una bolsita de terciopelo negro que, como descubrirían dentro de muy poco, estaba llena de piedrecitas de colores.

Twelve no entendía nada. ¿Era el gólem quien iba a decidir las hermandades? ¿Una estatua de arcilla de dos metros de alto que no se había movido hasta aquel momento?

—Empecemos, entonces —dijo Luther.

El gólem avanzó dando un majestuoso paso que hizo crujir la madera a sus pies y luego giró la enorme cabeza de barro y piedras, mirando a los internos con una dulzura inesperada.

Entonces dijo:

—Mathias.

—Aquí estoy —respondió el chico. Sonreía con el aire arrogante de siempre, pero a Twelve le pareció que estaba un poco tenso.

—No has robado... nada —dijo el gólem.

—No, señor.

Odo se quedó en silencio durante un segundo y luego sentenció:

—Cuarentena.

Mathias suspiró y fue a colocarse junto al profesor Luther, que le apoyó una mano en el hombro. Pero no de manera afectuosa. Parecía un reproche, como si estuviera a punto de romperle un hueso.

Mathias no se apartó, y la expresión de su rostro no cambió. Siguió mirando a los demás con actitud desafiante.

El gólem parecía disgustado con la elección, pero continuó:

—Samantha.

A aquel nombre respondió la chica de las trencitas, la que decía venir de la Aduana y que querría haber sido Jornalera.

El gólem le entregó una piedrecita blanca.

—Lord —murmuró el profesor Luther—. Colócate al lado de Azalee. ¿Puedes contarnos qué has robado?

—Le he robado el sueño a mi compañero de litera, susurrándole cosas terribles durante toda la noche.

—Excelente elección, Odo —sonrió entonces Luther—. Prosigamos.

—Martin Pheelee, apodado Lapo —dijo el gólem.

—¡Eh! ¡Ze zabe mi nombre! —exclamó Lapo, avanzando un paso.

Recibió una piedrecita negra.

—¡Deshollinador! —anunció Mia, adelantándose al profesor Luther—. Disculpe, profesor...

Él hizo un gesto vago con la mano.

—¡Juzto lo que ezperaba! —exclamó Lapo.

—Tendrías que darle las gracias a tus amig... —comentó Mathias, pero el apretón de la mano de Luther sobre su hombro le aconsejó que se callara.

Mia se apartó.

—Ven, chaval, bienvenido a la manada.

—Malcom —dijo el gólem. Y le entregó al chico del pelo largo una piedrecita azul.

—¡Acróbatas! —gritaron todos.

—¿Cuál ha sido tu robo, Malcom? —preguntó Luther.

—Preferiría no hablar de ello, señor.

El profesor hizo una reverencia irreverente.

—Como prefieras.

—Twelve —dijo mientras tanto el gólem, clavándole sus enigmáticos ojos azul oscuro. En su brillo Twelve reconoció la palabra «Cuarentena», y se preguntó muy rápidamente a cuál de sus compañeros podría encomendar a Ninon.

Pero, con ella, el gólem dudó. Cogió una piedrecita y luego volvió a meterla en la bolsita. Y la siguiente piedra que sacó era negra. La depositó en su mano a toda prisa, como si pudiera cambiar de opinión de un momento a otro.

—¡Dezhollinadorez! ¡Eh, Twelve, eztamoz juntoz!

Twelve se sintió como si una corriente de aire la hubiera levantado del suelo. Y apretó las manos de Ninon para volver a la tierra.

—Muy bien, chiquilla de la Institución Moser. ¿Qué has robado esta noche?

Twelve contempló el rostro impasible del gólem como buscando una respuesta. Y entonces, cuando se dio cuenta de lo que estaba mirando el gólem, sin pensarlo siquiera, aupó a Ninon a su pecho. Y se la mostró a Luther.

—A ella —respondió, haciendo reír a todos.

El profesor Luther se tocó la cicatriz, acariciándola lentamente, de un lado a otro del rostro. Y luego ordenó a Odo que continuara.

—Sí, señor. —El gólem siguió distribuyendo piedrecitas, una tras otra, mientras Twelve y Ninon, casi de puntillas, se metían de lado entre Mia y Lapo.

—Le has hecho enfadar —murmuró Mia en cuanto Twelve llegó junto a ella—. Cuando se toca la cicatriz es porque está enfadado.

—Pero quizá con quien ze ha enfadado ez con el gólem —dijo Lapo en voz muy bajita.

Las selecciones prosiguieron cerca de un cuarto de hora. Gran parte de los recién llegados terminó en el equipo de Jack, Zella entró en los Lord y se puso a llorar de pura alegría y Rebecca, en cambio, fue enviada a la Cuarentena.

—¿Cómo puede ser, horrible estatua? —chilló—. ¡Yo he robado lo que tenía que robar!

El gólem hizo amago de responder, pero el profesor Luther le hizo un gesto para que se contuviera.

—Sabemos bien lo que has robado, Rebecca. Y, sobre todo, cómo. Muy vil y, en

otra época y con otros profesores, habría sido considerado digno de una Lady que estuviera casi al final de su adiestramiento. Pero no ahora, al empezar el curso. ¿Quieres ser tú la que le cuente a tus compañeros lo astuta que eres y responder a la decisión de Odo..., o prefieres venir aquí conmigo y Mathias y pensar sobre ello?

Rebecca se puso roja y luego pálida.

—Es un castigo porque ayer me levanté de la mesa, ¿verdad?

—¿A ti qué te parece, Rebecca? —siseó el profesor Luther.

—De acuerdo... Está bien —murmuró, dirigiéndose, rígida y austera, hacia Luther y Mathias.

Twelve tragó saliva. Se podían decir muchas cosas de Rebecca, pero había que reconocerle las agallas de recordarles a todos que, la noche anterior, había sido la única que se había cuestionado las reglas, dirigiéndose a la mesa de los Lord. La miró mientras atravesaba la sala, con los labios temblorosos y los ojos llenos de lágrimas, y, al contrario de lo que se esperaba, no le produjo un gran placer ver cómo la castigaban de aquella manera.

—Todo por tu culpa... —le dio tiempo a sisear a Rebecca cuando pasó delante de ella.

Y Twelve sintió cómo se le encendía la piel. Pero no dijo nada.

Cuando todos hubieron sido asignados a una hermandad, el profesor Luther dio una palmada y ordenó a Mia, Jack y Azalee que condujeran a sus nuevos compañeros a sus respectivos dormitorios y recordó que la primera clase de la mañana empezaba dentro de una hora. No había tiempo que perder.

Odo volvió plácidamente a su sitio y el profesor, que estaba a su lado, esperó a que los chicos salieran por la puerta roja. Los Deshollinadores fueron los últimos en salir, y Luther invitó a Twelve a detenerse un momento.

—Esta tarde, después del almuerzo, ven a mi despacho. Sin la niña.

Twelve asintió.

Luego siguió a Mia, que la esperaba en el vano de la puerta roja.

—Ten cuidado, en el pasillo debes pisar solo...

—Solo las negras —dijo Twelve, que estaba más preocupada por la invitación de Luther que por aquello—. Lo sé.

—Ayer eran las negras, hoy son las blancas —la detuvo Mia—. Cambian todos los días. A veces son solo las impares y otras veces las pares. A veces hay que saltarse filas enteras...

—Y eso ¿cómo lo sabemos nosotros?

—El jefe de la manada nos informa todas las mañanas antes de que salgamos a desayunar. Y no me preguntes cómo lo sabe. —La chica se encogió de hombros—. Es difícil de entender si no eres el jefe de la manada. Es mejor no serlo, créeme.

Mia no dijo nada más, pero a Twelve no le pareció un buen comienzo. Volvió a pensar en el chico de los ojos amarillos y el palillo entre los labios. Luego observó cuáles de sus compañeros de Cuarentena estaban con ella: Lapo, por supuesto, pero

también Cressida, la chica de las gafas, y una de la Aduana que se llamaba Henna. Tenía la piel muy oscura, mucho más que Twelve, los pómulos altos, la boca carnosa, el pelo rizado y los ojos negros. Luego había un chico con el que no había hablado nunca y que ni siquiera sabía cómo se llamaba. Era bastante bajito y rechoncho, y tenía algunos ricillos de barba en el mentón. En general, ninguno le pareció particularmente fuerte, hábil o carismático. Y, por lo tanto, pensó que ella tampoco lo era.

—Acostumbraos rápido, compañeros. Los demás os dirán que habéis tenido mala suerte —dijo Mia, como si le hubiera leído la decepción en el rostro—. Nosotros, los Deshollinadores..., bueno, no tenemos gran fama. Nadie sabe exactamente qué es lo que hacemos mejor que los demás... Nos consideran un poco inútiles. Unos intrusos. A los Lord les encanta decirnos que somos chusma y cosas así. Y quizá lleven razón. ¡Eh! ¡Las blancas, Lapo! Pero yo creo que si vieran nuestra guarida, aunque fuera una sola vez, cambiarían de idea.

—¿Y por qué? —preguntó Henna.

—Porque vivimos en el techo, ¿no? Así que somos nosotros los que miramos a todos desde arriba... —Mia rio, y su risa resonó en el pasillo como el tintineo de una de las lámparas de cristal.

—¿Ahí es hacia donde estamos yendo? —preguntó Cressida.

Mia asintió.

Cuando llegaron a la primera intersección del pasillo, el grupito de los Acróbatas giró, dejando que los Deshollinadores continuaran en solitario.

—¿Tú haz vizto alguna vez laz otraz guaridaz? —preguntó Lapo, siguiendo con la mirada a los compañeros que se alejaban detrás de Jack.

—No —respondió ella—. Nunca he entrado en ellas, pero dicen que en la guarida de los Lord los grifos son de oro y que hay espejos en todas las habitaciones, mientras que la de los Acróbatas no tiene suelo y para moverse hay que saltar colgados de cuerdas, y cosas así...

—¡Eztupendo! —respondió Lapo. A continuación, sin embargo, puso cara de asombro—. Pero, entonces, ¿dónde duermen?

—¿En hamacas? —aventuró Mia.

—¡¿Hamacaz?! —A Lapo le brillaron los ojos—. ¡Me encantan laz hamacaz!

—¿Nos estás queriendo decir que habrías preferido otra hermandad, Martin? —le preguntó Cressida, que se tambaleaba sobre las baldosas detrás de él.

—¡Eh! ¡No me llamez azí! —replicó él—. Ademáz, no ez verdad... ¡Loz Dezhollinadorez zon lo máczimo!

—Sobre todo porque con los Acróbatas, antes o después, te terminarías rompiendo la crisma de tanto estar en equilibrio sobre las cuerdas..., y con los Lord habrías dejado de hablar y de dormir, no lo dudes... —dijo Mia—. Porque esos son capaces de apuñalarse por la espalda mientras duermen.

¿En serio?, pensó Twelve. Le pareció tal serie de maldades en sí mismas que

terminó sacando en claro que, simplemente, entre las hermandades no existía mucho aprecio.

Habían llegado al final de una gran escalera, que Mia empezó a ascender advirtiéndoles de que subieran los peldaños de dos en dos y, en el tramo siguiente, de tres en tres.

Entraron en un pasillo muy estrecho y oscuro, que tenía un millón de giros y contragiros repentinos que Mia llamaba «las entrañas». Recorrieron un último tramo de escaleras, esta vez de madera, y se detuvieron frente a una puerta blindada que parecía la de una caja fuerte, ya que tenía incluso una especie de volante de latón y una cerradura con combinación.

—Y aquí estamos, por fin hemos llegado —dijo Mia—. La guarida de los Deshollinadores. Esta es la única puerta que no tendréis que forzar cada vez que queráis abrirla, y menos mal, porque es una Moehringer del 58, y nadie puede abrir una Moehringer del 58. Ni siquiera el Gran Manny.

—¿Y quién ze zupone que ez el Gran Manny? —preguntó Lapo.

—El profesor de Allanamiento. De todas maneras, para abrirla solo tenéis que aprenderos la combinación, que cambia todas las semanas. Si se os olvida, estáis fuera. Si se la decís a alguien de las otras hermandades, os las veréis con Lobo en persona. Así que abrid bien los oídos porque la combinación de esta semana es 17-21-45-76-98-derecha-58-11-24-41-16-izquierda. Tú, chaval, ¿cómo te llamas?

—J.J.T.

—Vale, jota-jota-como te llames, repite.

—¿El qué tengo que repetir?

—La combinación.

—Eh... Diecisiete... Setenta y dos...

Mia se encogió de hombros.

—Regla número uno: si alguien os da una combinación, tenéis que aprendérosela de memoria a la primera, aunque sea muy larga. En general es importante, pero para nosotros, los Deshollinadores, mucho más. Atención y memoria. Y está prohibido escribirla, así que...

La chica del pelo verde suspiró y empezó a girar la ruedecilla a toda prisa y el pequeño timón de la puerta ante la mirada sorprendida de Twelve y los demás chicos.

Se detuvo antes de introducir el último número.

—Diecicéiz —dijo Lapo en voz baja.

Mia sonrió.

—Regla número dos.

—¿Y cuál es?

—Si ayudas a un Deshollinador, un Deshollinador te ayudará. —Entonces hizo el último movimiento, y la puerta Moehringer del 58 se abrió de par en par.

—Ya está —dijo Mia—. Bienvenidos a vuestra casa.

La guarida de los Deshollinadores estaba justo encima de las vigas del techo de la Academia. Enormes travesaños de madera negra cruzaban el techo, que en el centro podía tener fácilmente cinco metros y a los lados era apenas más alto que Ninon. A intervalos regulares, en el techo, a derecha e izquierda se abrían grandes claraboyas redondas de vidrios opacos y profundos desvanes donde habían colocado colchones desgastados cubiertos de mantas. El suelo era de madera, oscurecido por el paso del tiempo y pulido por incontables generaciones de Deshollinadores. A la entrada de la guarida había un enorme montón de zapatos, y Mia lanzó inmediatamente los suyos a él. En el techo se caminaba descalzo.

Pero lo más extraordinario de aquel lugar eran las pintadas. Las había por todas partes, en el suelo y en los travesaños, en los desvanes y en los marcos de las claraboyas: escritas en tinta o con pinturas de colores, raspadas con trozos de carbón o con alguna hoja afilada. Había garabatos, letras escritas y después borradas, firmas. Pero también había textos más largos, lemas y poesías, versos y chistes, pintadas diminutas y gigantescas, esbozos y dibujos y un gran dragón que se enroscaba alrededor de una claraboya de tal modo que la ventana parecía su ojo abierto.

La sala estaba dividida por cortinas y tapices prendidos de los travesaños, por librerías construidas con cajones de fruta y trozos de tuberías como columnas, y del centro colgaba una enorme lámpara de araña que parecía de cristal, pero que en realidad estaba compuesta por cientos de gafas colgadas juntas. Había lámparas de mesa hechas con rayadores de queso y mesas que en una vida anterior fueron latas de gasolina. Neumáticos colocados para formar sillones y escobas gigantes pendían de la pared como si fueran percheros. Una gran red de pesca, fina como una telaraña, servía de soporte para fotografías, notas y mensajes.

Todo era extraño, inaudito e inverosímil, todo parecía decadente y, al mismo tiempo, nuevísimo. Los objetos de aquel tejado habían sido utilizados para darles un significado muy particular, que, de alguna manera, a Twelve le parecía maravilloso.

Mia les explicó que aquella era la sala común.

—Las habitaciones están ahí abajo... —dijo, señalando una escalera de cuerda que descendía por el suelo—. Y los baños también. Hay una sala de estudio, pero la encontraréis sin necesidad de indicaciones. Y... poco más. Buscad una cama vacía para dormir, un armario libre y, si no lo encontráis, podéis construirsos uno... En fin, haced lo que queráis. En la guarida no hay muchas reglas que cumplir. Ya os he enseñado dos.

—¿Y las demás? —preguntó Twelve.

Mia les señaló una gran pintada en el techo por la que habían pasado cientos de manos distintas, cada una añadiendo garabatos y detalles.

REGLAS DE LA GUARIDA

- ESCÚCHALO TODO Y NO TE OLVIDES DE NADA.

- SI AYUDAS A UN DESHOLLINADOR, UN DESHOLLINADOR TE AYUDARÁ.
- SI TRAICIONAS A UN DESHOLLINADOR, TRAICIONAS A TODOS LOS DESHOLLINADORES.
- SIGUE AL LÍDER DE LA MANADA.
- NO ACEPTES NINGUNA OTRA REGLA.

—Lo que significa —tradujo Mia— que la manada es lo más importante, que no se roba ni se ataca a los miembros de la manada. Que nos defendemos entre todos. Por lo demás, podéis hacer lo que os dé la gana, que nadie os dirá nada. Aunque, con el tiempo, os daréis cuenta de que hay algunas costumbres...

—¿Cuález, por ejemplo? —preguntó Lapo.

—Por ejemplo que los chicos y las chicas duermen en habitaciones separadas, pero eso es obvio: ¿sabéis lo desastrosos que son los chicos? Calcetines sucios por todas partes, libros por todas partes. Y cigarrillos en la cama, que pueden prender fuego de un momento a otro. Ninguna chica en su sano juicio compartiría nunca habitación con un chico.

Twelve rio entre dientes y se dio cuenta de que las demás reían con ella.

—Pero no es obligatorio. Quizá dentro de un tiempo os echaréis un novio o una novia de la manada y querréis construirs un nidito de amor en algún sitio aquí dentro. Algunos lo hacen. Es asunto vuestro.

Mia se volvió hacia un enorme reloj de madera que colgaba de la viga más alta del techo, rodeado por un horrible marco de conchitas de colores.

—Y ahí arriba ¿qué hay? —preguntó Twelve, señalando una trampilla en el techo por la que desaparecía la misma escalera de cuerda que bajaba a las habitaciones.

Mia la miró. Y no dijo nada.

Lobo, pensó Twelve, y no insistió más.

—Ahora, daos prisa —dijo Mia—. Colocaos donde podáis y buscad ropa limpia. Sin ánimo de ofender, tenéis una pinta horrible.

Twelve, Ninon y las demás chicas descendieron por la escalerilla de cuerda que llevaba a la planta de las habitaciones. Tenía el techo bajo y en ella reinaba el caos más absoluto: montañas de ropa, sábanas y colchones estaban desperdigados por todas partes. Algunas habitaciones parecían cerradas con llave, otras tenían la puerta abierta y estaban a rebosar de objetos.

—No hay ninguna habitación que parezca realmente... vacía —comentó Henna.

—Da igual, esta valdrá —decidió Twelve, deteniéndose en la primera en la que le pareció que había un poco de espacio—. Si nos piden que cambiemos de sitio, pues nos cambiamos.

Abrieron los armarios buscando ropa limpia. Había muchísima. Twelve se dio cuenta de que se moría de ganas de quitarse el uniforme de huérfana, pero lo primero que hizo fue ocuparse de vestir a Ninon. Le eligió un jersey de lana roja tan largo que

le llegaba a los tobillos y podía servirle de vestido y, a falta de zapatos de su número, le puso en los pies dos pares de calcetines de colores.

Para ella, en cambio, eligió un jersey negro con el cuello tan dado de sí que dejaba a la vista un hombro, pantalones de tela a cuadros negros y morados y un par de botas militares sin cordones. Cuando se miró en el espejo de uno de los armarios, estuvo a punto de echarse a reír de puro asombro.

Ya no tenía delante a una huérfana de la Institución Moser, sino a una chica mayor, enigmática, completamente distinta de la Twelve que estaba acostumbrada a ver. ¿Qué diría Stephen si la viera vestida así?

—Yo quiero un jersey como el tuyo —exclamó Ninon.

—Luego buscaremos algo que te quede mejor —le prometió Twelve.

Le dio un cachete cariñoso, encontró un bolso dado de sí en el que meter sus cosas, esperó a que Henna se cambiara y luego volvieron a la sala común.

Una vez allí, Mia cogió a Ninon de la mano y le enseñó la gran cantidad de juguetes y de libros que había en la guarida, le explicó dónde estaban las provisiones y cómo usar los grifos del agua y le aconsejó que se quedara allí hasta que volvieran.

—Podrías ser nuestra pequeña guardiana, ¿qué te parece?

Por toda respuesta, Ninon cogió un gigantesco oso de peluche al que le faltaba la cabeza y lo abrazó contra su pecho.

Twelve no quería dejarla sola, pero Mia le sonrió:

—Aquí está a salvo. Nadie viene aquí arriba. Y ningún miembro de la manada se mete con otro.

—Pero Ninon no es...

—Sí que lo es —respondió la chica—. Ahora es tan parte de la manada como tú o como yo. Venga, confía en nosotros. Bajemos a clase.

Frente a una montaña de cuadernos.

Allí fue donde Mia se detuvo después de escoltar a los nuevos Deshollinadores a través de escaleras y pasillos con suelos de baldosas sobre las que había que hacer *slalom*, peldaños que había que saltar de dos en dos, luego de tres en tres y, por último, escaleras que no había que pisar, sino que había que bajar deslizándose por la barandilla. Allí se encontraron con el resto de compañeros de primero. Y se inspeccionaron de arriba abajo porque, al cambiarse de ropa, se habían transformado inevitablemente en personas distintas. Twelve saludó a Malcom, que se había recogido la larga melena en una coleta, a Karl, ahora vestido con un mono ajustado que resaltaba su físico imponente, y por último a Zella, ataviada con un vestido negro de cola. Se saludaron dándose fuertes palmadas en la espalda y prometiendo contarse en cuanto tuvieran ocasión cómo eran sus respectivas guaridas. Promesa que —Twelve comprendió por el tono de voz— nadie iba a cumplir. En aquel reencuentro solo faltaban Mathias y Rebecca, y su ausencia resultaba particularmente evidente.

Y luego estaban los cuadernos.

Estaban apilados unos sobre otros, de distintos colores y tamaños. Con las tapas de colores, de piel, de papel grueso, forrados en hojas de periódico. Blancos, a cuadros, con renglones finos y con renglones anchos. Cientos de cuadernos en el centro del aula número uno.

Mia se negó a dar explicaciones, pero acarició con una mirada melancólica todas aquellas páginas antes de alejarse.

El aula en la que se encontraban era grande, con diez filas de pupitres dispuestos en forma de U alrededor de la cátedra. Las paredes estaban recubiertas de varias manos de pintura color crema y el techo tenía pintados dibujos de nubes y angelotes.

En ella entró un hombre de cabello blanco y espalda cheposa, hecho una arruga ambulante. En cuanto apareció, en el aula se hizo el silencio.

—Bienvenidos a vuestro primer día de clase, muchachos —exclamó. Se abrió camino entre ellos con paso dubitativo y se detuvo delante de la pila de cuadernos—. Soy el profesor Falkenhayn, vuestro profesor de historia del Crimen —se presentó—. Tendré el honor de enseñaros los secretos fundamentales de este arte clandestino. Aquí, en la Academia, podréis leer mucho, pero no tendréis libros de texto porque lo que aprenderéis lo haréis solo de dos maneras: escuchando a los que lo han hecho antes que vosotros y con vuestras propias manos. Estudiaréis conmigo historia del mundo para aprender cómo engañarlo, arte para poder reconocerlo y falsificarlo, química para fabricar venenos, matemáticas para aprender las sutiles artes de la estafa contable. Entrenaréis vuestra mente en las aulas y los laboratorios y vuestro cuerpo en el gimnasio. Competiréis en el famoso torneo de balón prisionero, y quizá alguno de vosotros se convierta en un campeón del único deporte que no está permitido jugar fuera de estos muros. Su nombre no será recordado en un Álbum de Oro porque los Ladrones no tienen Álbumes ni Registros. Los Ladrones no quieren más memoria que la suya. Y no escriben. No dejan instrucciones ni libros de texto, jamás. Los Ladrones, sin embargo, toman notas en los márgenes, códigos incomprensibles para los que no saben leerlos que aprenderéis con la ayuda de Mister Cheng, un poco más avanzado el año.

Los chicos lo escuchaban con atención mientras el profesor Falkenhayn seguía desvelando información sobre la Academia. Dijo que ninguno de ellos podría salir de allí hasta que terminaran las clases. Y que trabajarían mucho. «Deslomarse» fue la palabra que más repitió. Se harían daño, se curarían, comenzarían de cero. Se especializarían según sus dotes naturales. Y tendrían que pasar muchos exámenes. Exámenes internos de la Academia para comprobar su nivel. Torneos de balón prisionero para fortalecer el espíritu de equipo y entrenar el cuerpo. Y, por último, si demostraban estar preparados, cuando terminara el año, organizarían un golpe fuera de la escuela, en las calles de Danubia. Pero aún no era momento de añadir más información sobre aquello.

El profesor Falkenhayn señaló los cuadernos que había detrás de él.

—Tenéis derecho a elegir un cuaderno para anotar todas las explicaciones que recibiréis. Elegid el que preferáis, escribid vuestro nombre en él y poned cuidado en conservarlo. No tendréis ningún otro. Si alguno de vosotros no sabe escribir, que coja uno de todas maneras, porque aprenderá en los próximos días y necesitará páginas en las que practicar. Será vuestro compañero y vuestro confidente. Vuestro diario y vuestro espía. Cuando estéis preparados para salir de aquí, tendréis que entregarlo y será destruido. Nadie puede sacar sus secretos de la Decimonovena Academia.

Cuando concluyó su sermón, el profesor se hizo a un lado para permitir que los chicos eligieran un cuaderno. Twelve se apropió de uno con las tapas azul oscuro y unos viejos botones dorados que le recordaron a los alamares de los Húsares. Lo cogió, lo atrajo hacia el pecho, donde ya no llevaba el collar de Stephen, y se sintió invadida por una nostalgia insoportable.

Luego se acercó trastabillando a uno de los pupitres y escribió su nombre en la primera página: «12». Lo subrayó rápidamente y se sentó, expectante.

El profesor Falkenhayn sacó de su bolsillito un pequeño libro de cuero negro y les leyó un relato sobre piratas escrito por un tal capitán Johnson, que los llevó a imaginar mares lejanos e islas tropicales. Fue una clase magnífica que dejó a Twelve aturdida, con la cabeza llena de imágenes y en los oídos los gritos de las gaviotas que a veces había escuchado chillar desde las orillas del río Duma. Pero la voz del profesor y las palabras del libro no podían ser más diferentes de las clases de historia de la profesora Popov.

Eran poesía del crimen. Y el crimen se convertía, en aquellas frases, en una máscara elegante. En un sueño de aventura. En otro punto de vista.

Cuando la clase terminó, les dieron permiso para abandonar el aula y volvieron al enorme comedor, donde cada uno se sentó en la mesa de su hermandad.

Lapo se sentó a su lado y comentó:

—Ha zido alucinante, ¿no creez?

—Sí —respondió Twelve. Nunca antes había ido al teatro, pero tenía la sensación de que debía de ser una experiencia parecida a la clase del profesor Falkenhayn.

—¿Qué cuaderno haz elegido?

Twelve le enseñó su cuadernito azul con los alamares de los Húsares. Lapo le enseñó el suyo: un cuaderno muy grande a cuadritos pequeñísimos con una goma elástica que mantenía cerrada la tapa. Se sonrieron.

Luego, Lapo pidió a todos los demás que les enseñaran sus cuadernos y cuando llegaron los Deshollinadores mayores les hizo muchas preguntas sobre cosas que el profesor había mencionado de pasada.

Twelve no escuchó las respuestas, más decidida que nunca a permanecer perdida en sus pensamientos: en el mar, en los barcos del capitán Johnson. Y decidió que, antes o después, iría al mar. Comió poco, porque no tenía hambre, pero no se olvidó de preparar un par de bocadillos para Ninon.

—¡Ezta tarde empezamos laz clarez de Movimiento Zilenziozo! —intentó

animarla Lapo cuando se dio cuenta de que Twelve se había pasado todo el almuerzo callada—. ¿No ez fantáztico?

A Twelve no le parecía fantástico en absoluto.

—Yo tengo que ir al despacho de Luther —respondió.

—Ah, ez verdad —murmuró Lapo—. Qué zerá lo que te querrá decir...

—No lo sé, pero no me apetece descubrirlo.

—¿Le puedez decir una coza de mi parte?

—¿El qué?

—Que no trate demaziado mal a Mathiaz. Ziempre ze hace el duro, pero en realidad no ez malo. Y no ze merece eztar otra vez en Cuarentena.

—¿Lo echas de menos?

Lapo se rascó la cabeza con el cubierto con el que estaba comiendo.

—Bueno, ya zabez. Mathiaz y yo noz hemoz criado juntoz... Noz entendemoz al vuelo. Y zin Mathiaz, bueno, yo como que no me encuentro... ¿Le puedez preguntar cuándo zaldrá de la Cuarentena? O zi ze puede hacer algo por él...

Twelve asintió.

—Prometido.

A ella no se le había ocurrido pedir noticias de Rebecca. Ni mucho menos hacer algo por ella.

Mathias tenía suerte, pensó, de tener un amigo como Lapo que se preocupaba por él.

—¿Quién es? Ah, eres tú. Ven, entra.

El profesor Luther había dejado la puerta abierta y Twelve llamó golpeando la jamba, exactamente como habría hecho en la Institución Moser para entrar en el despacho de Miss Kindheart. Los ojos color humo que se clavaban en ella desde detrás del escritorio, sin embargo, no eran los de la directora. Eran los ojos de alguien que sabía golpear y matar. Y Twelve, aquella vez, no tenía intención de que la pillara desprevenida.

—Siéntate —le dijo el profesor, señalando un pequeño taburete que había al otro lado del escritorio.

El suelo estaba cubierto por una alfombra. Y bajo aquella alfombra podían estar Mathias y Rebecca en Cuarentena, pensó Twelve.

—Puedes respirar. Llevas conteniendo el aliento desde que has entrado aquí.

Twelve se dio cuenta de que era verdad y vació los pulmones, sorprendiéndose de nuevo de la habilidad que parecía tener aquel hombre de leerle las intenciones.

—No sé leer la mente, niña —prosiguió el profesor—. Pero se me da muy bien leer las expresiones del rostro y captar hasta los gestos más imperceptibles. Por ejemplo, la manera en la que contraes los dedos siempre que estás nerviosa.

Twelve se miró las manos y se obligó a relajarlas.

—Lapo quiere saber cómo está Mathias —dijo.

—Dile a Lapo que no se preocupe.

—Entonces, ¿está bien?

—Yo no he dicho eso. Y tampoco te he pedido que vengas aquí para hablar de Mathias.

—Y, entonces, ¿para qué me ha llamado?

—Tiene que ver con la manera en la que llegasteis aquí.

—La explosión del puente.

—No estaba prevista. Pero ese no es el asunto.

Twelve no dijo nada.

El profesor Luther cogió una pluma dorada del escritorio y empezó a darle vueltas entre los dedos.

—El asunto es que, por un desafortunado imprevisto, os subisteis a la carroza equivocada para salir de la Institución Moser. Y, de ese modo, en la explosión no solo perdimos a Hugo, y lo lamento porque era un alumno muy prometedor..., pero a causa de esta equivocación, en su lugar hemos recibido... a Ninon. Lo que, como podrás imaginar, es un problema. Aquí no hay niños. Ni debe haberlos —concluyó con un suspiro.

—¿No podrían llevarla a casa de sus padres? —preguntó Twelve—. Ninon había sido adoptada, estaba yendo a su casa.

El profesor sacudió la cabeza.

—Entonces, llevadla de nuevo a la Institución Moser. Estoy segura de que Miss Kindheart estará encantada de volver a recibirla...

El profesor la interrumpió.

—Si esos imbéciles la hubieran dejado en el río, como debían, la respuesta sería que sí. La habríamos devuelto a su familia. Pero ahora ya no es posible: ha visto demasiado.

—Ninon es una niña sensata.

—Pero nosotros no podemos correr ese riesgo. Y el asunto no es decisión tuya. Hortensia, la rectora de la Academia, reunirá a una comisión para decidir qué hacer con la niña, y serás llamada para expresar tu opinión. Pero no creas que con ellos podrás salirte con la tuya. —Los ojos grises del profesor lanzaban relámpagos de tormenta.

—¿Eso quiere decir que con usted sí lo he hecho, profesor? —Twelve se puso de pie. Ya le había dicho una vez a Luther que quería matarlo, y en aquel momento lo volvió a pensar. Le dieron ganas de abalanzarse sobre él y darle de puñetazos. Se dirigió hacia la puerta, pero un segundo antes de salir, se detuvo y añadió—: Parece que usted también está nervioso, profesor. No deja de darle vueltas entre los dedos a su pluma de oro. —Luego se deslizó hacia la antecámara tapizada de estanterías.

Y, una vez allí, escuchó la voz del profesor que le aconsejaba, en voz baja:

—Recoge tu artilugio, niña..., antes de que cambie de opinión sobre ti.

El talento de Ninon

El aula de Allanamiento, en lugar de una cátedra, tenía una gran caja fuerte rodeada de muchísimas cadenas de las que colgaba un macizo candado.

—¡Uf! —exclamó Lapo, estirándose en su pupitre como una lombriz—. ¿Cuándo ze zupone que llega el profe? Eztoy canzado de esperar.

—La verdad es que ya son las cuatro y cuarto —comentó Henna—.

Llega un poco tarde.

—Menos mal... —replicó Cressida—. Tiempo que ganamos nosotros. Cuanto más tarde llegue, más corta será la clase.

Lapo sonrió, dejando a la vista el gran hueco que tenía donde debían de estar las paletas.

—Puez a mí me da pena. En mi antigua ezcuela, abrir laz cerraduraz de laz taquillaz era mi ezpecialidad. Me llamaban Manoz de Plata...

—Manos de mantequilla, más bien... —rio Malcom desde el pupitre detrás del de Lapo.

—¡No tienez ni idea! —exclamó Lapo.

—¿Ah, sí? Y entonces, ¿por qué no nos demuestras lo bueno que eres? —intervino uno de los chicos de la aduana que había entrado en los Lord. Se llamaba Arthur y ahora vestía una chaqueta negra y una corbata dorada.

Lapo miró hacia el centro del aula y exclamó:

—¡Ni en zueñoz! Eza caja fuerte ez una Zydlock, y el candado también. Coza zeria. Y, ademáz, ¿con qué quierez que la abra? ¿Con laz manoz?

—Tienes una llave —comentó Twelve. Era lo primero en lo que se había fijado cuando se habían sentado.

Lapo la miró.

—¿Qué dicez?

—Si es por eso, todos tenemos una llave... —dijo J.J.T.

Estaban en la cajonera del pupitre, una para cada uno. Lo que significaba que había diecinueve llaves. Pero ¿por qué tenían diecinueve llaves en un aula donde había una caja fuerte cerrada con una cadena y un candado?

—¿Zabez qué, Arthur? —dijo Lapo—. Que ahora me han entrado ganaz de probar... —Y, diciendo aquello, bajó de su pupitre y se acercó a la caja fuerte.

Introdujo la llave en el candado y...

No giró.

—¡Eztúpida caja fuerte! —exclamó, dándole una patada.

Lapo se puso completamente rojo intentándolo una y otra vez, pero no consiguió nada más que hacer reír a sus compañeros.

—¡Sssh! —los acalló Twelve—. ¿No lo habéis oído?

—¿El qué?

—Un ruido metálico.

—Ha zido el zonido de mi pie al eztrellarze contra la caja fuerte... —dijo Lapo.

—No, ha sido después de la patada —precisó Twelve.

—Zi quierez lo intento otra vez.

Lapo le dio otra patada a la caja fuerte e, inmediatamente después, Twelve escuchó que el ruido se repetía.

—¡Oztraz! —dijo Lapo, arrodillándose frente a la caja fuerte—. Ezta vez yo también lo he ezcuchado.

—¡Eh, es verdad! —exclamó Malcom—. ¿Habrà algo dentro? Quizá... ¿un tesoro?

—No zé —comentó Lapo mientras daba un par de vueltas alrededor de la caja fuerte—. Azí a zimple vizta, no creo que loz tezoroz hagan ruido...

—Dadme las llaves —pidió Twelve.

—¿Por qué?

Ella no respondió. Se fue acercando uno a uno a los pupitres de sus compañeros de clase y recolectó rápidamente todas las llaves. Luego las llevó donde estaba Lapo, las colocó todas juntas y, con cierta facilidad, se dio cuenta de que eran todas iguales salvo una. Exultante, se la entregó a Lapo y dijo:

—Prueba con esta.

El chico, encantado de ser el centro de atención, cogió el candado y lo abrió.

Se produjo un estruendo ensordecedor, como un disparo, y la caja fuerte quedó envuelta en una nube de humo.

Lapo y Twelve retrocedieron de un salto y empezaron a toser. Otros se levantaron de sus pupitres, preocupados.

Luego, una vocecilla aguda chilló:

—¡Quietos! ¡Que nadie se mueva! ¡No hay peligro, os lo aseguro! ¡Soy vuestro profesor!

Cuando el humo se disipó, los alumnos vieron que la caja fuerte estaba abierta y las cadenas yacían en el suelo como la piel mudada de una serpiente. Sentado sobre la tapa, con una gran sonrisa, había un enano. Un hombre de aproximadamente un metro veinte de altura vestido con un esmoquin, bigotes largos y finos y el pelo engominado hacia atrás.

—Permitidme que me presente —dijo el enano—. Soy el profesor Manolo. ¡Pero mi nombre artístico es el Gran Manny!

Arthur, el joven Lord, se echó a reír.

El Gran Manny, en cambio, no se rio. Se alzó sobre sus cortas piernecitas, estiró las manos haciendo crujir los dedos y, de cuatro brincos, llegó donde estaba Arthur y lo encadenó al pupitre con un par de esposas. Acto seguido, se volvió a mirar al resto de los alumnos.

—¡Eh! —protestó Arthur—. ¡Suéltame ahora mismo!

—Por supuesto que no —respondió el Gran Manny—. Y por dos motivos. El primero es que, dado que soy vuestro profesor, deberíais dirigiros a mí tratándome únicamente de usted. Y el segundo es que no hace falta que te suelte yo: podrás soltarte perfectamente tú solito dentro de algunos meses, cuando termine esta asignatura de Allanamiento. —El profesor Manolo volvió a la caja fuerte dando una serie de saltitos, tan ágiles y elegantes que a Twelve le dieron ganas de aplaudir—. Gracias por sacarme... —dijo el profesor, haciéndoles una leve reverencia—. Me preguntaba quién caería en la tentación de abrir una caja fuerte, y la respuesta ha sido...

—He zido yo —murmuró Lapo, levantando una mano.

—Excelente, muchacho. Es la mejor manera de empezar. Para todos los demás, en cambio... Sabed que durante mis clases las cerraduras serán nuestras mejores amigas. Las conoceréis mejor que a vuestra propia madre, si me permitís la broma. Y vuestro padre serán los candados, en todas sus formas y tamaños posibles. Abrir lo que otros han cerrado es un arte refinado que requiere de inteligencia, estudio, mano firme y una gran sensibilidad. Aunque no lleguéis a ser artistas del allanamiento, yo os enseñaré a saber manejarlos. Y si entre vosotros hay alguien que posea el don..., bueno, entonces en pocas clases descubriréis un mundo que nunca habríais imaginado. Y aprenderéis a salir de las situaciones más difíciles... —El profesor caminó de adelante atrás sobre la caja fuerte recién abierta—. Escapología. Memorizad esta palabra inmediatamente. Es-ca-po-lo-gí-a. El arte de liberarse de cualquier atadura. Como las esposas de vuestro amigo, ahí abajo.

Twelve rio entre dientes, girándose hacia Lapo, y vio que el chico tenía los ojos abiertos de par en par y la boca entrecerrada, como si estuviera perdido en un mundo fantástico. El Gran Manny lo había conquistado completamente.

El enano bajó de un salto de la caja fuerte y prosiguió:

—En cuanto he escuchado que el candado se abría, he forzado el mecanismo para abrir la caja fuerte desde dentro, he entrecerrado la puerta lo justo para lanzar una bomba de humo Mamba —hablad con vuestro profesor de Escaqueo— y, mientras vosotros retrocedíais de un salto del susto, he deshecho el nudo de las cadenas y he salido de un brinco. Puede parecer magia, pero solo es técnica. Una técnica que estudiaremos juntos. Comenzaremos por: «Los pestillos, qué son y cómo funcionan». Y que alguno haga callar a vuestro amigo: nunca me han caído bien las personas que se quejan cuando las maniatan.

—¿Ya? ¿Ya? ¿Ya?

Twelve se agachó en el desván.

—Ninon, ahora no puedo, tengo que estudiar...

—Pero es que es tarde, y dentro de nada nos tendremos que ir a dormir.

—No es que no quiera jugar, es que todavía tengo deberes que hacer, y...

—Entonces, déjame ayudarte. ¿Qué te parece?

Twelve suspiró. Lo último que necesitaba en aquel momento era la ayuda de una niña de cinco años que se había pasado toda la tarde sola y se moría de ganas de jugar con ella. Pero, precisamente por eso, Twelve no se atrevía a decirle que se marchara sin dedicarle al menos un rato.

—Bueno, vale —se rindió—. Ven aquí.

—¿Qué tenemos que hacer?

Twelve le enseñó los deberes que el Gran Manny les había puesto esa tarde. Un candado cerrado con llave que ella debía devolver a la mañana siguiente, abierto, evidentemente.

También tenía dos ganzúas y algunos apuntes sobre cómo usarlas. La letra de Twelve era pequeña y prieta, las instrucciones del cuaderno simples y claras: «Insertar dos hierros en la apertura y girarlos primero hacia un lado y luego hacia el otro hasta que...», pero ella no había conseguido sacar nada en claro de ello.

Era evidente que no poseía el don.

—¿Puedo intentarlo? —preguntó Ninon.

Twelve le pasó el candado y las ganzúas y aprovechó para repasar los apuntes desde el principio.

Casi todos los demás Deshollinadores ya se habían ido a dormir y el tejado estaba silencioso y oscuro, iluminado únicamente por la lámpara que Twelve y Ninon tenían junto a ellas.

A Twelve también le habría gustado irse a dormir, pero no sin antes abrir aquel candado. Se concentró.

El dibujo de las ganzúas que había hecho en el cuaderno, de repente, le recordó a la llave que abría todas las puertas de Hugo, con su extraña forma a caballo entre un destornillador y un martillo. Twelve nunca había considerado la posibilidad de que fuera, en cambio, una especie de ganzúa...

—Perdona, Ninon, déjame intentar una cosa...

—¡Pero si casi lo estaba consiguiendo!

—Solo un momento.

Twelve sacó de su bolso dado de sí la llave de Hugo, que había recogido justo después de la charla con Luther, y la introdujo en el candado. La hizo girar, intentó pulsar el botón que tenía en el mango, la escuchó hacer un par de clics y contuvo la respiración. Pero nada, el candado no se abría. Además, Hugo ya le había advertido que no funcionaba. Esas, más o menos, habían sido sus últimas palabras.

—Oye, ¿ezoz qué ez?

Twelve se sobresaltó y a punto estuvo de que se le cayera el candado.

Era Lapo.

El chico se colocó bajo el foco de luz de la lámpara, sonrió a Ninon y se sentó junto a sus piernas cruzadas.

—¿No te vas a la cama?

—Eztaba yendo, la verdad... —dijo él—. Pero ze me ha ocurrido venir a darte laz graciaz.

—¿A darme las gracias? ¿Por qué?

—Mathiaz ha vuelto.

—¿Mathias?

—Sí. Parece que lo han zacado de la Cuarentena y ahora ez uno de loz nueztroz. Un Dezhollinador.

—¿Eh, qué bien! Pero ¿yo qué tengo que ver?

—Haz ido a hablar con Luther, ¿no? —dijo Lapo—. Y han zoltado a Mathiaz. Algo habráz hecho, digo yo.

—Ah, no creas. Aquí lo deciden todo sin contar con nosotros, eso tenlo claro.

Lapo le dedicó una sonrisa triste.

—Ezo ez lo que yo he penzado también cuando le he vizto. Zi zupieraz la cara que tiene... Eztá pálido como un fantazma. Zi hazta me ha dicho que me fuera y que no intentara hablarle. Pero ze ha puezto en mi habitación. Y yo he zalido. Y... ¿qué ez ezo que tienez en la mano?

—Una especie de ganzúa, creo —dijo Twelve—. La hizo un amigo mío. Pero no funciona.

—¿Me la dejaz ver?

Twelve le pasó la llave de Hugo y se quedó observando cómo Lapo la observaba dándole vueltas entre las manos. Pulsó el botón, luego se llevó elartilugio al oído y lo sacudió de adelante atrás. Finalmente, dijo:

—Ez fantáztico.

—¿Es una ganzúa? —preguntó Twelve.

—Parece que zí, pero tendría que dezmontarla... y quizá azí podría zaber por qué no funciona, y repararla.

—¿En serio?

—Bueno, zí, ze me dan bien laz máquinaz. Y laz cerraduraz.

Twelve tuvo ganas de decirle que no, gracias, que aquel objeto era lo único que le quedaba de Hugo y que era un recuerdo..., pero no lo consiguió. Los ojos de Lapo brillaban demasiado de entusiasmo como para provocarle esa desilusión.

—Adelante, intenta lo que quieras... —murmuró—. Pero ten cuidado de no romperlo. Le tengo mucho cariño a ese cacharro, aunque no funcione.

Mientras tanto, Ninon se había hecho de nuevo con el candado y trajinaba con las ganzúas.

—Ninon, ¿qué estás haciendo?

—Abrir este candado —respondió la niña con cara de concentración—. Y no necesito vuestros aparatos medio rotos.

—Mira cómo noz deja en ridículo la enana —susurró Lapo.

Y era verdad. Ninon había metido las dos ganzúas en la cerradura y las movía rítmicamente de lado a lado, hasta que... ¡clac!

El candado cayó de lado, abierto.

—¿Ves? Ya está.

—Pero ¿cómo lo has conseguido? ¿Cómo...?

Twelve le quitó el candado de las manitas a la niña y lo miró a contraluz. Estaba abierto. No quedaba duda.

Y entonces se dio cuenta de que, justo al otro lado del foco de luz de la lámpara, dos ojos amarillos estaban clavados en ella.

—Así que es ella... —murmuró Lobo, que emergió de la oscuridad del techo.

—¡Córcholiz, Lobo! —exclamó Lapo—. ¡Me haz dado un buen zuzto!

El jefe de la manada de los Deshollinadores no estaba solo: Mia apareció junto a él. Los dos parecían cansados y enfadados.

—¿Qué hacéis levantados a estas horas, eh? —preguntó sin esperar una respuesta. Luego se acuclilló, sosteniéndose sobre los talones frente a Twelve y Ninon—. Así que es ella... ¿y sabe abrir candados? —le preguntó a Twelve.

—Sí —respondió Twelve. Y luego añadió—: Está conmigo.

Lobo la ignoró. Sus grandes ojos amarillos estaban clavados en Ninon. Se mesó las patillas con la palma de la mano.

—Tendrías que haberme avisado de que había una niña en nuestra guarida.

—No..., no es que la haya tenido escondida, precisamente —balbució Twelve—. Te podías haber dado cuenta tú solo.

De nuevo su lengua había sido más rápida que su mente.

El rostro de Lobo se accionó como una trampa. Tenía la barba hirsuta y un olor corporal fuerte, especiado, como a leña recién cortada.

—Yo soy el jefe de la manada y la seguridad de todos, aquí dentro, depende de mí. Tenías que haberme avisado de que había una niña, y me habría ocupado de ello a tiempo.

—¿Cómo te habrías ocupado? —preguntó Twelve. Miró a Mia, como para pedirle que intercediera, pero la chica del pelo verde había vuelto a esconderse en las sombras—. Nos apañamos perfectamente solas, gracias.

Lobo se humedeció los labios con la lengua y luego la encajó en la comisura de la boca, en una mueca que a Twelve le pareció ridícula y asquerosa.

—¡Tú no sabes nada! —exclamó el chico—. Nada de nada. Y ahora estáis en problemas, y nos habéis metido en problemas a nosotros también. Un Deshollinador nunca abandona a otro Deshollinador. Ni aunque sea medio Deshollinador..., sin

ánimo de ofender, pequeña.

Twelve tragó saliva.

Entonces, del mismo modo que había surgido, la tensión se disipó. Algo cambió en la expresión de Lobo, y dio la sensación de que el muchacho se relajaba.

—La rectora nos ha convocado mañana por la mañana. Tú, yo y la niña, antes de que empiecen las clases. Nos vemos aquí a las siete. Tratad de estar presentables. Y, sobre todo, ten la lengua guardadita. O haré que te la corten.

El juicio

Se le aparecían todas las noches en sueños.

Stephen y Hugo. Hugo y Stephen. Estaban siempre allí, esperándola, cada vez que Twelve conseguía pegar ojo. A veces solo se le aparecía Stephen. Pero no llevaba el uniforme de los Húsares. Llevaba un traje elegante, de banquero, o al menos así lo describiría Twelve, y la llevaba a una cafetería. O al teatro. O a la noria, en los prados que había al norte de la ciudad. Le decía que nunca la había visto tan hermosa, y en el sueño Twelve no distinguía si hablaba de ella o de Danubia. No sentía vértigo cuando la noria ascendía, pero se abrazaba a él y notaba un escalofrío. Le preguntaba por qué no llevaba el uniforme de los Húsares, y Stephen le susurraba algo al oído que Twelve nunca conseguía escuchar porque en ese momento se despertaba casi sin aliento.

Hugo, en cambio, cojeaba visiblemente. Le decía que se había hecho daño en el río al lanzarse. Y Twelve le respondía que no hiciera el tonto. Entonces Hugo se ponía completamente rojo y empezaba a tartamudear, cada vez más fuerte, hasta despertarla.

Y así ocurrió también aquella mañana. Twelve se despertó repentinamente. Por las ventanillas de las claraboyas que había al fondo de su habitación se colaba una luz cenicienta. A su lado, envuelta entre las mantas, Ninon dormía profundamente, protegida por el sueño apacible de los cachorros.

Qué niña tan increíble, pensó Twelve. Capaz de salir de la Cuarentena y de abrir el candado del Gran Manny y de entretenerse jugando tranquilamente, ella sola, en el techo. Se merecía que la adecentaran un poco. Sobre todo en un día como aquel.

La despertó con dulzura, la levantó de la cama y la acompañó al baño mientras ella aún se frotaba los ojos. La ayudó a lavarse el pelo y se lo peinó con un cepillo con el mango de marfil roto hasta que se convirtió en una onda luminosa del color del cobre y luego se lo recogió en dos trenzas flojas.

Entonces, pasando por encima de otros Deshollinadores dormidos, se pusieron a buscar un vestido limpio: era todo demasiado grande para Ninon, pero al final encontraron una camiseta color lila que podía hacer las veces de vestido y Twelve se la ajustó con alfileres.

Nunca la había visto tan radiante, y esa imagen bastó para que Twelve se sintiera

invencible. Se puso el jersey que dejaba a la vista un hombro y los pantalones a cuadros y le dio un aprobado a su cara de determinación en el espejo.

—No quiero ir —susurró Ninon.

—Yo tampoco. Pero, ahora, subamos... Si no, vamos a despertar a todo el mundo.

Desayunaron solas en la sala común de la guarida, en el mismo desván de la noche anterior, mordisqueando unas galletitas saladas que Twelve encontró debajo de un sofá en una caja metálica. La caja le recordaba a la de galletas Macarons Marie que la había anunciado al mundo y que ahora estaba perdida en el fondo del río Duma. No era capaz de decidir si era buena o mala señal.

Ninon mordía su galletita y miraba las paredes del techo, llenas de pintadas.

—Twelve —murmuró—, ¿crees que después de hoy yo también seré una Deshollinadora? ¿Y que yo también podré hacer un dibujo en la pared?

¿Aquello era lo único que quería?

—Espera. —Twelve salió del desván y se puso a rebuscar entre los objetos que los Deshollinadores habían amontonado en las estanterías y en las esquinas de su guarida: brújulas y viejos tocadiscos, libros sin tapa, piedrecitas de colores, canicas de cristal y pinturas de cera.

Eso era. Pinturas de cera. Twelve recogió todas las que consiguió encontrar y se las llevó a Ninon, luego le señaló un espacio en la pared justo al lado de la ventana, a la altura perfecta para ella.

—Dibuja si quieres. Ahora.

A Ninon no hizo falta repetírselo dos veces y dibujó un árbol que parecía una nube, una flor que parecía un árbol y una niña que parecía una flor. Al lado de la niña dibujó una barra larga y exclamó:

—Ya está, ¿lo ves? Esto es un uno. Soy yo. Ninon Uno. —Y sonrió.

Twelve le devolvió la sonrisa.

—Eres tú —dijo—. No te olvides nunca de quién eres.

Lobo también tenía cara de haber dormido poco. Estaba muy pálido y llevaba un largo arañazo rojo en la mejilla.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Twelve.

—Vamos —le dijo él sin responder a su pregunta—. Nos estarán esperando.

Abrió la puerta Moehringer y se lanzó escaleras abajo.

—¿Cómo tenemos que bajar hoy?

—Corriendo —respondió él.

Twelve y Ninon se esforzaron por seguirle el paso, se deslizaron por las barandillas cuando él lo hacía y luego corrieron por un largo pasillo flanqueado por altas vidrieras parcialmente opacadas por andamios de madera.

—¿Dónde está el despacho de la rectora? —preguntó Twelve.

—En el invernadero.

Twelve ni siquiera sabía que la Academia tenía un invernadero. La verdad es que aún no sabía nada de la Academia. Cogió a Ninon de la mano y siguió a Lobo hasta un gran salón que daba a un magnífico jardín.

En cuanto lo vio, Twelve notó que le faltaba el aliento. Desde que la carroza se había hundido en el río no había vuelto a ver nada del mundo exterior, salvo algunos trocitos de cielo desde las claraboyas de la guarida: las ventanas de las aulas de la Academia eran casi todas opacas o tenían los vidrios tintados. Aquel jardín protegido por altos muros era realmente magnífico, con árboles centenarios que se elevaban sobre los muros, el césped bien cortado y un maravilloso rosal salvaje cuyas lianas espinosas se extendían en todas direcciones. Al fondo se entreveía una enorme verja, mientras que a la derecha, a los lados del callejón, un sendero de grava conducía a un antiguo invernadero de hierro y cristal que brillaba bajo el sol.

Sin embargo, en lugar de salir al jardín, Lobo lo rodeó sin salir del salón.

Twelve le preguntó:

—¿No salimos para ir al invernadero?

—El jardín de las Rosas Guerreras está prohibido para los alumnos de primero —respondió Lobo secamente—. Es peligroso, y seguramente la niña no lo conseguiría.

—¿Qué es lo que no conseguiría? —preguntó Twelve.

Pero el jefe de su manada no le respondió.

Atravesaron el salón entero hasta una puerta secundaria, subieron una rampa de escaleras que terminaba en una puerta de cristal y desde allí se encontraron al aire libre, suspendidos sobre un puente de cuerdas que conducía directamente al invernadero.

A mitad del puente Twelve se dio media vuelta y por primera vez vio la Academia desde fuera: un gran edificio antiguo, con los cristales tintados, el tejado inclinado, negro, y una selva de chimeneas.

—Sigue —le ordenó Lobo—, no te detengas ahora.

Abrieron la puerta de hierro del invernadero y descendieron por una escalera de caracol que les condujo a una especie de patio interior rodeado de plantas tropicales. El aire era caliente y húmedo, sofocante, pero impregnado por un perfume suave. A su alrededor el agua se derramaba por todas partes: bajaba por los caños de latón de los aspersores, fluía por los tubos de goma que atravesaban las pasarelas, destilaba de las largas hojas lanceoladas y corría por las ventanas en lentas gotas de condensación.

Lobo se abrió camino hasta un gran arriate que había en el centro del invernadero. La rectora estaba agachada en el suelo, concentrada en rastrillar la tierra. Llevaba un par de botas de goma, un largo delantal y tenía el rostro protegido por un fino velo. Tenía las uñas de las manos, pintadas de negro, manchadas de tierra.

De pie, junto a ella, estaba el profesor Luther. Se había arremangado las mangas de la camisa, dejando a la vista los antebrazos cubiertos de tatuajes, también se había soltado la corbata.

Twelve reconoció a otras dos personas en el invernadero: Mister Peele, el

serviente, que empujaba un carrito lleno de minúsculas florecillas azul oscuro, y el gólem Odo, vestido con su frac y su expresión indescifrable.

—Oh, bien, bien, bien. Aquí están —exclamó la rectora al darse cuenta de que habían llegado. Se levantó, tirando al suelo el rastrillo de jardinería y se limpió apresuradamente las manos en el delantal. Cuando estuvo de pie, se dieron cuenta de que Hortensia le sacaba un palmo al profesor Luther—. Poneos cómodos: debe de haber sillas por alguna parte entre los *lilium*...

—Prefiero quedarme de pie —respondió Lobo.

Twelve asintió.

—Yo también.

—Y yo —dijo Ninon, que no quería desentonar.

—Muy bien —exclamó la rectora, quitándose el velo. Twelve se sobresaltó. Buena parte del rostro de la mujer era brillante como de porcelana. Parecía como si le hubieran sustituido la nariz y parte de la mejilla por una máscara rígida que le ocultaba la piel. Como si, ahí debajo, tuviera una cicatriz, o una herida horrible. Los labios, resaltados con pintalabios, compusieron inmediatamente una sonrisa alegre, como si aquella reunión fuera la cosa más divertida del mundo.

—¿Podemos empezar, entonces? ¿Profesor?

—Por supuesto —dijo Luther. Sacó una hoja de papel mecanografiada, apartó con un gesto una mariposa de alas azul oscuro que salió volando entre las palmas y leyó —: La aquí presente señorita Twelve, de doce años, estado civil huérfana, residente en la Institución para Niños Especiales Edgar G. Estanislao Moser, encomendada a la Academia de Servicio, y que por indicación de dicha Academia subió a una carroza en compañía de la aquí presente señorita Ninon, llamada «Uno», de cinco años, estado civil huérfana, ella también residente en...

—¡Profesor Luther! —exclamó Hortensia—. ¿Nos queda mucho para terminar?

El profesor Luther bajó la hoja de papel, sorprendido.

—Ha sido usted quien me ha pedido un informe oficial. Y yo...

—Y usted, y yo, y usted... ¡Uf! ¡He cambiado de idea, profesor Luther! Basta con decir que la querida Twelve subió a la carroza con la niña. Luego la carroza atravesó el puente Delagrava en el momento exacto en el que los terroristas hicieron explotar su artefacto...

—Correcto —admitió el profesor.

—Y luego, ¿qué pasó? ¿Mister Peele?

El sirviente avanzó hasta allí. La primera vez que Twelve lo había visto, justo después de salir de la Cuarentena, estaba demasiado cansada y preocupada como para fijarse en sus rasgos. Ahora, sin embargo, lo estudió con atención: era alto y fuerte, pero un poco cheposo, con los hombros anchos y las piernas arqueadas, y cojeaba de la pierna derecha.

—Bueno —dijo Mister Peele, rascándose la camisa—. Estábamos esperando la carroza, ¿no?, mi compañero y yo. En fin, para secuestrar a los chicos...

—Para recoger a los chicos —lo corrigió la rectora con una sonrisa deslumbrante.

—Sí, eso, justo. Queríamos recogerlos y llevarlos a la Academia, bueno, como estaba previsto. Pero entonces escuchamos una explosión y corrimos a ver qué pasaba y vimos todo aquel jaleo que se había montado. Con el río y eso. Y el puente que se hundía. Así que nos dimos cuenta de que no teníamos mucho tiempo. Lanzamos una red de pesca que, por suerte, llevamos siempre cuando estamos por el río, y pescamos a los chicos como si fueran peces gato, señora... Y si hubiera visto cómo se resistían. —La rectora tosió levemente, pero no lo interrumpió—. Y sacamos a la primera chica, esta que está aquí, y luego otra chica muy guapa...

La rectora miró al profesor Luther, que precisó:

—Rebecca.

—Ah, es verdad, la deliciosa Rebecca. ¿Y luego, Mister Peele?

—Y luego nada. Con esta que hay aquí salió también la cría. Intentamos rescatar también al otro chaval que estaba con ellas, pero no hubo nada que hacer. Cuando nos tiramos al agua, bueno, yo no, sino mi compañero, la carroza estaba aplastada y llena de agua. Ya no había nada que hacer.

—Hugo Eight —murmuró el profesor Luther—. Un excelente elemento y una gran pérdida.

—Una tragedia —dijo la rectora Hortensia—. Pero prosigamos.

—Todas las chicas se habían desmayado, habían tragado más agua que cerveza bebe Elmer los sábados, disculpe, señora, pero es verdad, y mi compañero y yo pensamos qué hacer. Si debíamos dejar a la niña, quiero decir.

—Quería volver a tirarme al agua —puntualizó Ninon, haciendo sonreír a la rectora.

Mister Peele se rascó la camisa aún más fuerte, avergonzado.

—¿Y entonces? —lo interpeló la rectora.

—Entonces estábamos pensando qué hacer, pero esta de aquí, la chiquilla, me suplicó que no la dejara.

—Y usted obedeció.

Mister Peele suspiró.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Ya estaba empezando a llegar gente a ver el puente derribado y el caos general, y no podíamos quedarnos allí mucho más tiempo. Así que las metimos dentro a todas y nos fuimos pitando.

—Y habéis desencadenado un desastre.

Mister Peele asintió, revolviéndose el pelo, agachó la cabeza y cojeó al retroceder para volver junto a su carrito.

La rectora se dirigió directamente a Twelve:

—Verás, cielo, tu amiga parece una niña buena y preciosa, pero espero que entiendas que no se puede quedar aquí con nosotros.

—Yo no soy... —se defendió Ninon, pero Twelve le apretó la mano para convencerla de que se quedara callada.

—Como sabes, como todos sabéis, estamos en un lugar bastante especial. Y peligroso —continuó Hortensia—. Cualquier pasillo puede esconder una trampa, hay que forzar las puertas para poder abrirlas. Hay suelos que ceden. Otros, directamente no existen. Hay armas. Cosas puntiagudas. Venenos. Un poco excesivo, en mi opinión, para una niña de cinco años.

—Siempre es mejor que volver a tirarla al agua —comentó Twelve en voz muy bajita.

El profesor Luther rio con malicia y la rectora le dedicó una gran sonrisa, como si se hubieran entendido.

—Bien dicho, cielo. Bien dicho. No podríamos estar más de acuerdo contigo... Pero ahora que se ha recuperado y está sana y salva, no hay mejor solución que devolverla al orfanato Moser...

Ninon dio un brinco y Twelve se mordió el labio. Sabía que allí dentro iba a echar de menos a la niña. Pero, para ella, lo mejor era volver con Miss Kindheart.

—Así es, pequeña mía —respondió la rectora, imperturbable—. Volverás al orfanato acompañada por Mister Peele. Diremos que durante el atentado terminaste en el agua y, de allí, en un hospital, uno cualquiera. Podemos pedirle a Escoffier que prepare los documentos del alta médica. Y diremos que, en cuanto pudiste recordar tu nombre..., fuiste devuelta a los cuidados de la amable señorita Kindheart.

—Pero permítame... —comentó el profesor Luther—. De esa manera nuestra escuela... Y el secreto...

—Tonterías, tonterías —exclamó la rectora Hortensia con una sonrisa radiante—. Ninon no es más que una niña. ¿Quién iba a creerla, aunque estuviera diciendo la verdad? Y, además, estoy segura de que si se lo pedimos, guardará el secreto. ¿Verdad, pequeña?

Pero a Ninon no le dio tiempo a responder nada porque Lobo se le adelantó.

Y gruñó:

—No.

El aire del invernadero era denso y caliente. Pequeñas mariposas azules volaban entre las flores. Una pequeña fuente, no muy lejos de ellos, borboteaba lenta y rítmicamente, haciendo un ruido parecido al tintineo de una cadena.

Twelve se quedó mirando al jefe de su manada con la boca de par en par.

—Perdona, ¿qué has dicho? —preguntó Hortensia.

Más que dirigirse a Lobo, daba la sensación de que estuviera olfateando el aire, preguntándose qué podía haber perturbado aquella inmovilidad.

—He dicho que no, porque Ninon es una Deshollinadora —replicó Lobo—. Ha pasado por la Cuarentena, ha recibido la piedra negra de parte de Odo junto con Twelve y, desde entonces, siempre han dormido juntas en nuestra guarida. Ha pasado, a todos los efectos, a formar parte de la manada, y por eso tengo derecho a dar mi

opinión. Y yo digo que Ninon se queda con nosotros.

El profesor Luther estiró imperceptiblemente el cuello, inclinando la cabeza sobre el hombro derecho. Aquella era su manera de demostrar que estaba sorprendido.

—Ten mucho cuidado con lo que dices, jovencito. Y recuerda cuál es tu papel en esta conversación.

—Soy el jefe de los Deshollinadores, rectora.

—Eres un alumno, jovenzuelo. Un alumno de quinto con la ropa harapienta. Y estás hablando con la rectora de la Academia...

—Le estoy recordando a la rectora de la Academia cuáles son los límites dentro de los cuales puede tomar sus decisiones —precisó Lobo—. Y los límites son la Voluntad de las Hermandades y la Tradición. —Lobo no parecía agitado ni furioso. Al contrario: hablaba con un tono de voz tranquilísimo, casi aterciopelado. Tenía un aspecto confiado que hacía vibrar el aire húmedo del invernadero, como si costara esfuerzo enfocarlo—. La Tradición dice que los alumnos deben ser considerados preparados y adecuados para entrar en una hermandad, pero no especifica a qué edad. La costumbre es que se integren cuando tienen más o menos doce años, momento en que se lleva a cabo la Selección de las demás Academias, pero solo es eso, una costumbre...

La máscara de porcelana de la rectora vibró. Sus uñas pintadas de negro se extendieron una a una sobre el delantal.

—Verifiquemos el reglamento —dijo con sequedad al tiempo que le lanzaba una mirada al profesor Luther.

Luther dudó, pero más por la sorpresa que por la molestia. Es más, las arrugas que rodeaban su cicatriz revelaban una profunda satisfacción.

—¿Odo? —pidió.

Los ojos azul oscuro del gólem se encendieron y la criatura de barro respondió:

—Es correcto, señor. Después de la Cuarentena, los cadetes pasan a formar parte de la Decimonovena Academia. Y la pequeña ha recibido la piedra negra de la hermandad junto con Twelve...

La rectora hizo un gesto brusco, interrumpiéndolo.

—¡Pero tiene cinco años! —siseó—. ¿De verdad pensáis que puede ser una Deshollinadora con... cinco años?

—Eso no me corresponde a mí decidirlo —le respondió Lobo—. Pero me he permitido la libertad de pedirle opinión a una persona en la que confío. Y en la que creo que vosotros también deberíais confiar. —Lobo hizo una pausa teatral, disfrutando del tintineo de la fuente que reverberaba en el aire que los rodeaba—. ¿Puede acercarse, profesor Manolo?

El Gran Manny apareció en el invernadero por detrás de una planta de hibisco amarillo. Iba vestido de un modo muy elegante y una orquídea sobresalía de la solapa

de su chaqueta, por lo que se disculpó con la rectora.

—Le he oído llegar, profesor Manolo —le respondió ella—, pero no me he dado cuenta de que quería robarme una de mis *laelias* preferidas...

—Hay tentaciones a las que un hombre puede resistirse, señora, y otras a las que es mejor no oponer resistencia... —El Gran Manny le besó la mano y luego saludó a los demás: Luther, Mister Peele, Odo y, por último, a los chicos.

—Gracias por venir —dijo Lobo.

—Muy considerado, de verdad, profesor. Y ahora, si fuera tan amable de explicarnos también a nosotros el motivo de su presencia... —intervino la rectora.

—Por supuesto. —El Gran Manny mostró a los presentes un candado muy parecido al que le habían asignado abrir a Twelve la noche anterior—. ¿Lo reconoces? —le preguntó.

Twelve asintió.

—Es igual que el que...

El enano sacudió la cabeza.

—No es igual. Es el mismo candado que te entregué ayer como tarea.

Twelve miró a Lobo. Lobo miraba al profesor. Y el profesor miraba a sus compañeros.

—Cuando terminó la clase de ayer, como siempre, entregué a los alumnos una serie de candados con los que practicar. Pero no les di a todos el mismo modelo. Ya sabéis cómo son mis clases. Esta chica aquí presente fue la que averiguó cómo abrir la caja fuerte..., aunque luego encomendó la tarea a otro. Y así, mientras los demás debían practicar con un sencillísimo Peeters&Gluck, a ella le di un Joyce. Modelo 3.

Luther silbó.

—La Vigilia —dijo.

—Exacto. Para ver cómo reaccionaba cuando no consiguiera abrirlo. Y, en cambio... —El Gran Manny les mostró el candado, abierto.

—Y esto ¿qué significa, Manny? —preguntó la rectora.

—Yo solo pude abrir una Vigilia después de tres años de práctica, Hortensia —respondió Manny—. Y solo conozco otra persona que haya sido capaz de superarme, hasta ahora.

—¿Y? ¿Eso qué tiene que ver con el asunto de la niña? —insistió la rectora.

—No fui yo quien abrió el candado... —murmuró Twelve.

Hortensia se volvió de repente para mirarla. Lobo tenía una sonrisa radiante dibujada en el rostro. Y el profesor Luther había cruzado los brazos sobre el pecho, dispuesto a disfrutar de la escena.

—¿Queréis que lo haga otra vez? —preguntó Ninon cuando se dio cuenta de que todo el mundo la miraba—. Necesito dos cosas de esas negras, creo...

—¡Lobo! —gritó Twelve—. ¡Lobo!

Estaban corriendo de nuevo por el pasillo para volver a la guarida, pero esta vez Twelve soltó la mano de Ninon y, cuando alcanzó a Lobo, le agarró de un brazo. Fue como intentar atrapar una boa: Lobo se dio media vuelta repentinamente, cerniéndose sobre ella.

—Llegas tarde a clase —le dijo secamente—. Será mejor que te des prisa.

Twelve no podía quitarse de la mente el absurdo juicio que se había celebrado en el invernadero: Odo, el rostro de la rectora, el Gran Manny, que había mostrado a todos los presentes el don de Ninon.

Le retumbaban en la cabeza las palabras de su decisión final: Ninon podría quedarse con los Deshollinadores a condición de que nunca saliera sola de la guarida, bajo ningún concepto. Quedaría bajo la responsabilidad directa de Twelve hasta que la comisión volviera a reunirse para decidir. Y Twelve tendría que obedecer absolutamente en todas las órdenes de Lobo.

—¡Podía irse a casa! —le gritó Twelve en el pasillo desierto. Lobo permaneció en silencio—. ¿Has escuchado lo que ha dicho la rectora?

Lobo no habló.

—A casa... —Los ojos de Twelve se llenaron de lágrimas—. ¿Por qué lo has hecho? —sollozó.

—He hecho lo que tenía que hacer.

Twelve se secó una lágrima con el dorso de la mano. Escuchaba los pasos de Ninon cada vez más cerca.

—Podíamos mandarla a casa. Con Miss Kindheart... —repitió en voz baja.

—No eres más que una niña estúpida.

Twelve hizo amago de darle una bofetada, pero Lobo le inmovilizó la muñeca antes de que pudiera hacerlo. Luego se la apretó. Con fuerza.

—Piénsalo bien, Twelve. Piénsalo bien...

Twelve intentó golpearle con la otra mano y, de nuevo, Lobo fue más rápido que ella. Le dio un bofetón.

—¡TWELVE! —gritó Ninon, corriendo hacia ella.

A Twelve se le nubló la vista; le escocía la mejilla. No recordaba haber sentido nunca un dolor tan humillante.

—Ya no estás en la Institución Moser entre tus huerfanitos, niña. Esto es la selva. Aquí viven animales hambrientos y tú eres demasiado apetitosa para ellos. Si Ninon y tú queréis sobrevivir, será mejor que sepáis cuanto antes de quién os podéis fiar. Y en quién no podréis confiar nunca. Nunca. Nunca jamás.

Lobo cogió a Ninon y se la echó al hombro, dirigiéndose hacia las escaleras del techo.

—Y ahora te vas a clase. Es una orden.

Cuando lo vio desaparecer, conmocionada por la tensión, Twelve se sentó en el suelo y se echó a llorar con la cabeza entre las rodillas.

Ninon chilló durante todo el ascenso. Pero no le sirvió de nada.

La luna entre las chimeneas

La profesora de la asignatura de Uso de Armas era una mujer joven y menuda, con el pelo negro cortado en media melena y los ojos rasgados.

—Podéis llamarme Akiko —exclamó.

Lapo le pellizcó la mano a Twelve para que volviera a concentrarse en la clase. Ella se apartó bruscamente. Le dolía la mejilla, sentía la cabeza pesada y no podía dejar de pensar en las palabras de Lobo: «De quién os podéis fiar. Y en quién no podréis confiar nunca. Nunca. Nunca jamás».

Había dibujado una línea en el cuaderno, dividiéndolo en dos columnas. A un lado había escrito las personas de las que se fiaba: «Ninon, Stephen, Miss Kindheart». Y, un poco más abajo, muy flojito, había escrito: «Lapo».

En medio de ambas columnas había escrito «Henna» y los nombres de algunos otros chicos: «Arthur, Karl, Mathias». Un poco más abajo: «Mia».

En el otro lado estaban todos los demás: «Rebecca, Lobo, Luther, el Gran Manny, la rectora, Mister Peele». «El gólem Odo» estaba rodeado por signos de interrogación.

Sin pensarlo, añadió el nombre de Akiko y luego alzó la vista hacia aquella estúpida lección de ladrona.

—Aprenderéis a usar todo tipo de armas. Absolutamente todas. Dispararéis con pistolas y fusiles, tiraréis con arco y con ballesta, usaréis espadas y floretes, cuchillos, hachas de combate. Sabréis defenderos y atacar. Y sabréis distinguir cuándo, por el contrario, es más prudente darse a la fuga. —Akiko se movía frente a ellos con la elegancia sinuosa de un gato. Llevaba en la mano una larga pluma estilográfica—. Aprenderéis una nueva definición de la palabra «arma». —Miró a su alrededor—. ¿Alguien sabe qué es un arma?

De los pupitres se alzaron tímidamente algunas manos.

—Tú.

—Yo creo que un arma es... —empezó a decir uno de los chicos de la Aduana.

Akiko se giró de repente, flexionó un brazo y lanzó la pluma estilográfica que tenía en la mano. Karl gritó. La pluma se había clavado a pocos centímetros de su oreja, a medio camino entre él y una compañera de clase.

—¿Podrías dejar de hablar? —susurró Akiko. Luego, volvió a dirigirse al chico

de la aduana—. Disculpa la interrupción. ¿Estabas diciendo que un arma es...?

Pero el chico de la aduana, como todos los demás, seguía aún con la boca abierta. Después de aquella escena, ninguno se volvería a atrever a susurrar una palabra durante las clases, sin duda.

—¿Un arma es...? —le preguntó entonces Akiko a Karl, que estaba pálido como un muerto.

—Cualquier cosa..., supongo —murmuró el chico.

Cogió la pluma que aún vibraba junto a su cara y la arrancó de la madera, luego se levantó para entregársela a la profesora.

—Muchas gracias. Sigamos. Ahora ya sabéis qué es un arma. ¿Y para qué sirve un arma?

—¿Para sentirnos más seguros? —preguntó Malcom.

—¿O para qué otra cosa?

—Para matar a alguien.

—¿Se necesitan armas cuando se está entre amigos?

—¡Claro que zí! —exclamó Lapo, haciéndoles reír a todos. Menos a Twelve.

—Nunca se sabe de quién te puedes fiar. Y en quién no puedes confiar nunca. Nunca. Nunca jamás. Hay que saber quién es tu enemigo —respondió.

Akiko se la quedó mirando.

—Tener un arma —prosiguió Twelve— significa saber contra quién usarla. Y si no sabes contra quién usarla, o no debes usarla..., cualquier arma es inútil. Tener un arma significa saber quién es tu enemigo.

—Muy bien, Deshollinadora. Muy bien —asintió Akiko.

La profesora se acercó a la pizarra que había en el centro del aula, que estaba cubierta por un trozo de tela negra. La levantó.

No era una pizarra.

Bajo la tela había un gran espejo inclinado.

—El enemigo es él —dijo Akiko—. O, como podéis ver, sois vosotros. Cuando se trata de armas, uno mismo es su peor enemigo. Y si de verdad queréis convertirlos en buenos espadachines o arqueros, lo primero que debéis aprender es a desafiar a vuestra propia sombra. Deshollinadora, ven aquí.

—¿Quién?, ¿yo? —preguntó Henna.

—No, tu compañera. La del jersey negro y la cara seria. Sí, tú. Adelante.

Twelve cerró el cuaderno y se puso de pie, empezando a descender hacia el centro del aula.

—Rápido, niña, rápido —la animó la profesora—. ¿Cómo te llamas?

—Twelve.

—Toma, Twelve.

La profesora le colocó en la mano un pequeño revolver con el mango de hueso y el cañón resplandeciente. Hasta aquel momento, Twelve solo había visto armas en los libros. Pero en los libros no había aprendido que una pistola tan pequeña pudiera ser

tan pesada.

Y tan hipnótica.

—Venga, empuñala. Así. Apunta hacia abajo. Está lista.

—Lista ¿para qué?

—Quiero decir que está lista para disparar, aunque está cargada con proyectiles no letales. Por eso, ten cuidado. No, no apoyes el dedo en el gatillo, ponlo en la guarda, ese arco de ahí, así. Esto es la palanca, y esto en cambio es el seguro, que impide disparar la pistola hasta que estés preparada. Así. Bien. Ahora, quédate quieta.

La profesora Akiko se volvió hacia la clase.

—La manera en la que vuestra amiga empuña la pistola no es perfecta, pero es extraordinariamente correcta para ser la primera vez que tiene en la mano una pistola. Quizá sus padres fueron tiradores selectos del rey... ¿Quién sabe? —En el aula no se escuchaba una mosca. Akiko daba vueltas alrededor de Twelve, primero hacia un lado y luego hacia el otro, sin dejar de hablar en ningún momento—. Pero hoy no nos interesa aprender cuál es la postura correcta para usar un arma de fuego. Ya tendremos tiempo de estudiarlo. Hoy, en cambio, aprenderemos lo difícil que es separarse de la propia sombra...

—¿Qué... qué tengo que hacer? —preguntó Twelve.

Se sentía confundida, asustada, pero también inesperadamente poderosa. Sentía un hormigueo en el brazo, una leve emoción. Con un escalofrío, imaginó el proyectil dentro del cañón de la pistola y su dedo en el gatillo. Y, al otro lado...

—Tienes que levantar la pistola en dirección al espejo, Twelve. En él verás una persona. Apunta bien y dispara.

—¿Qué?

—Dispara a tu enemigo, Twelve. Está justo frente a ti.

—Pero yo... Las esquilas.

—No habrá esquilas, y no te he pedido que hables. Solo que levantes la pistola, apuntes y dispires.

Twelve obedeció, y para mantener la pistola recta frente a sí tuvo que empuñarla con las dos manos. El escalofrío que había sentido hacía poco se transformó en una pequeña parálisis.

—Apunta...

No era fácil, pensó Twelve. Tenía la sensación de que sus brazos, de repente, se habían vuelto larguísima y de que la pistola estaba tan lejos que parecía encontrarse en otro mundo, fuera de su alcance.

—Cuando dispires, la pistola intentará huir de tus manos... Es un efecto que se llama «retroceso». Así que agárrala bien. No te preocupes si se calienta mucho, es normal. Dobla un poco los brazos. Ten abiertos los dos ojos, no uno solo. Concéntrate. Apunta.

El espejo, de repente, le pareció pequeñísimo. Y, frente a sí, Twelve vio a otra Twelve que la miraba. Una Twelve mucho más delgada de como pensaba que era ella,

más pálida y asustada. La otra Twelve también tenía una pistola y le estaba apuntando con ella, pero no parecía querer dispararle. Parecía estar suplicándole.

—Ahí está tu enemigo —le susurró Akiko muy cerca de su oído—. Dispara.

Twelve sintió algo por dentro, como un grumo que se disolvía. Pensó en Lobo abofeteándola y en el profesor Luther haciéndole meter la mano en la caja de *macarons*.

Y la Twelve del espejo se transformó primero en Lobo, luego en el profesor Luther, y ambos empezaron a reír. A carcajearse de ella. Y, por último, vio a la rectora Hortensia con su máscara de porcelana que le decía, sonriendo, que llevaría de vuelta a Ninon a la Institución Moser. Vio a Mister Peele, que iba a montar a Ninon en su carro para llevarla, en cambio, a cualquier otro sitio.

Eso era lo que Lobo quería hacerle entender. ¡Qué idiota había sido!

Lobo le había salvado la vida a Ninon.

El disparo fue ensordecedor, nítido, magnífico.

El nudo se deshizo. La imagen de Twelve en el espejo se fragmentó en mil pedazos y una telaraña de plata explotó alrededor del agujero de la bala.

—Diana —dijo Akiko, cogiendo la pistola antes de que cayese al suelo junto con Twelve.

No conseguía dormir.

Y no porque Ninon la estuviera abrazando tan fuerte que no pudiera ponerse cómoda, ni porque Henna, en el colchón de arriba, roncara como una locomotora a vapor. Twelve se había criado en un orfanato y estaba acostumbrada a los ruidos de la habitación común.

Lo que la mantenía despierta era el acoso de un continuo teatrillo de personas, que repetían hasta el infinito las escenas de aquel largo día. Revivía los diálogos palabra por palabra, se los repetía sin cesar y trataba inútilmente de cambiarlos.

Se pasó una mano por la mejilla.

Luego escondió la cara bajo las mantas.

Ahí debajo, se ahogaba.

Así que salió de la cama. Atravesó la entreplanta y trepó por la escalera que llevaba a la sala común. Entonces, se detuvo.

Tuvo la sensación de escuchar voces procedentes de arriba, donde ella pensaba que estaba la habitación de Lobo.

Una de las voces parecía la del jefe de la manada. Hablaba en voz baja pero decidida. La otra voz podía pertenecer a Mathias, pero no estaba segura, porque desde que había vuelto de la segunda Cuarentena, Mathias casi no había pronunciado palabra: estaba siempre en una esquina con cara seria y trataba fatal a Lapo, que se empeñaba en no dejarlo solo.

Twelve dudó, quedándose colgada de la escalera de cuerda.

Y entonces, en lugar de bajar, decidió seguir trepando. Llegó al piso de arriba y luego más alto, justo debajo del tejado. Alcanzó una habitación estrecha, llena de tubos. Tuberías de cobre discurrían por todos lados: en el espacio que había entre las vigas de la sala común y las tejas del tejado, a lo largo de los muros de carga. A unos tres metros sobre su cabeza, sobre los tubos, había una claraboya a través de la cual entraba en la habitación un rayo de luz plateada.

—¿Lobo...? —murmuró Twelve al escuchar un ruido. Pero solo era algo que arañaba los tubos. O que corría dentro de ellos.

Como por arte de magia, mientras aún estaba colgada de la escalera de cuerda, en el pedazo de cielo que se entreveía por la claraboya apareció la luna. Y antes de poder darse cuenta de que estaba haciendo una tontería, Twelve se lanzó de la escalera y se aferró a una de las tuberías, sujetándose con las manos y los pies descalzos. Subió por la pared como una lagartija y luego apartó una mano y se echó hacia atrás para alcanzar la estructura de la claraboya. Encontró un asidero y se quedó colgada con una sola mano, columpiándose como un péndulo. Era una sensación agradable.

Se agarró con la otra mano también, flexionó los brazos y se impulsó, empujó el cristal con la cabeza y se dio cuenta de que se abría hacia fuera, dejando a la vista un trozo de tejado. Introdujo un codo en la rendija, se impulsó de nuevo y consiguió sacar la mitad superior del cuerpo a través del cristal abierto y, por último, las piernas.

Al subir, pensaba en el techo del orfanato y en sus fugas nocturnas con Stephen, pero una vez fuera miró a su alrededor y se dio cuenta de que, desde allí, el espectáculo era completamente distinto.

Estaba rodeada por el agua del río y por las luces de la ciudad.

Twelve se arrastró por las tejas y se sujetó a la chimenea más cercana para ponerse de pie. El viento le hizo ondear la melena.

La Academia se encontraba en una isla en el centro del río, y la ocupaba casi por completo. Donde no se veían techos y chimeneas, había árboles. Y, luego, agua. Agua negra y resplandeciente. Cambió de posición para tener otras vistas, asombrada por la extensión de las luces de la ciudad que se distinguían a lo lejos, hasta las colinas, y por fin consiguió ponerle forma a la sede de la Academia. Era una enorme herradura que albergaba en el patio interno un jardín y un invernadero. La verja que había entrevisto daba a un muelle iluminado por faroles. Dos pequeñas barcas amarradas ondeaban al ritmo somnoliento del río.

Más allá, el río formaba un majestuoso meandro sobre el que discurría un puente de piedra parecido al que su carroza nunca había conseguido atravesar. Al otro lado vio dos puentes, tres, cuatro... Parecían no terminar nunca. Se acuclilló entre las chimeneas, abrazándose las rodillas, y se quedó allí observando las farolas de las calles, los edificios, las colinas, preguntándose qué aspecto deberían tener de día y escuchando por primera vez la respiración de la ciudad dormida: ruedas de carrozas, voces anónimas, música en la lejanía. Una carcajada. Un redoble de campanas, luego

otro. Contó hasta doce. Y luego otros, más lejanos. ¿Y aquella línea de luz, al fondo? ¿Sería la Aduana, iluminada por las antorchas de los guardias?

Todas aquellas luces producían un extraño contraste con la Academia: el edificio entero estaba a oscuras y no salía humo de ninguna chimenea, como si el lugar estuviera abandonado.

—Así mantienen el secreto —le susurró Lobo a su lado.

Twelve estuvo a punto de perder el equilibrio y caerse del tejado.

Lobo la agarró de un hombro con fuerza, pero también con cierta ternura: para sostenerla.

—¡Por Dios, Lobo! ¡Me has asustado!

Él le ordenó que bajara la voz y miró entre las chimeneas, como para comprobar que nadie pudiera escucharlos. Twelve enmudeció al instante, y luego se dio cuenta de que estaba prácticamente desnuda encima del tejado y, de repente, notó frío bajo los pies y por las piernas.

Lobo le puso alrededor de los hombros una manta de lana que tenía escondida dentro de una chimenea.

—Están apagadas —dijo, como si fuera una explicación.

Twelve se envolvió en la manta y pensó que Lobo iba a regañarla por haber subido hasta allí arriba. Pero la reprimenda nunca llegó. El jefe de la manada se quedó en silencio, dejando vagar la mirada por el bosque de luces de Danubia.

—Dicen que antes esta era la sede de la Academia de Música —dijo después de lo que a Twelve le pareció una eternidad—. La más importante del reino, cuando los músicos aún no eran Regios Músicos. Se llamaba Academia Wandermeyer. Todavía se puede leer el nombre en una placa en el tercer piso.

—¿Y después? —preguntó Twelve.

—Después pasó algo, supongo. Algo terrible, como una epidemia misteriosa, y la escuela quedó abandonada. Y nadie tiene intención de volver aquí. En Danubia piensan que está poseída por fantasmas o algo peor. —Lobo señaló un punto concreto de la ciudad que los rodeaba—. Tu orfanato está allí, por algún sitio..., hacia el mar.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque me he dado cuenta de que lo estabas buscando.

Twelve no dijo nada. No quería mentir, ni interrumpirlo. A la luz de la luna, el rostro de Lobo había adoptado una dulzura misteriosa. Aquellas confidencias eran algo muy valioso, como si allí, en equilibrio entre las chimeneas, no pudieran aplicarse las reglas de la manada.

—Vete quitando de la cabeza la idea de escapar de aquí —dijo Lobo, de nuevo anticipándose a sus pensamientos.

—Si me quedo aquí —dijo Twelve—, Ninon nunca encontrará a su familia —y luego añadió, apresuradamente—: De todas maneras, gracias. He tardado un rato en darme cuenta que Mister Peele nunca la habría llevado de vuelta al orfanato.

Lobo se quedó un momento en silencio y luego añadió:

—Ni tú tampoco puedes.

Twelve se lo quedó mirando, confundida. Aún no se había planteado siquiera aquella idea. Pero, en cierto modo, sí que lo había pensado. Había contemplado aquella posibilidad entre las miles de ideas que se le ocurrían y que luego se tornaban en dudas.

El perfil de Lobo tenía algo salvaje. Sus largas patillas vibraban lentamente con el viento nocturno al igual que su cabello despeinado, oscuro y brillante como las aguas del Duma.

—Ya tenéis una nueva familia —prosiguió el jefe de los Deshollinadores—. Puede que no sea la mejor, lo admito. Pero es una familia.

Twelve escondió la cara en la manta. Tuvo ganas de preguntarle si Lobo era su verdadero nombre o si lo había elegido él. Pero no se dio suficiente prisa.

—Ten cuidado de no hacer ruido cuando bajes —le dijo él antes de desaparecer en la nada, como había hecho el profesor Luther el día anterior—, y yo haré como si no te hubiera escuchado subir aquí arriba.

Peele, el cojo

El día siguiente empezó como todos los demás. Despertar al amanecer, desayuno veloz con Ninon en el techo y luego descenso a las aulas para las clases. Por la mañana solían dar las asignaturas tradicionales, casi todas con Falkenhayn, mientras que por la tarde tenían los laboratorios prácticos. El Gran Manny con sus candados. Akiko y sus armas. Esa tarde iban a conocer a Zefirotti, el profesor de Acrobacia y Destreza.

—¡Por fin jugamos un poco! —se restregó las manos Lapo, emocionado.

—¿Cómo estás, Mathias? —le preguntó Twelve a su ceniciento amigo mientras bajaban las escaleras.

—Estoy —respondió él.

Twelve intentó darle un abrazo, pero él la esquivó, casi con miedo, y Twelve se disculpó. Solo quería hacerle saber que se alegraba de volver a verlo.

—No pasa nada —dijo Mathias—. Pero no me toques, ¿vale?

—Vale —respondió Twelve. No conocía tanto a Mathias, ni tampoco sabía qué le había pasado, como para atreverse a preguntarle por qué.

Se limitó a correr junto con los demás Deshollinadores (dos baldosas negras y una blanca en todos los pasillos) hasta llegar a la sala común. Cressida y Henna se habían hecho amigas y se habían cambiado a una habitación juntas, dejándola sola con Ninon. Aquello era algo que a Twelve no le molestaba, pero también tenía la desagradable sensación de que los alumnos de primero la evitaban. Mia le parecía un poquito sospechosa y, de día, Lobo no hablaba con ellos. Afortunadamente estaba Lapo, que se hacía el gracioso siempre que podía.

Twelve pasaba mucho tiempo sola rumiando sobre lo que había visto desde el tejado, sobre la Academia, sobre la absurda hipótesis de volver al orfanato Moser. De llevar ella misma a Ninon con su familia adoptiva. De acudir a los Húsares y contarles cómo la habían secuestrado los Ladrones. Todos sus pensamientos oscilaban entre la idea de tener que salvarse a sí misma y la de que lo hiciera otra persona: Miss Kindheart, Stephen...

No se le ocurría quién más de los nombres escritos en la columna de los buenos de su cuaderno podía salvarla.

Y con cierta sorpresa, aquel día, mientras estaba sumida en sus pensamientos, se

encontró frente a frente con Rebecca.

Acababan de entrar en el comedor.

—¿Y bien? ¿Ni siquiera me reconoces? —le preguntó Rebecca, de pie frente a ella.

Estaba distinta.

Llevaba las uñas pintadas de rojo carmín, pero tenía los bordes completamente descascarillados. Y le habían rapado el pelo al cero. Llevaba un vestido de rejilla gris, con las mangas largas decoradas con nudos relucientes y largos pendientes de perlas grises —perlas falsas— que oscilaban en sus lóbulos enrojecidos. Parecía un esqueleto. Un capullo de oruga. Un fantasma.

No, pensó Twelve, asustada por su mirada, no la reconocía, pero se esforzó por responderle:

—¡Rebecca, por fin! ¡Pareces otra! Estás muy... elegante...

—¿Ya estás contenta? —le dijo Rebecca. Tenía ojeras y arañazos en el cuello que su largo vestido de rejilla dejaba al descubierto. Arañazos superficiales, pero muchos.

—¿Contenta? —se preguntó Twelve. ¿De qué? ¿De verla? ¿De que hubiera salido de la Cuarentena? ¿De que le hubieran rapado el pelo al cero?—. Pues claro que estoy contenta. Precisamente nos estábamos preguntando...

Rebecca señaló la mesa que había detrás de ella.

—¡Ah, genial! Entonces, ¿ahora eres una Lady? —Twelve tragó saliva—. ¿No era lo que querías?

Rebecca olfateó con fuerza. Y le preguntó:

—¿Sabes qué he escuchado en la Cuarentena?

Twelve negó con la cabeza.

—He escuchado voces. Voces que me decían: «Twelve..., ¿sabes que ha sido la pequeña Twelve quien te ha hecho esto?».

—Rebecca, yo...

Ella la agarró por un brazo.

—Twelve y la niña que está con ella. Su hermanita. Me apuesto lo que quieras a que fue precisamente la hermanita quien le contó la mentira al profesor...

—¿Te refieres a que le robaste la pulserita? —replicó Twelve con dureza.

Los ojos de Rebecca se abrieron de par en par.

—¿Que yo le robé la pulserita a Ninon? —suspiró—. Escúchame, Twelve, yo no le he robado nada. Nunca habría hecho algo así.

Twelve miró a su alrededor, preocupada. Sentía que se ahogaba y habría deseado que alguien viniera a ayudarla, pero los demás Deshollinadores ya estaban sentados en la mesa armando escándalo, cada uno a su aire.

—Le dije a nuestra querida Ninon que podíamos ayudarnos entre las tres, como hacen las amigas. Ella podía darme su pulsera y yo le daría mi alfiler. Y luego nos

devolveríamos nuestras cosas, después de haber hecho lo que nos pedían...

—¿Eso le dijiste? —preguntó Twelve.

—Sí. ¿Y sabes qué me respondió la pequeña Ninon? Me respondió que no necesitaba el alfiler, porque tú acababas de ir a robármelo...

Twelve jadeó:

—Yo...

—¿Entonces, Twelve? Eso fue lo que hiciste, ¿verdad? ¿Quién dice la verdad, de todos nosotros? ¿Quién? ¿A quién puedes creer y a quién no?

Por la tarde bajaron al gimnasio de la Academia. Era una estancia diáfana que daba al río a través de grandes ventanales por los que se podía ver el exterior: el agua, los puentes, parte de la ciudad. Todos los alumnos atravesaron corriendo el campo de juego para pegar la cara contra la pared, chillando desde allí a sus compañeros para que se acercaran corriendo a mirar.

Twelve se quedó un poco más atrás y, desde donde estaba, vio llegar al profesor Zefirotti. Era un gigante de más de dos metros de alto y debía de pesar, como poco, ciento cincuenta kilos. El profesor metió parte de su gigantesca panza para intentar pasar por la puerta pero, a pesar de sus esfuerzos, se quedó atascado. Se dio cuenta de que Twelve lo estaba mirando, la obsequió con una luminosa risotada y entró en el gimnasio con un tirón.

Twelve le sonrió.

Zefirotti avanzó por el linóleo del gimnasio sin producir el más mínimo sonido, con la ligereza de un bailarín de *ballet* clásico y el paso de un atleta.

—Buenos días, muchachos —los saludó—. Bienvenidos al gimnasio, donde nos encontraremos dos tardes a la semana, y, quienes entréis en el equipo, tres, para el partido dominical.

No habrá ningún partido dominical, pensó Twelve de repente. Al ver el río al otro lado de las ventanas del gimnasio le habían entrado aún más ganas de escapar. Dijera lo que dijera Lobo.

—En la primera tarde de la semana haremos clases individuales. En la segunda, jugaremos juntos, que no es otra cosa que practicar acrobacia y destreza en equipo. ¿Alguna vez habéis jugado al balón envenenado? ¿Al balón prisionero?

Algunos chicos levantaron la mano, entre ellos Twelve. Era uno de los muchos juegos que practicaban en la Institución Moser.

—Muy bien. Aquí dentro, es el deporte nacional —dijo, acompañando la broma de una carcajada—. Y el balón, naturalmente, está envenenado de verdad... Esta es una de las asignaturas más importantes de primero, y me temo que para muchos de vosotros será más dura que las demás... Pero no tengáis miedo. Con un poco de paciencia, estoy seguro de que hasta los más torpes conseguirán apañárselas. Pero de esto hablaremos en la próxima clase porque hoy, como os iba diciendo,

comenzaremos con... —Zefirotti miró a su alrededor, buscando algo que, a ojos vistas, no estaba. Y luego miró la puerta por la que había entrado con cara suplicante.

—¿Ze le ha olvidado algo, profezor? —le preguntó Lapo.

El profesor recuperó el ánimo.

—¡Sí, justo! ¡Muy bien, muchacho! ¿Puedes ir detrás de esa puerta y traer al Viejo Willy?

—¡Zí, por zupuezto!

El profesor rio con alegría, y Lapo salió del aula y volvió un segundo después empujando un maniquí de sastrería con ruedas.

—¿Ez ezto?

—¡Sí, muy bien! ¡El Viejo Willy! ¡Venga, empújalo hasta aquí!

Los alumnos se colocaron en semicírculo alrededor del profesor y el maniquí. El Viejo Willy se tambaleaba sobre su soporte y llevaba un sombrero de fieltro y un pesado abrigo de lana oscura. Pero lo más extraño era que no dejaba de tintinear, como si dentro tuviera mil campanillas.

—Perfecto, muchacho, puedes dejarlo aquí. ¿Cómo te llamas?

—¡Lapo! —respondió Lapo.

Zefirotti rio con ganas.

—De dicho y de hecho, ¿verdad? Entonces, como podéis ver, el Viejo Willy se tambalea un poco sobre su única pierna, así que para moverlo solo se necesita una brisilla... ¡Ja, ja, ja, mirad! —Zefirotti sopló y el maniquí respondió con un delicado tintineo—. Lo creáis o no, el Viejo Willy ha contribuido a la formación de muchas generaciones de Ladrones. Lo usaremos para un montón de ejercicios útiles... Y hoy empezaremos con... este.

El profesor se sacó del bolsillo una bolsita de cuero y la agitó frente a los alumnos. La bolsita también tintineó, como si estuviera llena de monedas. Zefirotti volvió a guardarla en el bolsillo interior del abrigo de Willy.

—Ya está —dijo—. Ahora es vuestro turno: lo único que tenéis que hacer es robarle la cartera al Viejo Willy.

—Sin que suenen los cascabeles —comentó J.J.T.

El profesor le sonrió.

—Muy bien, muchacho. Me gusta la gente despierta. Venga, ven, tú serás el primero.

J.J.T. suspiró, arrepintiéndose inmediatamente de tener la lengua tan larga, y se abrió camino entre sus compañeros. Se detuvo frente al maniquí como si estuviera esperando instrucciones.

—No hay técnicas concretas —explicó entonces Zefirotti—. Solo hay que tener el pulso firme y apuntar directamente hacia la bolsita, no tocar la tela, no tocar a Willy, o de lo contrario sonará como las campanas de Mechanischer Dom. ¿Entendido?

—Entendido —balbució J.J.T.

—Pulso firme, ¿entendido?

—Entendido.

J.J.T. no tenía el pulso firme, precisamente. Quizá fuera la presencia de Zefirotti a su lado, o el hecho de que todos sus compañeros tuvieran los ojos clavados en él, pero temblaba como si fuera de gelatina. Avanzó un paso hacia el Viejo Willy y el maniquí, sin que lo hubieran tocado siquiera, tintineó.

—¡Así no! —exclamó el profesor Zefirotti y le dio a J.J.T. una colleja tan repentina que el chico no supo si quejarse o no—. ¡Venga! ¡Inténtalo otra vez! ¡Pulso firme!

J.J.T. lo intentó tres veces más, y tres veces más le llovieron tres bofetadas que lo hicieron girar sobre sí mismo como los carruseles de la Kinder Platz. Pero con muchas menos luces. Habría sido una escena casi cómica si no tuviera un punto trágico. J.J.T. sollozaba ahora con fuerza y tenía las mejillas a fuego vivo. El Viejo Willy se balanceaba tintineando sobre su pierna de madera sin que hubiera manera de detenerlo.

—Suficiente —decidió en aquel momento Zefirotti—. Que lo intente otro.

Como no hubo voluntarios, eligió él. Le tocó a Mathias.

Twelve se mordió el labio. Aquel muchacho era la sombra del chico gallito y un poco fanfarrón que habían conocido en la Cuarentena. Pero parecía tener cierto entrenamiento: sacó la bolsita al segundo intento.

Luego le tocó a Lapo, que lo consiguió a la primera.

—¡Oztraz! —exclamó, muy contento. Intentó chocar los cinco con Mathias, pero su amigo parecía de nuevo sumido en sus oscuros pensamientos. Luego fue el turno de Sammy, de los Lord, que hizo sonar a Willy inmediatamente y se llevó una bofetada que la tiró al suelo, y Twelve no pudo evitar gritar:

—¡Profesor!

—¿Qué pasa? —Zefirotti se la quedó mirando—. ¿Quieres venir tú? Pues ven.

Twelve no tenía ningunas ganas, pero fue, aunque solo para que Sammy tuviera tiempo de recuperarse. No tenía miedo, solo estaba enfadada.

Falló cinco veces, una detrás de otra. A la quinta apoyó una rodilla en el suelo, pero no se le escapó ni un solo quejido.

—Que venga otro —dijo el profesor.

—Yo no he terminado —respondió Twelve.

Zefirotti se la quedó mirando con el rostro impasible.

Al séptimo intento, otra vez en el suelo, por fin comprendió el truco: el suelo bajo el linóleo era de tablones de madera. El profesor había colocado el carrito del Viejo Willy de tal manera que podía hacerlo vibrar simplemente cambiando el peso de su cuerpo de una pierna a otra.

Twelve le dio un ligero golpe al carrito, haciendo que se moviera. Y en cuanto los cascabeles dejaron de sonar, estiró una mano debajo del abrigo, cogió la bolsita y se la tiró al profesor con un movimiento elegante y silencioso.

Zefirotti la alcanzó al vuelo y rio.

—¡Menuda cara ha puezto!

—Sí, Lapo.

—Pero menuda cara de... ¡Twelve, haz eztado genial!

—No creo.

—¡Lo movía él con zu barrigota! Increíble... ¡Pero tú le haz jorobado! ¡Le haz jorobado pero bien! Y cómo lo haz mirado luego...

Twelve no sabía cómo lo había mirado, pero sabía que si la manera en la que había dejado a Willy fuera de combate no le había gustado, Zefirotti tendría oportunidad de hacérselo pagar.

Ya era casi de noche, y los alumnos de primero se habían dividido para volver a sus respectivas guaridas a esperar que llegara la hora de la cena. Empezaban a familiarizarse con los pasillos y las distintas alas del edificio, a reconocer salas y habitaciones, las puertas que podían atravesar —forzándolas— y las que debían permanecer cerradas.

—Oye —dijo Twelve para cambiar de tema—, ¿mañana con quién tenemos clase?

—Otra vez con el Gran Manny. Y luego con Virginia V.

Twelve hizo tamborilear un dedo sobre su cuaderno azul oscuro con alamares dorados, como si estuviera completamente desorientada.

—¿Con quién? —preguntó.

—Tranzformizmo —le recordó Lapo—. Por lo que me han contado loz de loz otroz curzoz, nadie zabe zi Virginia V. ez una anciana, una mujer joven o quizá un hombre...

Pero Twelve ya no lo estaba escuchando.

Había visto pasar por detrás de la esquina a Mister Peele acompañado por dos gólems que arrastraban unos grandes baúles con ruedas.

—¡Oye! —le preguntó Lapo—. ¿Adónde vaz? ¿No haz ezcuchado lo que ha dicho Zefirotti? ¡Tenemos que zubir a darnoz una ducha porque apeztamos como...!

—¡Vuelvo ahora mismo! —le gritó Twelve—. Tengo que ir al baño. Pero subo ahora, prometido.

—¡Pero loz bañoz no eztán por allí! —la llamó Lapo. Y, entonces, cuando Twelve desapareció por la esquina del pasillo, se encogió de hombros—. ¡Chicaz! ¡No hay quien laz entienda!

Twelve se puso a seguir a Mister Peele y a los dos gólems sin un motivo concreto. Quizá por simple curiosidad. Quizá porque quería descubrir si Mister Peele podía serle útil de alguna manera. Después de todo, él, al igual que Luther, sabía cómo salir de la Academia.

Mientras pensaba qué podía decirle si se daba cuenta de que lo estaba siguiendo,

Mister Peele, a veinte metros de ella, apoyó mal el pie cojo y cayó, volcando el baúl que llevaba en la mano.

Hubo un ruido sordo y, un segundo después, gracias a algún mecanismo invisible, una ráfaga de flechas minúsculas se clavó en la tapa del baúl.

—¡Mirad por dónde pisáis, gorilas! —dijo Mister Peele, dirigiéndose a los dos gólems, aunque a Twelve no le quedaba duda de que había sido él quien había activado el mecanismo—. ¡Este pasillo es una trampa constante!

Luego le dio una patada a las flechas e intentó recoger el contenido del baúl. Algunos platos y un par de copas de plata habían salido rodando por el pasillo.

—Espere, déjeme que le ayude —se ofreció Twelve.

Mister Peele levantó la cabeza.

—¿Qué...? Ah, eres tú —gruñó—. ¿Qué haces aquí?

—¿Yo? Nada. —Twelve recogió las copas y se las tendió—. Pero, de todas maneras... El otro día en el invernadero... Bueno, cuando terminó el juicio, o lo que fuera aquello. —Twelve se esforzó por que se le ocurriera algo astuto—. Bueno, pues que al final no le di las gracias. Por haberme salvado la vida el día del atentado, quiero decir.

—Ah, bueno. —Mister Peele se encogió de hombros—. No hay de qué, es mi trabajo. Había ido a recogerte y eso hice. Nada más.

Apestaba a puro, como un cenicero viejo que nadie hubiera limpiado desde hacía mucho tiempo.

—Sí, claro, pero gracias. Y gracias por recoger también a Ninon.

Desde debajo de la maraña de sus cejas, Mister Peele la miró con sospecha.

Mientras tanto, los dos gólems esperaban sin siquiera haberse dado media vuelta, como soldaditos de juguete a los que se les hubiera agotado la cuerda.

Twelve observó cómo Mister Peele volvía a introducir los objetos en el baúl y agarraba de nuevo las asas.

—¿Puedo ayudarle?

—¿Ayudarme? ¿Y por qué? A mí nunca me quiere ayudar nadie. Solo me ayudan ellos. —Y señaló a los gólems con un gesto de la barbilla—. Pero ellos son criaturas estúpidas, sin corazón ni cerebro.

—Salvo Odo —comentó Twelve.

—Odo, sí. Pero ese no es un gólem normal. Solo el demonio sabe quién fabricó a Odo. Solo el demonio lo sabe.

Mientras hablaba, el guardián había vuelto a arrastrar su baúl. Parecía pesar una tonelada.

—¿Qué hay ahí dentro?

—¿Tú qué crees que hay? —preguntó Mister Peele—. Ah, claro, que eres una novata. Es el botín de la otra noche, ¿lo ves? Y ni se te ocurra mangar nada: los gólems se darían cuenta en un segundo. Además, robar a los Ladrones nunca es una buena idea.

—Guau —dijo Twelve—, ¡un botín! ¿Y adónde lo lleváis?

De nuevo, Mister Peele frunció el ceño.

—Eso a ti no te incumbe, niña. Ninguna de estas cosas te incumbe. Además, los alumnos tienen prohibido hablar conmigo, igual de prohibido que salir de la Academia. Así que cállate.

Twelve obedeció, pero no se detuvo, y siguió pensando a toda prisa. Puede que ella tuviera prohibido hablar con Mister Peele, pero, por lo que parecía, él no se negaba a responder. El botín de la noche anterior. Aquello quería decir que alguien lo había llevado a la Academia. Y ahora Mister Peele y los gólems lo estaban llevando... a algún otro sitio. ¿Tendría la escuela una enorme caja fuerte en la que se guardaban todos los objetos valiosos? ¿O quizá una sala del tesoro?

Pero a Twelve no le interesaba llegar al tesoro, sino justo lo contrario: descubrir por dónde salían los verdaderos Ladrones de la Academia.

—Hay un pasadizo secreto, ¿verdad? —preguntó de repente—. ¿Un pasadizo bajo el río que lleva fuera de la escuela?

El vigilante estuvo a punto de tropezarse de nuevo.

—Y tú ¿cómo lo sabes? ¿Te lo ha contado alguno de cuarto, verdad? A esos habría que cortarles la lengua, te lo digo yo.

—No, no me lo ha dicho nadie. Yo... lo he visto —soltó de repente Twelve.

El vigilante estalló en una carcajada.

—Lo siento, chiquilla, pero eso es completamente imposible. Los Harapientos nos hubieran avisado si alguno de los novatos hubiera bajado hasta allí a cotillear. Eso sin considerar que, con el apetitoso bocadito que eres, difícilmente hubieras podido volver aquí a contármelo... Así que no intentes colarme tus trolas.

Vaya, pensó Twelve. Había descubierto algo nuevo: que existía un pasadizo subterráneo para salir de la Academia. Pero también que estaba vigilado. Por los Harapientos, fueran quienes fueran.

Al girar la esquina del pasillo, Mister Peele y los gólems llegaron al enorme salón que daba al jardín de las rosas. Estaba desierto, como la primera vez que Twelve lo había visto, pero a lo lejos se escuchaba el murmullo confuso de los alumnos de los cursos superiores.

Mister Peele se sacó del cinturón un anillo de ganzúas y se puso a trajinar con la cerradura.

—Maldito pestillo...

—¿Es difícil de forzar? —preguntó Twelve.

—¿Difícil? Imposible, hasta para un alumno de quinto. Más incluso que el candado que... —Mister Peele se interrumpió y la miró de reojo—. Eres una niña muy rara, y no sé si eso me gusta. —Por fin consiguió forzar la cerradura, y Twelve dio un paso hacia la puerta, pero el vigilante se interpuso en su camino—. ¿Adónde te crees que vas? —gruñó.

Twelve murmuró, confundida:

—Solo quería acompañarle...

—Sí, hombre —escupió Mister Peele—. Así las Rosas Guerreras primero te harán trizas a ti y luego la rectora me hará picadillo a mí. ¿No te han dicho nada de las Rosas Guerreras?

—¿Rosas Guerreras?

—¿No lo sabes? Se mueven... —susurró Mister Peele—. Se mueven y cortan.

—Y a usted ¿por qué no le cortan?

El vigilante se sacó del bolsillo medio puro, se lo metió en la boca y lo encendió, restregando una cerilla contra su uña. Aspiró una bocanada de humo con una mueca:

—Ya te he dicho que haces demasiadas preguntas, ¿no? Las rosas no me cortan porque me conocen. Es evidente. Y, ahora, lárgate de aquí, que tengo cosas que hacer.

Y, dicho aquello, Mister Peele cogió su baúl y lo arrastró por el jardín, seguido por los dos gólems.

Twelve se lo quedó mirando a través de los cristales.

Y vio las rosas, en la pared, que se movían a su paso, ondeando como un mar embravecido de olas de espinas.

El plan

Twelve empezó a considerarlo.

Saldría de allí, se escaparía. Y cuando empezó a considerarlo, ya no pudo pensar en otra cosa. A veces solo era un relámpago, como cuando entró por primera vez en el gimnasio. Otras veces, la idea permanecía allí, flotando frente a sus ojos. No tenía claro cómo iba a escapar, solo el resultado final. Lo veía, claro y real, como veía a Stephen y Hugo en sus sueños. Veía a Ninon y a ella misma, que caminaban por las calles iluminadas de Danubia. Twelve llevaba un largo abrigo de piel gris y Ninon, un gorrito de lana con un pompón.

En ninguna de sus fantasías huía sola.

Evidentemente, no tenía un plan. Porque era un plan imposible: no había manera de escapar de la Academia. Y, sin embargo, a la mañana siguiente, mientras las palabras del profesor Falkenhayn le hacían revivir las empresas de los grandes ladrones del pasado, sus rapiñas, sus fugas y sus evasiones, aquella imposibilidad se tornaba menos terrorífica. Twelve siguió aquella clase con un interés muy concreto. Si ellos lo habían logrado, ¿por qué no iba a conseguirlo ella?

Ser consciente de su propio atrevimiento la aturdió. Pero la sensación no desapareció con la ducha vespertina. Ni tampoco con la del día siguiente.

Twelve permaneció despierta toda la noche, con los ojos clavados en las pintadas de su habitación. Paseó por la sala común, desierta, buscando inútilmente refugio en su desván. Volvió a sentir ganas de subir otra vez al tejado, pero no lo hizo por respeto a Lobo.

Se esforzó por reconstruir el plano de la Academia basándose en lo que había visto aquella noche de luna. La forma de la isla, los árboles, el puente más cercano, las barcas amarradas. ¿Dónde estaban? ¿Dónde estaba el pasadizo secreto que discurría bajo el río? ¿Dónde vivía Mister Peele? ¿Y los profesores? ¿En la Academia o bien fuera, en la ciudad? ¿Y quiénes eran aquellos terroríficos Harapientos que el guardián cojo había mencionado?

¿A quién se lo podría preguntar? ¿De quién se podía fiar?

De nadie, se respondió. No podía fiarse de nadie. Y tampoco podía usar su cuaderno para apuntar aquellas preguntas, ni las posibilidades que se le ocurrían. Debía hacerlo todo mentalmente y mantener el secreto para sí.

Desilusionada, se perdió mirando las pintadas en la pared de la sala común. Encontró el árbol-flor con la niña-uno que había dibujado Ninon. Algún otro Deshollinador había trazado encima un nuevo garabato.

Twelve se mordió el labio, pensativa, y luego cogió un par de pinturas al pastel y dibujó en la pared un plano de la Academia. Era poco más que un cuadrado torcido, imposible de distinguir entre las miles de pintadas y líneas que cubrían las paredes. Satisfecha, se quedó observando su obra con las manos cruzadas detrás de la nuca. ¿Quién se iba a fijar en ella?

Contemplando el perímetro que había dibujado, añadió mentalmente todos los detalles que había visto desde el tejado. Recordaba que, del lado de los puentes, la Academia casi rozaba el muro que la rodeaba. ¿Sería posible tirarse desde el tejado? Tendría que volver a subir a comprobarlo. Y, una vez sobre el muro, ¿qué trampas podía haber?

Prosiguió con su inspección mental del dibujo. No tenía ni idea de dónde colocar el pasadizo secreto y, de cualquier manera, descartó la idea de ponerse a buscarlo: era una vía de salida demasiado directa y, por tanto, vigilada.

No. Tenía que encontrar otra cosa. Dándole vueltas durante toda la noche a su imaginación, se aferró a una única posibilidad: atravesar el jardín de las Rosas Guerreras, igual que había hecho Mister Peele. Y luego abrir la verja. ¿Habría que forzarla, como todas las demás puertas, o habría llaves? Y, si las había, ¿quién las tendría?

Y, una vez traspasada la verja, tendría que llegar al muelle, robar una barca y, entonces, estaría fuera.

Pero no era algo fácil. Ni siquiera lo era llegar al jardín de las rosas: la puerta Moehringer cambiaba de combinación de una semana a otra, y las trampas de las escaleras y los pasillos lo hacían diariamente y solo Lobo sabía cómo. ¿Pedirle ayuda a Lobo? Sonrió ante aquella idea.

No. Tenía que hacerlo todo sola. Se acordó de que Mia, el primer día, les había explicado que eran los gólems quienes colocaban las trampas, todas las noches.

Gólems, trampas, rosas...

Twelve suspiró, tratando de ordenar los pensamientos que le rondaban por la cabeza. Volvió a coger las pinturas y buscó otra esquina vacía de pared, donde señaló los distintos puntos de su plan con una serie de dibujos que solo ella podía interpretar.

Lo gólems y las trampas de las escaleras, lo primero. Luego, la puerta para salir al jardín.

Las rosas, la verja, la barca.

Los Harapientos.

Temblando en el frío nocturno, miró los garabatos que había dibujado. Solo a sus ojos formaban una lista de tareas que resolver, cada una de las cuales contenía una serie casi infinita de incógnitas. Lobo tenía razón: no sabía nada. Nada de nada. Y no tenía ni idea de cómo resolver ninguno de aquellos problemas.

Apoyó el mentón en las rodillas e intentó empezar desde el principio. Pero, probablemente, aquel no era un buen método. Poco después le empezó a pesar la cabeza, y cuando se despertó era casi de día. Se había dormido en el desván, agotada por demasiados pensamientos, y estaba toda entumecida. Se metió silenciosamente en su habitación y cayó en un sueño muy profundo que duró apenas unos minutos.

—¡Veintiuno! ¡Una buena generación! —exclamó el profesor Zefirotti aquella misma tarde. Estaba haciendo botar ruidosamente un balón de cuero. Y, mientras tanto, pasaba lista—. Veintiuno quiere decir que tenemos tres equipos exactos, sin necesidad de suplentes. Hoy, para calentar un poco, estudiaremos juntos las reglas básicas. Hay tres, más complicadas, que usamos en los torneos..., pero de momento con las básicas nos servirá. ¿Alguna vez habéis jugado al balón prisionero?

Algunos alumnos asintieron, pero el profesor los ignoró. En cambio, señaló las líneas del campo que había a su alrededor y continuó:

—Se enfrentan dos equipos de siete, cada uno con su propio campo. Las dos zonas que hay al fondo de los campos son las prisiones. La estrecha zona que hay entre ambos campos se llama zona muerta y allí es donde se colocan los balones al principio. Cuando yo pite —dijo, y levantó el silbato—, hay que correr a por ellos, y ese es el único momento en el que podéis entrar en la zona muerta. Luego comienza el juego: el objetivo de cada equipo es hacer prisioneros a la mayor cantidad posible de adversarios. Se hace prisionero a un jugador cuando lo golpea un balón lanzado por el adversario, sin que haya botado primero en el suelo o tocado otro balón, o bien cuando el balón que él haya lanzado sea atrapado al vuelo por un adversario. Los que sean hechos prisioneros deben colocarse detrás del equipo que los haya capturado, en la prisión, y quedarse allí hasta que uno de sus compañeros pueda liberarlo. Se libera a un compañero haciendo que coja al vuelo un balón. Cada partido está dividido en cinco tiempos. Cuando termina cada tiempo, el equipo que tenga menos jugadores prisioneros lo gana. ¿Ha quedado claro?

Eran casi las mismas reglas que Twelve había aprendido en la Institución Moser, así que pensó que no le supondría ningún problema.

—El partido de hoy será solo una prueba para ver cómo jugáis —prosiguió el profesor Zefirotti—. Pero os aconsejo que os esforcéis todo lo que podáis. Aquí, en la Academia, esta es una actividad que se toma muy en serio. Cuando empecemos a jugar de verdad, en el Campeonato de las Hermandades, empezaremos a apuntar vuestras puntuaciones individuales: tantos marcados, liberaciones, cuántas veces habéis sido capturados o petrificados... Ja, ja, ja. —Rio en aquel momento el profesor—. Sí, habéis oído bien, petrificados. ¿Por qué me miráis así? ¿Nunca habéis visto una estatua?

Repartió a los alumnos una serie de viejos guantes usados y les pidió que se los pusieran. Crepitaban ligeramente sobre la piel. Luego fue a colocar tres balones en la

zona muerta que había en el centro del campo. Paró uno con el pie y dijo:

—Uno de estos balones ha sido envenenado con una sustancia especial. Cuando toca la piel, la transforma en piedra. Por eso os conviene usar los guantes. No es agradable, pero tampoco es el fin del mundo: hace que el juego sea más interesante, porque quien queda petrificado permanece así hasta el final del juego.

—¡Guau! —dijo Lapo.

El balón que se encontraba bajo el pie del profesor Zefirotti se dirigió hacia él a la velocidad de la luz, golpeándolo en un hombro. Lapo se tambaleó, poniéndose de lado, y el balón rebotó en el campo.

—¿Veis? —dijo el profesor, riendo maliciosamente—. Una pequeña ayuda. Ese no es el balón envenenado.

Twelve se puso rápidamente los guantes y clavó la vista en los otros dos balones que había en la línea de división entre los campos.

—¡Capitanes! —los llamó el profesor Zefirotti.

Lapo fue el primero en ofrecerse a elegir a los jugadores de su equipo: Mathias, Twelve, J.J.T., Henna y Cressida. Todos los Deshollinadores que los otros dos capitanes, de todos modos, no habrían elegido.

Como último jugador, eligió a un Acróbata. Karl.

—¿Cómo eztáz? —le preguntó Lapo esa misma noche.

Twelve aún estaba muy pálida y apretaba en la mano la centésima taza de té caliente.

—He estado mejor —respondió.

Lapo se agachó a su lado.

—Ziento mucho lo de hoy.

—Ya te has disculpado. Pero no es culpa tuya. Tendría que haberme dado cuenta yo misma de que Rebecca quería golpearme.

Lapo asintió.

—Cazi todo el rato ha jugado contra ti.

—Estoy acostumbrada. Igual habríamos podido ganar si no me hubiera petrificado.

Había sido en el segundo partido. Durante el primero, el equipo de Lapo se había defendido bastante bien. Mathias y él se movían como pulgas de agua, y a Henna y Cressida tampoco se les daba mal recuperar balones. Karl, además, lanzaba como una catapulta. Twelve estaba jugando muy por debajo de sus capacidades, probablemente porque se había pasado toda la noche en vela maquinando planes de fuga. Pero la verdad es que se lo estaban pasando bien. Al menos hasta el segundo partido, cuando se enfrentaron al equipo de Malcom..., y Rebecca... no se lo había perdonado.

—¿Qué ze ziente? —preguntó Lapo.

Twelve clavó los ojos en el fondo de la taza de té.

—¿Cuando te petrifican? —Sacudió la cabeza—. Es horrible.

—¿Duele?

Twelve le enseñó el antebrazo, donde aún tenía un moratón amarillo.

—Como una quemadura. Pero es peor justo después porque no consigues moverte. Lo notas y lo ves todo, pero no puedes hacer nada. Es como si estuvieras enterrado vivo dentro de tu cuerpo.

—Ziento mucho que te haya tocado juzto a ti...

—No te preocupes —respondió Twelve.

Lapo, sin embargo, no mostró intención de marcharse.

—¿Pasa algo más? —le preguntó ella.

Lapo admitió que sí, que pasaba otra cosa. Le preguntó si tenía un cuarto de hora y Twelve le respondió echándose a reír. Tenía todo el tiempo del mundo. Se volvió hacia él, apartando la mirada de los planos indescifrables que había dibujado en la pared, y asintió.

Lapo llevaba consigo un saquito con unos cuantos artilugios. Sacó un par de extrañas gafas de montura dorada, con una gruesa lente frente al ojo derecho y un único agujero vacío en el otro.

—No sabía que usaras gafas.

—Yo... la verdad ez que no laz uzo. Zolo a vecez, cuando necezito ver algo muy pequeño. No veo bien laz cozaz pequeñaz, o laz que eztán muy lejoz.

—Ah —dijo Twelve—. Y ahora ¿qué quieres ver? ¿Algo muy lejano o algo muy pequeño?

Lapo limpió el cristal con la manga del jersey y volvió a rebuscar dentro del saquito.

—Ze trata de eze cacharro que me dizte el otro día... —dijo.

Twelve lo observó mientras se ponía las gafas y se fijó por primera vez en lo grácil que era su amigo. En la cancha de balón prisionero lo había visto saltar y moverse muy deprisa, pero también lanzar el balón con la determinación necesaria. Y ahora que estaban tan cerca le dio la sensación de que las manos de Lapo eran la mitad de grandes que las suyas. Su amigo tenía los ojos y las orejas demasiado grandes en proporción a la cara, aquel hueco entre las paletas, y todas esas pequitas en el rostro...

—Pienzo, pienzo... —le susurró, buscando en la bolsa, muy contento— que he conzeguido arreglarlo.

—¿Estás de broma?

—Ezpero que no...

Twelve se le acercó, curiosa. El pelo de Lapo olía a agua caliente.

—¿Y cómo lo has hecho?

—No ha zido fácil, la verdad, y todavía eztoy arreglando loz últimoz detalles... Pero maz o meno, yo creo que ya eztá.

Mientras hablaba, el muchacho montó en el espacio que los rodeaba un pequeño

laboratorio de orfebre: algunas pequeñas llaves inglesas, tres destornilladores, un artilugio que parecía una brújula y otro que parecía un reloj con una sola manilla.

—¿Y todo esto? —le preguntó.

—Ah, bueno..., ez que lez eztoy arreglando unaz cuantaz cozitaz a loz Dezhollinadorez mayorez y me han preztado eztaz herramientaz, pero este cargador de pinza ez realmente magnífico, y el deztornillador también, y...

—Lapo, pero... ¡eres un verdadero portento! —exclamó Twelve.

Lapo se sonrojó y le enseñó, por fin, el artilugio de Hugo. Estaba medio desmontado, pero él le aseguró que solo había que encajar la tapa con la parte de abajo para que... funcionara.

—Y entonces..., ¿funciona? —preguntó Twelve.

—Puez precizamente eze ez el problema... —susurró Lapo, poniendo cara de conspirador—. Ezta coza... Ni ziquiera zé cómo llamarla... Ezta llave...

—¿Y qué te parece si la llamamos la llave de Hugo?

Lapo asintió.

—¡Me guzta! No conozco a eze amigo tuyo que la ha conztruido, pero zeguro que ez un genio. Nunca había vizto nada parecido. ¿Cuántoz añoz dicez que tiene?

—Doce —respondió Twelve, sintiéndose de repente inmensamente triste—. Tenía doce.

Lapo no se percató de la situación, concentrado como estaba en darle vueltas al artilugio entre las manos.

—Qué locura. Yo... yo cazi no he tenido que hacer nada, zolo había doz tornilloz zueltoz y un engranaje que no giraba porque la medida eztaba equivocada. Quizá tu amigo no tenía acezo a laz piezaz adecuadaz. Pero, por lo demaz..., ¡ez increíble! Zi el Gran Manny ze enterara de que ezizte una coza azí, crecería medio metro de golpe...

Twelve se echó a reír.

—¿Por qué? ¿No crees que haya uno parecido? ¿O mejor, incluso?

Lapo puso unos ojos como platos de pura sorpresa.

—¡Ezta coza no ezizte! —exclamó—. Bueno, ¡no eziztía hazta que tu amigo la inventó!

—Y que tú la arreglaste...

—Pero ¡a mí no ze me habría ocurrido conztruirla! ¡A nadie ze le ha ocurrido!

—¿Y para qué sirve, exactamente? —le preguntó Twelve en voz bajísima.

—Ez realmente una llave para todaz laz cerraduraz. O, más bien, que fuerza todaz laz cerraduraz, como una ganzúa. Ez una ganzúa automática. Por ezo no funciona con laz cerraduraz que tienen combinación, como la puerta de la guarida... Pero zi hay una cerradura, ezta coza la abre. Increíble, ¿no te parece?

Twelve abrió la boca de par en par. Hugo se lo había dicho en el momento en que se la había entregado, pero también había comentado que no funcionaba...

Y ahora, sin embargo...

Esperó a que Lapo cerrase el artilugio, luego lo cogió.

—Creo que deberías esconderlo bien antes de que alguien lo vea... —le dijo él.

Por toda respuesta, Twelve se acercó a él un poco más y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias, Martin —le dijo, bajito.

Luego se alejó corriendo, notando el peso de la llave contra el pecho, mientras Lapo la observaba más petrificado de como se había quedado ella aquella tarde, con la mano apoyada donde le había besado como para atrapar el beso, guardarlo en el puño y no dejarlo ir jamás.

Aroma de fuga

Pasó un día. Y luego pasaron dos. Y luego tres. Los planes de Twelve se iban volviendo cada vez más detallados. Y ella cada vez más silenciosa y prudente. Las clases proseguían con su calendario implacable y Twelve las seguía con la máxima atención, tratando de añadir cada día una tesela nueva al mosaico de su posible fuga.

La primera tesela se la entregaron los Deshollinadores, el grupito de Cegato, más concretamente. Aquel muchacho medio ciego tenía dos socios inseparables: un chico larguirucho de dientes amarillos y una chica con la cara picada de viruelas. Escuchándolos hablar, Twelve se había enterado de que de vez en cuando los sacaban de la Academia para que pidieran limosna en las aceras. Se habían especializado en una especie de juego de tres cartas con las que birlaban el dinero y también las carteras de los transeúntes. Lo llamaban su «simulacro de examen».

En dos ocasiones distintas, sentados en la mesa para almorzar, Twelve los escuchó mencionar a los Harapientos. Así que una noche se hizo un hueco junto a otros Deshollinadores en el desván en el que los tres amigos se metían a jugar a los dados después de la cena y aprovechó para pedir información.

—¿Has visto, Cegato? Quiere saber quiénes son los Harapientos —comentó la chica de la cara picada.

—¡Pues claro que no lo he visto! —rio él para sí. Su chiste habitual.

Pero luego le respondieron. Los Harapientos eran un grupo de Mendigos que vivían debajo de la Academia. Trabajaban con los Ladrones, más concretamente con los Deshollinadores que habían terminado su formación en la Academia, y formaban una especie de red de informantes.

—Son mitad espías, mitad guardianes... —dijo Cegato con desaprobación—. Nos llevan a la ciudad cuando lo necesitamos y luego nos traen de vuelta a casa. Pero antes nos preparan, ¿verdad, Pútrido?

El chico de los dientes amarillos rio.

—¡Y tanto, Cegato! ¡Y tanto!

Twelve le preguntó a qué se referían y Cegato, de repente, se puso serio.

—No te acerques a los Harapientos. Y, si quieres un consejo, compañera, estudia

todo lo que puedas. Si no, terminarás de Mendiga Callejera como nosotros tres, que somos unos desgraciados. Yo, antes de que los Harapientos me llevaran a la ciudad por primera vez, veía perfectamente...

Twelve se moría de ganas de intentar usar la llave de Hugo en la puerta que llevaba al jardín. Pero, para poder hacerlo, tenía que esperar al momento adecuado. Durante un tiempo, la ocasión no se le presentó.

Tratando de seguir el orden de la lista camuflada que había dibujado en la pared, Twelve se concentró para intentar descubrir cómo cambiaban las trampas de las escaleras y cómo recibía aquella información Lobo. Lo primero que hizo fue practicar entrando y saliendo de la guarida mientras los demás dormían, abriendo y volviendo a cerrar la puerta Moehringer de la entrada. Y de ese modo descubrió que no era la única Deshollinadora que salía del techo durante la noche: una cierta cantidad de chicos de los cursos superiores eran convocados fuera, a distintas horas. Encontró un escondrijo justo encima de las escaleras, un rellano en el que podía acurrucarse con una pequeña manta, e intentó memorizar las horas en las que sucedían las cosas que observaba. Había conseguido convencer a Lapo de que le regalara un reloj en hora y él la había ayudado sin hacer preguntas, encantado de recibir un beso de agradecimiento también en la otra mejilla.

Mia no había sido demasiado concreta con el tema de las escaleras y las trampas. No cambiaban todas las noches, sino solo algunas cuando, a diferentes horas, Twelve escuchaba el ruido que hacían los gólems al recorrer los peldaños. Cada vez que eso sucedía, al día siguiente Lobo comunicaba a los demás Deshollinadores la nueva combinación de saltos necesaria para llegar al comedor.

Cuando escuchaba llegar a los gólems, Twelve volvía rápidamente a la cama, memorizaba la hora, el día, y luego intentaba buscar una relación entre aquellos números y las nuevas instrucciones de Lobo. Contó una y otra vez las rampas de escaleras (siete) y el número de peldaños (sesenta en cada rampa). Poco a poco, al escribir los números en distintos puntos de la sala común, se dio cuenta de que seguían una especie de progresión. Siete rampas como los días de la semana, sesenta peldaños como los minutos de una hora. Calculó y volvió a calcular, buscando un esquema matemático que relacionase aquellos números, y por fin una mañana, después de un mes de intentarlo, susurró para sí, con aire desafiante:

—Dos a la vez, luego tres, uno y cuatro.

Y Lobo, unos segundos después, dio a la manada aquellas mismas instrucciones.

Una noche, después de dejar a Ninon en la cama para ir a hacer una de sus expediciones de reconocimiento, Twelve escuchó que alguien sollozaba.

El ruido procedía de arriba, de la habitación de Lobo. La habitación de las

tuberías y de la claraboya a la que nunca más había vuelto.

La sala común estaba a oscuras y en silencio. Ninguna luz se filtraba desde el exterior. Aferrándose a la escalera de cuerda, empezó a subir, y cuando ya casi había llegado al suelo de la habitación, reconoció la voz de quien estaba llorando.

—¿Mia? —preguntó, asomándose entre las tuberías.

La Deshollinadora del pelo verde estaba arrodillada allí cerca, con el rostro lleno de surcos negros. En cuanto vio a Twelve asomar por la trampilla, se apresuró a intentar borrar todo rastro de lágrimas.

—Y tú ¿qué haces aquí?

Twelve no le respondió y se acercó a ella.

—No deberías subir aquí arriba —insistió la chica.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Nadie llora así sin motivo.

Mia se sorbió la nariz, se pasó una mano por la cara y miró hacia otro lado.

—Es mejor que bajemos —dijo—. Lobo no debe vernos aquí.

—¿Ha subido al tejado? —intuyó Twelve, mirando hacia la claraboya.

—Y tú... ¿cómo lo sabes?

Twelve se encogió de hombros.

—Es fácil imaginárselo —respondió—. Si yo fuera la jefa de la manada y tuviera una ventana que diera al tejado...

Mia asintió sin decir nada, y por cómo evitaba mirar hacia la claraboya, Twelve comprendió que estaba llorando por algo que había pasado entre ella y el jefe.

—¿Es verdad lo que dicen de Lobo?

—¿Qué dicen? —preguntó Mia, repentinamente atenta.

—Que una vez consiguió escapar... —preguntó Twelve en voz baja.

Los ojos de la muchacha del pelo verde quedaron velados por un relámpago. ¿De admiración? ¿De enfado? ¿De envidia? Twelve no sabía decirlo.

—Claro que consiguió escapar... —respondió—. Vaya si se escapó.

—Y luego, ¿qué pasó? ¿Lo atraparon?

—¡Pues claro que no lo atraparon! Pero él volvió... —dijo Mia casi gritando, y su mirada se tornó repentinamente en una llamarada.

Luego, como si aquella explicación trajera consigo algo demasiado doloroso, la chica se abalanzó sobre la escalera, apartando a Twelve de un manotazo.

—¿Mia? ¡Mia! —intentó llamarla ella, pero Mia siguió bajando en picado, y no escuchaba nada que no fueran sus propias lágrimas.

Llegados a aquel punto, Twelve se tambaleaba de sueño e iba arrastrándose de una clase a otra. Se preguntó durante cuánto tiempo podría aguantar antes de que alguien se percatara de sus incursiones nocturnas, de las inspecciones y de sus intentos de

fuga. Se sentía, al mismo tiempo, exhausta y electrizada. Y le costaba concentrarse en cualquier cosa que no fuera su plan.

Después de descifrar el código de las escaleras, una noche se había atrevido a llegar a la puerta del salón que daba al jardín con el corazón en un puño.

Introdujo en la cerradura la llave de Hugo, pulsó el botón, esperó una serie interminable de leves chasquidos y, finalmente, lo consiguió. Se quedó paralizada en el vano de la puerta durante por lo menos diez minutos, escuchando cómo el ruido del río y de la noche se colaban por la puerta entrecerrada.

Luego hizo amago de dar un paso, solo un paso, y escuchó los troncos espinosos de las rosas que se elevaban como un nido de serpientes. Cerró la puerta tras de sí y volvió a la cama, con el corazón latiéndole desbocado.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Ninon al notar su cuerpo helado bajo las sábanas.

—Fuera... —le respondió ella, abrazándola.

—Estás muy fría —dijo la niña, girándose hacia ella—. Si sales, deberías abrigarte.

—Sssh... No le digas nada a nadie, ¿me lo prometes?

—Solo si me cuentas qué sales a hacer todas las noches.

—Dentro de poco, Ninon. Te lo contaré dentro de poco. Es una sorpresa.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

—¿Mejores amigas?

—Mejores amigas —le respondió Twelve después de un segundo de duda.

Pero Ninon ya se había dormido.

—¿ESTAMOS DURMIENDO, TWELVE?

La voz de la profesora Virginia V. la arrancó de golpe de sus pensamientos. Se puso de pie en un segundo, balbuceando:

—Disculpe, profesora, pero no, no estaba...

Las risitas que escuchó a su alrededor le hicieron comprender que algo no iba bien.

Twelve parpadeó, confundida, y se dio cuenta de que la clase aún no había empezado y que la que había hablado era Rebecca.

—Camuflaje de la voz —le explicó la chica, orgullosa—. ¿Nada mal, eh, para una alumna de primero?

—Menuda broma más estúpida —comentó Twelve.

Inmediatamente después, la profesora Virginia V. entró en clase. Aquel día tenía el aspecto de una mujer madura, no muy alta pero atlética, con el cabello gris muy corto y un toque de maquillaje.

—¡Sentaos! —les ordenó sin ni siquiera mirar a su alrededor—. ¿Alguien puede

leer en su cuaderno hasta dónde llegamos en la última clase?

Twelve se sentó. Ella no podía leerlo. No había cogido apuntes.

La profesora le dedicó a los alumnos de la clase una sonrisa amable e inquietante.

—¿Y bien?

Rebecca se puso de pie y repitió pomposamente:

—Cada persona reconoce a las demás a través de algunos elementos concretos. Para conseguir un camuflaje exitoso, por tanto, no es necesario copiar a la perfección el modelo... Solo hay que distinguir cuáles son los elementos distintivos que permiten a los demás reconocerlo y concentrarse en ellos.

—Yo no lo habría explicado mejor —dijo la profesora—. ¿Me podrías dar algún ejemplo?

—Por ejemplo, la voz. Si una persona tiene la voz de una mujer adulta, quien la escuche pensará que la que habla es una mujer adulta. Y luego está la manera de vestir: si quisiera hacerme pasar por un médico, tendría que empezar por la bata...

—Excelente —comentó Virginia V.

—Además —prosiguió Rebecca—, si nuestra transformación tiene como objetivo embaucar a animales o criaturas alquímicas, debemos tener en cuenta otros sentidos: tacto, gusto, olfato.

—¡Muy bien! Gracias, Rebecca, y felicidades.

Twelve resopló y se dispuso a prestar atención al resto de la clase. Virginia V. empezó a cambiar de voz, aspecto y manera de moverse frente a los chicos. Entraba y salía de un armario que había en el centro del aula y cada vez que aparecía lo hacía convertida en un Húsar, en una monja, en una niña, en un obrero. Se disfrazaba apresuradamente y luego hacía preguntas a bocajarro, elegía a un alumno y le ordenaba que se pusiera tal o cual disfraz, les enseñaba a abrochar y desabrochar botones en una fracción de segundo.

—¿Quién crees que soy? —le preguntó a Sammy con un profundo vozarrón después de vendarle los ojos.

—Parece... un anciano... —respondió ella.

—Explícame por qué.

—Pues... yo diría que por la voz.

La profesora cambió de voz.

—¿Y ahora?

Sammy se lo pensó un poco y respondió:

—Sigue pareciendo un anciano.

—¿Y por qué?

—Pues, ya no tiene voz de anciano, pero..., de todas maneras, parece un anciano —afirmó la chica—. ¡Huele a tabaco de pipa, igual que mi abuelo!

Al escuchar aquellas palabras, Twelve estuvo a punto de caerse de la silla. De repente le vino a la mente Mister Peele fumando su puro cuando la sacó de la Cuarentena y cuando salió al jardín de las Rosas Guerreras.

¡El olor! Así era como lo reconocían las rosas: por el olor.

—Vaya... —murmuró.

Necesitaba uno de aquellos puros.

Encontrar a Mister Peele no era fácil.

El vigilante cojo se dejaba ver lo menos posible, o al menos esa sensación tuvo Twelve en los días posteriores a su revelación.

Pero, contando con la repetitividad de las actividades de la Academia, finalmente se lo encontró de nuevo exactamente donde lo había visto la vez anterior: a la salida del gimnasio, transportando otro baúl.

No perdió el tiempo. Se apartó de sus compañeros sin darles ninguna explicación, corrió tras él y, cuando lo alcanzó, fingió que se tropezaba.

—¡Maldición, ten más cuidado! —gruñó Mister Peele cuando Twelve se le echó literalmente encima.

—¡Discúlpeme! —balbució ella, haciéndose la confundida. Pero, en aquel momento, bendijo las bofetadas de Zefirotti porque, cuando se marchó, apretaba entre los dedos un puroapestoso.

Se lo enseñó a Lapo como si fuera un trofeo y dijo, riendo:

—¡Tenía muchas ganas de fumarme uno!

—¡Qué azco! —comentó él.

Twelve lo siguió escaleras arriba, pensando lo natural que le había resultado robar aquel puro.

—¿Sabes una cosa, Lapo? Quizá Luther no se haya equivocado tanto con nosotros.

La tormenta

El viento soplaba furioso y todas las ventanas de la Academia gemían y chirriaban. En las habitaciones, las lámparas se balanceaban como si las azotaran las olas. Puños de lluvia golpeaban el tejado.

Los Deshollinadores más veteranos les explicaron que siempre pasaba lo mismo cuando había aquellas tormentas. Pero que, por lo general, no duraban mucho. Twelve escuchaba aquellos ruidos, fascinada y, mientras tanto, seguía repasando su plan.

En su cuaderno invisible disperso por las paredes de la sala común, Twelve había registrado cómo pensaba enfrentarse a todos los obstáculos que la separaban del río.

Había descubierto cómo bajar las escaleras y a qué hora hacerlo, sabía cómo abrir la puerta del salón y esperaba poder hacer lo mismo con la de la verja. También tenía un plan para atravesar el jardín de las rosas que, desgraciadamente, no podía probar con antelación porque no estaba segura de poder conseguir otro puro.

Solo le quedaba una gran incógnita: descubrir si las barcas atracadas en el muelle estaban o no vigiladas. Había evaluado la idea de escapar a nado, pero era evidente que era una solución inviable. Seguía haciendo demasiado frío y, además, no estaría sola. Y con Ninon no podía arriesgarse. Necesitaba la barca.

Aprovechando que todos se iban a dormir bastante temprano, decidió ir al tejado para observar el muelle desde lo alto. Se abrigó bien y subió a la habitación de Lobo. Él, por supuesto, no estaba. Trepó por los tubos, empujó la claraboya y salió.

No estaba preparada para el viento, que la golpeó con violencia, casi arrancándole la ropa y obligándola a arrodillarse sobre las tejas.

Twelve apretó los dientes y se aferró a la chimenea más cercana. Luego, se puso de pie.

Una lluvia helada caía con furia por todas partes y las orillas del Duma estaban oscuras. La ciudad entera parecía envuelta en la espantosa grisura de la tormenta.

Abajo, en el muelle, todas las farolas estaban apagadas. No se veía a nadie. Además, ¿quién podía ser tan estúpido como para querer atravesar el río en una noche así?

Inspiró hondo.

¿Aquella era la noche en la que iba a escapar?

Todavía no se sentía preparada.

Esperó a que el viento, o la lluvia, le sugirieran algún consejo y luego dio media vuelta, descendiendo a través de la claraboya y por las tuberías.

Y se topó cara a cara con Lobo.

—Estabas avisada de que no tienes permiso para subir a mis aposentos, chiquilla —le dijo el jefe de la manada, acuclillado en el suelo como un animal preparado para saltar.

La ropa empapada de Twelve goteaba en el suelo.

—Me encantan las tormentas —dijo en voz baja.

Lobo miró a su alrededor. La lluvia repicaba con fuerza sobre el tejado y el viento siseaba como una orquesta fantasma.

—No es razón suficiente para desobedecer mis órdenes.

—¿Acaso hay alguna?

Lobo sacudió la cabeza.

—Vete antes de hacer enfadar al lobo.

Twelve se dirigió a la escalera. Luego se detuvo.

—¿El día que te escapaste hacía una noche como esta? —preguntó a la oscuridad a la que se había retirado el jefe de los Deshollinadores.

—Y eso ¿quién te lo ha contado?

—Sé por qué te escapaste.

Entonces, Lobo la miró con sus ojos color oro. Habría podido hacerla pedazos, pero no lo hizo. Le concedió el beneficio de que realmente pudiera haberlo averiguado. Que alguien se hubiera ido de la lengua. Que durante todas las noches que había pasado sola, despierta, aquella joven Deshollinadora hubiera leído algo entre las mil pintadas de las paredes de la sala común.

Dos nombres.

El de una chica llamada Amaryllis y el de Lobo, rodeados por un corazón.

El jardín de las rosas

En la guarida de los Deshollinadores, todo el mundo dormía. Habían pasado tres horas desde que Twelve había hablado con Lobo y, mientras tanto, la tormenta había proseguido, implacable. Y las barcas..., ¿estarían aún esperando en el muelle?

Twelve no lo sabía.

Estaba más despierta de lo que nunca lo había estado.

Contaba las horas. Pensaba y volvía a pensar.

Escuchaba los chirridos del gran edificio de los Ladrones. Y, por fin, cuando llegó la hora en la que los gólems ya debían de haber terminado de disponer las trampas en las escaleras, se levantó.

—Ninon, ¡chsst!

—¿Qué? —gruñó la niña, abriendo un ojo.

—Despiértate, rápido, pero no hagas ruido.

—¿Qué pasa? —preguntó la pequeña, pero Twelve le tapó la boca con la mano. Ninon se separó de ella y Twelve la abrazó para convencerla de que se calmara.

—No te asustes, no pasa nada. Ha llegado la hora, ¿vale? Tenemos que escapar.

—¿Escapar?

—Sí, esa era la sorpresa. Nos escapamos. Ahora mismo.

La vistió a toda prisa, se echó al hombro una pequeña bolsa y se puso un abrigo con una capucha suficientemente grande como para cubrirlas a las dos. Luego, arrastró a la niña fuera de la habitación, hacia el pasillo a oscuras.

Se quedó un segundo dudando frente a la habitación de Lapo y Mathias, apoyó una mano en la pared, acariciándola, murmuró un agradecimiento y fue hacia la escalera de cuerda. Una vez en la sala común, miró en la bolsa. La llave universal de Hugo, el puro de Mister Peele, un trozo de cuerda y una linterna. No necesitaba nada más, o al menos eso esperaba.

En el techo no había nadie, solo silencio y las largas sombras de los muebles amontonados por doquier. Nadie de quien despedirse, en realidad, pero cuando lo atravesó por última vez, Twelve descubrió que sentía una cierta nostalgia ante la idea de no volver nunca allí. Sabía que era un pensamiento muy estúpido, pero no podía evitarlo. La Academia era un lugar terrible, la habían secuestrado, golpeado,

maltratado, y aun así... había sido un reto. Un reto con respecto a sí misma y con los demás. Había aprendido a luchar. A sobrevivir en la selva, como había dicho Lobo. Y aunque le costaba admitirlo, a Twelve le gustaba aquella selva. Le gustaba a algún monstruito escondido en su interior: el ansia de crecer, el ansia de querer mejorar.

Pero, al final, en lugar de combatir, había decidido escapar.

No lo hago por mí, lo hago por Ninon, se repitió por centésima vez. Ella no se merece crecer aquí dentro.

—Quédate a mi lado —le susurró a la pequeña—. Y recuerda: haz siempre, siempre, lo que te digo. Si cometemos aunque sea un solo error, tendremos problemas. ¿Vale?

—Vale...

—Es importante. Prométemelo.

Ninon le cogió una mano con la suya. Era pequeña y estaba helada.

Twelve asintió.

—Y, ahora, silencio.

Agarró la manivela de la puerta Moehringer y, como tantas noches antes de aquella, compuso rápidamente la combinación de la hermandad. La puerta se abrió con un suave chirrido de las bisagras. Salieron al pasillo a oscuras, cerraron la puerta tras ellas y se marcharon.

Twelve probó a pisar el primer escalón con cuidado, se dio cuenta de que no se movía y bendijo las matemáticas. Bajaron rápido y sin hablar. El corazón le latía acelerado. Ningún otro sonido más que el de la tormenta.

Una ráfaga de viento.

La lluvia.

Y, de nuevo, su corazón.

Aguzó el oído, alerta, pero cuando el viento cesaba, solo escuchaba aquella especie de silbido agudo que significaba que el silencio era de verdad absoluto.

Llegaron al salón de la planta baja sin cruzarse con nadie.

Las gotas tintineaban contra las ventanas y, al otro lado de los cristales, el jardín estaba siendo sacudido por la tormenta. Las Rosas Guerreras se contorsionaban a merced del viento. Las luces del invernadero estaban apagadas.

Twelve respiró lentamente.

—Ahora, escucha lo que haremos —dijo—. Tú tendrás que esconderte debajo de mi abrigo, detrás de mí, abrazarme muy fuerte y mover las piernas igual que yo lo haga, como si fuéramos una sola persona.

—¿Como si jugaráramos a los espejos? —preguntó Ninon.

—Sí, algo así. —Twelve se esforzó por sonreír.

—Y ahora, ¿qué haces? ¿Te vas a poner a fumar?

Twelve acababa de sacar de la bolsa el puro de Mister Peele.

—Te va a parecer raro, pero creo que esta vez fumar nos va a salvar la vida. O, al menos, eso espero. Venga, métete aquí debajo y abrázame.

Twelve dejó que Ninon le estrechase la cintura y luego cerró el abrigo para esconderla. Se puso la capucha y encendió una cerilla. Estaba tan nerviosa que se le resbaló de los dedos y cayó al suelo, apagándose con una leve crepitación.

Por suerte, tenía otra.

Y otra. Al tercer intento, acercó la llama a la punta del puro e intentó imitar los gestos que había visto hacer a Mister Peele. Se llevó el extremo opuesto a la boca con cuidado y le dio un pequeño tiro. El humo le entró de lleno en la garganta y de ahí pasó a los pulmones con un escozor.

Tosió, tratando desesperadamente de evitarlo.

—Eh, ¿qué pasa?

—Nada, nada —tosió de nuevo Twelve—. No pasa nada.

—No tienes que aspirar —dijo en aquel momento una voz tras ella.

Twelve se giró repentinamente.

Sintió que se le helaba la sangre en las venas. Estaba perdida.

—Sopla, en vez de aspirar —dijo Mathias, asomándose lentamente de entre las sombras.

—¿Mathias? ¿Qué estás haciendo aquí?

El chico se le acercó.

—Te he seguido.

—¡Vuelve ahora mismo! Si se dan cuenta de que has salido...

—¿Qué? ¿Me mandarán otra vez a la Cuarentena? —rio él, nervioso—. Ya lo han hecho. Pero no ha servido para nada, salvo para que nunca más vuelva a poder pegar ojo. Mathias no se derrumba tan fácilmente. Mathias escucha. Y sabe observar sin ser visto. —Entonces, añadió—: He visto tus bocetos en las paredes del techo. Lo sé todo sobre el plan.

Twelve notó que se le congelaba el corazón.

—Y ahora, ¿qué quieres hacer?

Mathias sonrió.

—¿Qué crees que quiero hacer?

Twelve no creía nada. No pensaba nada. Solo quería salir de allí. Salir inmediatamente.

—No sé qué quiero hacer... —respondió el chico—. Mientras te espiaba, durante todos estos días, me lo he preguntado muchas veces. Podría haberte pedido que me dejaras ir contigo. U obligarte a llevarme contigo. O contárselo a los profesores...

—Mathias, yo...

—Si el plan era bueno..., podríamos fugarnos todos, ¿no? No solo tú. Cruzar el jardín, justo a la entrada de la Academia, ¡qué idea tan fantástica!

—Las Rosas Guerreras son una barrera infranqueable... —murmuró Twelve.

—Pero tienes el puro, ¿no?

—Solo tengo uno...

—Y ni siquiera sabes fumártelo... Qué desperdicio. —Mathias miró las rosas al otro lado de los ventanales—. Pero luego he pensado... que no podía ir contigo. ¿Y sabes por qué no puedo? Por Lapo.

—¿Lapo?

—El que te ha reparado la llave —subrayó Mathias, punzante—. Nunca lo he visto así, desde que lo conozco. O sea, desde siempre. Está feliz, aquí dentro. Feliz. Si me fuera sin él, no me lo perdonaría nunca. Pero, si le dijera que quiero escaparme..., vendría conmigo sin dudarlo. Como hicimos la última vez, antes de que nos atraparan. —Mathias se la quedó mirando largamente—. Por eso no sé qué hacer..., aparte de darte esto.

Mathias abrió una bolsa de tela y le mostró su contenido. Un balón.

Twelve parpadeó, confundida. Solo entonces se dio cuenta de que Mathias llevaba puestos un par de guantes.

—Cualquier cosa puede ser un arma, ¿no? Y esta es la mejor arma que he conseguido robar... —prosiguió el chico, quitándose los guantes y pasándoselos—. Pensaba usarlo contra ese condenado de Luther para petrificarlo y luego lanzarle por la trampilla de la Cuarentena y hacerle pedazos... Pero luego, cuando te he escuchado salir esta noche, me he dado cuenta de que tú lo ibas a necesitar más.

Twelve no sabía bien qué decir.

—Creo que ya sabes cómo funciona —añadió Mathias. Y, luego, susurró—: Golpea fuerte, si tienes que hacerlo. Dales duro, Twelve. Y ahora ven; te enseñaré a encender ese puro...

Con la ayuda de Mathias, Twelve volvió a llevarse el puro a la boca y, esta vez, en lugar de aspirar, sopló. La colilla se encendió con un brillante color naranja y una nubecilla de humo azul se elevó por los aires en una voluta danzarina.

A pesar de todo, Twelve notó el sabor horrible del tabaco, pero al menos, así, no tenía que aspirar el humo.

Podía continuar.

Se giró para darle las gracias, pero Mathias ya se había ido.

—¿Twelve?

—¿Sí, Ninon?

—Aquí debajo hace calor. Y ese puro esta atufando todo el abrigo.

—Ya lo sé, Ninon, pero en realidad es una suerte.

Twelve se acercó a la puerta, con el puro en la boca y Ninon, que caminaba tras ella. Como tenía que fingir que era Mister Peele, quizá aquella manera de caminar podría ser una ventaja.

Twelve cogió la llave de Hugo y la acercó a la cerradura, pulsó el botón del mango y casi se le cayó de la mano. Por volver a cogerla a punto estuvo de que se le

resbalara el puro de la boca, y aspiró otra bocanada de humo que la hizo toser.

Hizo un segundo intento con la llave y escuchó la ganzúa que trajinaba en la cerradura, buscando los cilindros.

Que se soltaron.

Y abrieron la puerta.

El viento entró en el salón, arrancándole la capucha de la cabeza.

—¡Ah! —chilló Ninon.

—¡Silencio, por lo que más quieras! Y despacio, muy despacito. Sígueme muy despacito.

El sendero estaba viscoso de barro y gravilla. Por todos lados había grandes charcos, y Twelve arrastraba sus botas de montaña e imaginaba que los dos pares de calcetines de Ninon, detrás de ella, ya estarían empapados. Estiró un brazo hacia atrás para abrazarla contra sí y tranquilizarla.

El cielo estaba plomizo como el metal, gris, interrumpido a veces por rayos cegadores, y la lluvia era tan intensa que costaba respirar.

Twelve sopló su puro mirando con esperanza la punta anaranjada de la colilla y se acercó a la jungla de rosas que se movían al ritmo del viento.

Miraba la verja y las rosas. Las rosas y la verja. Y fumaba. Bajo la lluvia.

Un paso, dos. Diez.

¿De verdad iba a ser tan fácil?

Un ramo de rosas se elevó de repente, contorsionándose. Se alzó como la cola de un escorpión. Twelve sopló con fuerza su puro y levantó la colilla al cielo, rezando porque el tabaco de Mister Peele pudiera transformarse en una especie de arma de protección extraordinaria.

Y funcionó.

La rosa se detuvo en el aire, se balanceó lentamente y extendió hacia Twelve un capullo rojo y duro que parecía un corazón palpitante.

Twelve tragó saliva muy despacio. Y luego exclamó en voz alta:

—Condenada rosa, ¿te quieres quitar de en medio? —tratando de imitar la voz grave y ronca de Mister Peele.

Vamos, rosa. Huele el tabaco. Apártate. Vete de aquí.

Twelve miró la rama espinosa. Luego miró la verja.

La verja.

Y al otro lado de la verja...

La rosa se apartó rápida como un rayo, y a Twelve le dio la sensación de que las flores gritaban su frustración al viento.

—Deprisa, Ninon —susurró Twelve—. Camina deprisa...

Atravesó el patio lo más rápido que pudo, soplando el puro y agitándolo de un lado a otro para esparcir mejor el humo, sin saber muy bien si debía maldecir o

bendecir la lluvia torrencial que las envolvía.

Luego, cuando pasaron junto al invernadero, Twelve tuvo la sensación de ver que alguien se movía al otro lado del cristal y se sobresaltó. El puro se le escurrió entre los dedos y cayó al barro.

Twelve se agachó inmediatamente para recogerlo, pero cuando lo recuperó estaba apagado y rebozado en fango. Estaba segura de que no iba a poder encenderlo de nuevo bajo aquel diluvio con una de las pocas cerillas que le quedaban.

Tras ella, las rosas se elevaron con un movimiento lento, inexorable, que tenía algo de triunfal.

—Ninon —murmuró Twelve.

—¿Sí?

—Huye.

Las dos chicas empezaron a correr con desesperación por el jardín de las rosas.

—¡Vamos! —gritó Twelve, tratando de coger a Ninon de la mano para tirar de ella—. ¡Ya casi estamos!

Una rama espinosa se deslizó por la tierra y se enroscó alrededor de su bota, tirándola al suelo. Twelve cayó, y la cara se le hundió en el barro.

Gritó y notó que la rama le estaba estrangulando la bota. Pateando, consiguió quitársela. Y echó a correr de nuevo.

Ninon estaba frente a ella, al resguardo de la verja, donde las rosas no podían alcanzarla. Twelve notó un movimiento tras de sí y esquivó un segundo ataque rodando por el suelo. Las rosas se abalanzaron sobre ella, pero consiguió interponer entre las espinas y su rostro el balón envenenado de Mathias. Las ramas lo agujerearon con un gemido, pero se detuvieron.

Había sido su mejor estrategia en su breve carrera como jugadora de balón envenenado.

Cuando notó el tacto del pavimento bajo las manos, se levantó, se dio media vuelta y recorrió los últimos metros hasta llegar donde se encontraba Ninon.

—Twelve, ¿estás bien?

—Sssh —la acalló ella—. Todavía no hemos salido...

Twelve intentó ignorar todo lo demás y se palpó el cuerpo con las manos. Había perdido la bolsa. Se giró y allí estaba, en mitad del sendero. Daba igual. Encontró en su bolsillo la llave de Hugo y la introdujo en la cerradura de la verja.

Era enorme, de hierro oscuro, decorada con grandes notas musicales y un tallo de hiedra que se posaba con elegancia sobre un pentagrama.

Twelve apoyó la cabeza contra los barrotes y rezó a Hugo y a Lapo por que la llave consiguiera abrir también aquella cerradura.

—Sacadme de aquí, por favor, chicos... Sacadme de aquí...

Al otro lado de la verja había una calle adoquinada atestada de malas hierbas. La

lúgubre cúpula de un bosque salvaje. Y el muelle, junto al que dos barcas ondeaban furiosamente.

Twelve solo quería salir de aquel infierno lo antes posible.

—No vuelvo, Lobo. Si salgo de aquí, no vuelvo... —repetía para sí frenéticamente, agarrada a los barrote.

—¿Twelve?

La llave de Hugo giró y la verja chirrió con suavidad.

Twelve tuvo que contenerse para no gritar.

Una vez fuera, corrió junto a Ninon hasta los tablones de madera resbaladiza del muelle. Les habría sido muy útil una linterna, pero tenían que conformarse con lo que tenían. Y lo que tenían era una tormenta de lluvia gélida.

Twelve se metió en una de las dos barcas, ayudó a Ninon a subir a bordo y luego desanudó con los dedos entumecidos la soga de amarre.

—¿Sabes remar? —le preguntó Ninon, mirando con suspicacia los dos pesados remos de madera que había en el fondo de la embarcación.

—No —respondió Twelve—. Pero creo que es una ocasión perfecta para aprender.

Libre del amarre, la barca chocó contra el embarcadero y luego se abandonó a la corriente. El río Duma tenía mucha fuerza.

Twelve se sentó en el banco y trató de no pensar en lo cansada, mojada y asustada que estaba. Cogió los remos y los apoyó en unos anillos de hierro que parecían precisamente pensados para ello, luego arqueó la espalda y se movió más o menos como le parecía que había que hacerlo.

La barca osciló sobre las olas, se elevó y descendió, avanzó hacia delante.

—Ha salido bien —dijo Twelve—. Todo ha salido bien.

Le pareció ver algunas siluetas temblorosas, harapientas, asomando de entre los árboles negros de la isla abandonada, pero no le importó.

Apretó fuerte los remos dentro de sus puños en medio de la tormenta.

E hizo lo que buenamente pudo para apuntar con la proa hacia algún lugar.

Pookie

La barca viró, se atravesó en medio del río, se inclinó en el agua. Twelve intentó resistirse al arrastre de la corriente, pero el río le arrancó un remo de las manos y se lo tragó.

La barca empezó a girar sobre sí misma como una peonza enloquecida. Twelve introdujo en el agua el único remo que le quedaba, como si fuera un timón, y se acuclilló en el fondo de la barquita.

Los edificios discurrían a toda velocidad por ambas orillas y la Academia era una construcción oscura y espectral tras ellas con el tejado envuelto en neblina, y ya casi era imposible distinguir la isla boscosa de las aguas del río.

—¡Cuidado! —gritó Ninon en un momento dado—. ¡El puente!

Gigantescas pilastras se dirigían hacia ellas a una velocidad enloquecida. Twelve dejó escapar un gemido y clavó aún más hondo el remo en el agua, con la esperanza de conseguir virar la barca de esa manera. Giraron dos veces sobre sí mismas y luego una corriente salvadora las empujó bajo la arcada del puente, lejos de las pilastras.

—Mira —dijo entonces Ninon—. ¿Quién es?

Twelve levantó la cabeza y ella también lo vio: debajo del puente había un dibujo de un hombre barbudo que cargaba a un niño a hombros. El hombre llevaba un sombrero de ala ancha, un bastón para apoyarse en el camino en una mano y una bolsita de monedas en la otra. Sus pies desaparecían en las aguas del río. Alguien había introducido cirios funerarios en los huecos entre los ladrillos, de tal modo que el dibujo quedaba iluminado por un enjambre de luces rojas y titilantes.

—No sé quién es... —respondió Twelve. Se santiguó la frente en señal de respeto—. Pero, para nosotras, esta noche, es el protector de quienes atraviesan ríos... y de los niños en peligro.

Ninon también se santiguó.

Luego la corriente las llevó lejos de la protección del puente, de nuevo bajo la lluvia.

Twelve aguzó la vista para intentar averiguar cuál era el puente que acababan de pasar. Le pareció distinguir una gran placa roja que llevaba el número XVII.

El puente de los Pobres, decía la cancioncilla que habían aprendido en la Institución Moser cuando les hicieron memorizar el nombre de todos los puentes de

la ciudad. El penúltimo puente antes del puente de la Aduana.

Seis puentes antes del Delagrava, y seis del más cercano a la Institución Moser.

—El puente del Chi está por allí, el puente de los Pobres y el puente Grigot... — empezó a canturrear, azotada por la lluvia—. El puente de las Luces y el puente de los Inventores... El puente de la Luna y el puente de Austerlitz...

Miró a Ninon y empezaron a cantar juntas.

La tormenta, poco a poco, se calmó, y Twelve consiguió empujar la barca a la orilla, bajo el puente de los Simples, el que estaba justo antes del puente Delagrava, donde había empezado todo. Atracaron la barca en un embarcadero de piedra que apestaba a cosas podridas y abandonadas. Pero al menos había dejado de llover y el viento ya no soplaba como si un gigante estuviera intentando derribar la ciudad. Desde allí alcanzaban a ver dos enormes andamiajes de metal que envolvían el puente caído como si fueran vendas. Aquel puente que se había desplomado bajo sus pies y había cambiado su destino para siempre.

Twelve saltó al suelo y ayudó a bajar a Ninon, luego agarró la barca y tiró de ella hasta que consiguió arrastrarla a la orilla. Le parecía haber visto en los libros que cuando el agua no era muy profunda había que dar la vuelta a las barcas para que el agua que se acumulaba dentro se secara bien, pero aquella pequeña lancha pesaba demasiado para ella.

Entonces se dio cuenta de que, al otro lado del muelle y bajo la arcada del puente, había un pequeño cuartel de barracas hechas con láminas de metal y que, bajo ellas, unos ojos las espiaban: eran Mendigos que observaban con curiosidad a aquellas dos extrañas chiquillas que acababan de emerger del río.

Twelve no retrocedió, al contrario, se subió al muelle.

—¡Escuchad! —exclamó, tratando de adoptar una actitud desafiante—. ¡Mi nombre es Twelve y soy alumna de la Academia de Ladrones!

Nadie le respondió.

—¡He venido a traeros esta barca! ¡Es para vosotros! Sé que no es gran cosa, pero es sólida y resiste bien a las olas..., aunque tiene un solo remo. ¡Tomadla! ¿Me habéis escuchado?

—Te hemos escuchado, Twelve de los Ladrones —le respondió un hombre de barba larga, asomando fuera de su refugio—. No es muy común que los Ladrones regalen cosas a los Mendigos, pero nosotros, del Undécimo Puente, lo aceptamos.

Twelve se sintió satisfecha con su idea, se sintió grande y fuerte, y se preguntó si aquello era lo que sentían las personas importantes. Sin añadir nada más, cojeando con su única bota, se alejó de la orilla sin dar media vuelta.

—Ven —dijo, cogiendo a Ninon de la mano—. Vamos a casa.

La Institución para Niños Especiales Edgar G. Estanislao Moser estaba sumida en la oscuridad. El muro que la rodeaba estaba cubierto de pintadas y garabatos, dibujos que Twelve nunca había visto porque ella únicamente lo conocía desde el otro lado.

—Twelve...

Ninon daba saltitos de un pie a otro, como si no se aguantara las ganas de hacer pis.

—¿Qué pasa?

—¿Crees que habrá manzanas caramelizadas?

Twelve se acuclilló a su lado.

—Claro que sí. Y si no las hay, bajaremos a la cocina a prepararlas.

—¿Con canela también? —preguntó Ninon.

—Con canela también.

Ninon le cogió la mano y continuaron hasta la verja de la Institución. Los árboles de la entrada goteaban a su alrededor y la calle estaba desierta.

Twelve sacó del bolsillo la llave de Hugo y la introdujo en la cerradura. Un chasquido, un chirrido, y Ninon y ella entraron en un abrir y cerrar de ojos en el patio de su antiguo orfanato.

En casa, más concretamente.

Atravesaron el patio corriendo, salpicando por todas partes el agua de los charcos, llegaron a la puerta del edificio principal y Twelve abrió con facilidad también aquella.

Una vez dentro, cerraron la puerta y se apoyaron contra ella jadeando, reconfortadas por el chasquido de la cerradura a su espalda.

Las narinas de Twelve se abrieron de repente: olía a sopa de col, limpiaventanas y pies sucios. El olor de la Institución Moser. Una mezcla tan reconocible que, sencillamente, formaba parte de ella.

—Lo hemos conseguido —susurró—. Estamos en casa.

—Y todo el mundo está durmiendo.

—Es muy tarde.

—¿Y qué hacemos?

Aquella pregunta pilló a Twelve un tanto desprevenida. Había pasado muchas noches dándole vueltas a todos los detalles de la fuga sin plantearse en ningún momento qué harían si lo conseguían. Había imaginado el momento de escapar de la Academia, atravesar la ciudad y llegar a la Institución Moser. Nunca se había preguntado qué pasaría después.

—Tenemos que... —murmuró—. Hemos venido aquí... a pedir ayuda.

—¿A Miss Kindheart? —preguntó Ninon.

—Sí, claro.

—¡Pero Miss Kindheart también estará durmiendo!

Sin duda. Y quizá no fuera buena idea despertarla a aquellas horas. Podían esperar a que se hiciera de día, a la hora del desayuno, y explicarle todo entonces. Ella se encargaría de resolverlo.

—Ven —dijo Twelve, cogiendo a la niña de la mano—. Vamos a darnos un baño caliente. Y luego, si quieres, vamos a la cocina a prepararnos unas manzanas...

Twelve percibió un movimiento al fondo del pasillo: algo pasó frente a ella, un trozo de tela blanca como la sábana de un fantasma. Entonces, escuchó una voz que exclamaba:

—¡Alto ahí! ¡Las manos en alto o disparo!

—¡Oye! —murmuró Twelve. Más que preocuparse, la invadió una oleada de alivio—. Pookie... ¡Pookie! No tengas miedo. Soy yo.

—Tú, ¿quién? —preguntó el chico, ya un hombre, que había permanecido en el orfanato.

Se acercaron, Twelve y Ninon por un lado, mojadas y sucias, y Pookie por el otro. Era mucho más alto que Twelve, y tenía el pelo negro cortado a tazón y las mejillas rosadas, con la marca de la almohada aún grabada en la piel.

—¡Pookie! —rio Ninon en cuanto lo vio.

El joven apretaba entre las manos un escobón y apuntaba con él como si fuera un fusil.

—¿Te acuerdas de mí? —le preguntó Twelve, sintiéndose un poco estúpida, ya que, al fin y al cabo, habían pasado menos de tres meses desde la última vez que se habían visto—. Soy Twelve. Del Año Negro.

Pookie avanzó un poco más y Twelve aguardó, paciente. Todos los internos del orfanato sabían que Pookie no veía mucho, pero que le daba miedo ponerse gafas...

—Twelve... —murmuró cuando consiguió enfocarla—. ¡Y Ninon!

La niña corrió a abrazarlo y Pookie la levantó por la cintura, colocándola frente a sus ojos.

—¡Pookie! —dijo ella, riendo y tratando de colgarse de su cuello.

Él, sin embargo, sacudió la cabeza y, con un movimiento brusco e impredecible, tiró a Ninon al suelo.

—¡GWWWWAAAH! —gritó, y fue un grito potentísimo, salvaje, que ponía la piel de gallina.

—Pookie, pero ¿qué haces? ¡Ninon! ¿Te has hecho daño?

Ninon lloraba en el suelo.

Y Pookie gritaba:

—¡AAAWWAAHWAAAGGGWAAAAAH!

Tiró al suelo el escobón, dio media vuelta y salió corriendo, agitando los brazos y gritando como un loco. Twelve se acercó a Ninon y las dos fugitivas se abrazaron sin comprender qué había suscitado aquella reacción.

—¡AAAAH! —gritaba el chico por los pasillos de la Institución.

Fue cuestión de pocos minutos. Se escuchó un ruido de pasos agitados en las distintas plantas de la casa, y luego se encendieron las luces.

Y finalmente, Miss Kindheart, en camisón, apareció en lo alto de las escaleras y dijo:

—¡Por amor del cielo! Twelve, Ninon, pero ¿qué estáis haciendo aquí?

La señora de la casa

Miss Kindheart había sido muchas cosas a la vez. Madre, maestra, amiga y, a veces, una feroz enemiga. Presumía de ser dura y severa como un diamante, pero en realidad era justa y comprensiva. Y tenía un gran sentido práctico.

Justo lo que se necesitaba en una noche como aquella.

En lugar de divagar con sensiblerías o explicaciones inútiles, Miss Kindheart pasó de inmediato a la acción. Ordenó a una enfermera que fuera corriendo a tranquilizar a Pookie y mandó a dos profesores a la planta de arriba a calmar a los niños. Cogió a Ninon de la mano y las llevó a Twelve y a ella a la cocina de los profesores que había en la cuarta planta, o, lo que es lo mismo, el lugar más prohibido, ansiado y temido de toda la Institución: la estancia en la que solo se podía entrar cuando alguien tenía mucha fiebre y necesitaba un poco de sopa de pollo, o una infusión en la que hubieran disuelto alguna medicina.

Una vez allí, Miss Kindheart puso a calentar leche, desapareció y volvió unos minutos después con toallas y mantas de lana. Le pasó un par a Twelve, le pidió que se quitara la ropa, le indicó dónde estaba el desinfectante para limpiarse las heridas, cortesía de las Rosas Guerreras, y luego desvistió a Ninon con gestos expertos y la frotó bien hasta que recuperó el calor corporal. Por último, le envolvió una manta alrededor del cuerpo y la acurrucó en un silloncito donde la niña se quedó dormida en pocos segundos.

Mientras tanto, la leche se calentó y Miss Kindheart la vertió en tazas de porcelana, la endulzó con una generosa dosis de miel y la acompañó con una caja de galletas para picar algo. Galletas Macarons Marie.

Bebieron y comieron en silencio mientras las distintas plantas de la Institución se iban sumiendo en el silencio, una a una. Solo entonces, una vez apoyada la taza en la mesa, la mujer dejó escapar un largo suspiro y dijo:

—Twelve.

La chica sonrió, avergonzada.

—Siento mucho lo que ha pasado, Miss Kindheart, pero... no sabíamos adónde ir.

La señora de la casa se levantó, abrió una alacena y sacó de ella una botella llena de un líquido color trigo. Se sirvió dos dedos en un vaso y se lo bebió de un sorbo. Se

le encendieron las mejillas.

—Pensaba que estabas muerta —dijo—. Y Ninon también.

Twelve sonrió.

—Pues no, señora. Estamos vivitas y coleando. ¡Y Rebecca también! —Y luego añadió en voz baja—: Sin embargo, Hugo...

Miss Kindheart apoyó el vasito en la mesa.

—Escucha, cielo. Tienes que entender por qué Pookie ha gritado así. Ahora mismo estamos todos un poco conmocionados y, honestamente... —Miss Kindheart se sirvió otros dos dedos de licor, pero esta vez empezó a beberlo con lentitud, saboreando cada gota—. Se produjo aquel horrible accidente en el puente Delagrava el día de vuestra partida... Dijeron que había sido un atentado de esas alimañas de Dinamo Gray. En la ciudad cundió el pánico durante días, excavaron y drenaron el río, consiguieron sacar la carroza en la que ibais. La reconocimos inmediatamente porque... dentro aún estaban vuestras cosas. —La directora calló durante unos minutos y luego continuó—: Celebramos un funeral en vuestro honor. Fue una ceremonia que... asistió toda la Institución Moser, y mucha gente de la ciudad. Si hubierais visto la cantidad de gente que había... Incluso tus compañeros del Año Negro. Las Academias les concedieron un permiso especial para que pudieran venir.

—¿Stephen estuvo? —la voz de Twelve temblaba levemente.

—Él también estuvo.

—¿Y lloró?

—Ni una sola lágrima. Ya es un pequeño Húsar.

Twelve asintió.

—Ha sido muy fuerte. Mucho más fuerte que los demás. Nuestro Stephen... —Miss Kindheart miró a Twelve y sonrió, como si aquel fuera un detalle que solo ellas dos pudieran comprender—. Vuestros documentos fueron requisados por los Archivistas y los Escribas borraron vuestros nombres del registro de la ciudad. No sé cómo decírtelo, mi pequeña, pero...

—¡Pero da igual! —espetó Twelve—. ¡Ahora estamos aquí! Le diremos a todo el mundo que fue un error, les explicaremos lo sucedido, y ya verá cómo las cosas se arreglan. Sobre todo para Ninon. ¡Quién sabe qué habrán pensado sus padres adoptivos! Ay, Miss Kindheart, si supiera por lo que hemos pasado...

Twelve hizo acopio de valor, cogió otra galleta y le contó a Miss Kindheart todo lo que había vivido desde que la habían rescatado del fondo del río hasta que había decidido escapar... y lo había conseguido.

Esperaba que Miss Kindheart la interrumpiera con mil preguntas, pero no le hizo ni una sola hasta el final.

En este momento, se sirvió un tercer vasito de licor y dijo:

—Cielos.

A Twelve le pareció que en su rostro se dibujaba una leve sonrisa. Esperó a que Miss Kindheart añadiese algo y, entonces, visto que no lo hacía, preguntó:

—¿Qué deberíamos hacer, entonces? ¿Ir a los Húsares?

De repente dio la sensación de que Miss Kindheart estuviera saliendo de otros pensamientos. La miró con los ojos brillantes y dijo:

—¿Cómo? ¿Los Húsares? ¡Oh, no, en absoluto! —exclamó. Apoyó las manos sobre sus rodillas, alisándose el camisón y prosiguió—: Lo que tenemos que hacer ahora es dormir bien. Todos. Pero me temo que no hay tiempo. ¿Los Húsares, decías? Quizá tengas razón. Los Húsares son las personas adecuadas... Espérame aquí, mi pequeña. Veré si hay alguien dispuesto a escuchar la petición de la vieja directora del orfanato...

—¡Gracias, Miss Kindheart! —exclamó Twelve. Intentó abrazarla para darle a entender la alegría que le producía estar de nuevo en sus manos, pero no lo consiguió.

Miss Kindheart, a pesar de su edad, se movía rápida como un hurón.

Ya casi estaba amaneciendo y por la única ventana de la cocina se filtraba una luz color rosa pomelo.

Twelve se levantó de la silla, se estiró y se miró los cortes que tenía en el pie. Tenía sueño, pero sabía que no iba a pegar ojo: aquella noche tenía más adrenalina acumulada en el cuerpo que en su vida entera. Pero, por lo menos, podía permitirse el lujo de bajar la guardia. Estaba segura de que Miss Kindheart se encargaría de todo, como siempre, y que entre las paredes del orfanato nunca le pasaría nada malo.

Mientras esperaba, sus pensamientos volaron a la Academia. A Mathias, a su balón. Y a los demás, que se despertarían en menos de una hora. Alguien se daría cuenta de que Ninon y ella ya no estaban. ¿Qué iba a pensar Lobo? ¿Cuánto tardarían en dar la alarma? ¿Quizá un par de horas? O puede que los Deshollinadores hicieran piña y mantuvieran la noticia en secreto durante el mayor tiempo posible.

Twelve no lo sabía, pero lo esperaba. Esperaba poder denunciarlo todo a los Húsares y luego, quizá, acompañarlos a liberar a sus compañeros.

¡Estaban allí, en la isla, en el edificio abandonado!

Miss Kindheart volvió en aquel momento, con Ninon, que dormía en sus brazos. Le había puesto un vestido calentito, un abrigo de su talla y un par de zapatos de verdad. Miss Kindheart también llevaba el abrigo puesto. Le entregó a Twelve ropa para cambiarse y le indicó que se la pusiera. Entonces, una vez fuera de la cocina, le señaló un impermeable muy pesado colgado de un gancho.

—Afuera todavía hace mucho frío...

—¿Ha hablado con los Húsares? —le preguntó Twelve, siguiéndola escaleras abajo.

—Tengo muchos exalumnos. Y no he tardado demasiado en localizar a uno... Vamos, sí. Nos están esperando.

Bajaron de manera apresurada. Miss Kindheart se movía rápida y disimuladamente, como para asegurarse de que no se topaba con nadie.

—¿Adónde estamos yendo? —preguntó Twelve en un cierto momento, que conocía el orfanato como la palma de su mano—. La salida está por el otro lado...

—Ah, no no, pasaremos por la puerta de servicio —le explicó Miss Kindheart.

—¿Qué puerta de servicio?

—La que está reservada a los profesores. Pasa por el semisótano y va a dar directamente al otro lado del muro. Seguro no la has visto nunca.

—¡Vaya! ¿La Institución Moser tiene una salida secreta? —se le escapó a Twelve—. ¡Eso sí que es bueno!

—Bueno, así es más discreto —observó Miss Kindheart—. Y además no corremos el riesgo de que nos vea alguien...

Claro, pensó Twelve. Al fin y al cabo, ellas dos estaban oficialmente muertas.

Sin embargo, mientras caminaban apresuradamente para llegar a aquella salida secreta, se le ocurrieron otras ideas. Aquella noche nadie las había visto, aparte de Pookie y Miss Kindheart. Y a Pookie nadie nunca le creía.

Twelve intentó alejar una serie de malos presentimientos que se abrían camino en su mente a medida que Miss Kindheart las iba conduciendo bajo tierra.

Pero, cuando descubrió que la salida de servicio de la Institución Moser daba directamente a la orilla del río, empezó a pensar que haber colocado con tanta certeza a Miss Kindheart en la columna de las personas buenas de su cuaderno había sido un terrible terrible error.

Los barqueros

Desde la orilla del río, los ruidos de la calle se escuchaban amortiguados. El salpicar de los charcos, en su mayoría, y la oscilación indolente de algunas carrozas acompañadas del cloc, cloc, cloc de los caballos.

—Llega tarde —resopló Miss Kindheart con aire nervioso. Luego, en cambio, exclamó, animada de nuevo—: ¡Ahí está! El refrán dice que mejor tarde que nunca, ¿no?

Se refería a un minúsculo barco a vapor, una nave de las que transportaban a los turistas por el curso del río Duma con dos grandes ruedas a los lados.

Era bastante pequeña, con un gran y vistoso letrero en un lado: «Chez Damian. Alta Cocina».

Twelve vio las mesas en las que no había ningún cliente, dado que era muy temprano, y la chimenea negra de la que surgía un alto penacho de humo. El barco de vapor maniobró con elegancia sobre el agua frente a ellas y atracó en la orilla. El piloto puso los motores al mínimo, salió de su cabina y atravesó el puente para echar a tierra una pasarela.

—Deprisa, deprisa —anunció con voz jovial—. Hay un poco de corriente, será mejor que nos demos prisa.

Twelve lo miró con cierta sospecha.

—¿Este es el barco, Miss Kindheart? ¿Está segura?

—Sí, sí, claro, cielo. Ve tú primero...

La chica observó a la directora con un poco de nerviosismo contenido, pero Miss Kindheart se colocó detrás de ella de tal modo que terminó por empujarla adentro y, sin soltar ni un momento a Ninon de sus brazos, se levantó el borde de la falda y la siguió. Entonces, el piloto recogió la pasarela y, un segundo después, el vapor continuó su navegación sobre las olas del río.

Twelve pensaba que iba a atravesarlo en dirección al centro de la ciudad, donde sabía que estaba el cuartel de los Húsares, pero no fue así. El vapor describió, por el contrario, una larga curva y se preparó para remontar la corriente.

—¿Adónde nos está llevando, Miss Kindheart? ¿Hay un puesto de guardia húsar por allí? —preguntó.

—No exactamente, no —respondió una voz detrás de ella.

Twelve la reconoció inmediatamente y pensó que tenía que escapar, aunque fuera a costa de lanzarse al río.

Pero no le dio tiempo.

El profesor Luther la empujó bajo cubierta, donde estaba la sala del restaurante, y Twelve rodó por los escalones y se estrelló contra una de las mesas, con un estruendo de cubiertos y vasos que cayeron al suelo.

—¡Miss Kindheart! —gritó, incorporándose—. ¡No puedo creerlo! ¡De verdad no puedo creerlo!

—¿El qué, exactamente? —preguntó el profesor Luther, avanzando en dirección a ella.

—La niña se ha dormido —dijo entretanto Miss Kindheart, acomodando a Ninon en un pequeño sillón.

—¡Desgraciada! —rugió Twelve.

El profesor Luther levantó una mano, amenazando con darle una bofetada.

—Ten cuidado con cómo le hablas a tu institutriz. Deberías darle las gracias.

—¿Y por qué, exactamente? —sollozó Twelve.

Estaba enjaulada. Otra vez. En una jaula que remontaba el río disfrazada de restaurante romántico. ¿Era posible que ahí fuera nadie se diese cuenta?

—¡Socorro! —gritó, como si los cristales pudieran escucharla—. ¡Que alguien me ayude!

—No malgastes tu aliento, Twelve. No va a venir nadie. Y no necesitas que nadie te ayude. —Luego se dirigió hacia Miss Kindheart—: ¿Las chiquillas se han cruzado con alguien mientras te acompañaban?

Miss Kindheart sacudió la cabeza.

—No, con nadie. Solo con el chico, Pookie, pero yo no me preocuparía. Y con algún desharrapado del río. Simples Mendigos. Pero nadie escucha a los Mendigos.

Twelve miraba primero a uno y luego a otro, incapaz de creer lo que estaba viendo.

—¿Desde cuándo os conocéis? —balbució.

No le respondieron. Y Twelve empezó, poco a poco, a comprenderlo todo.

—Vosotros dos siempre habéis estado compinchados... Desde el principio... ¡Desde las Selecciones! Y luego, todo lo demás...

—Lo siento por Hugo —dijo Miss Kindheart, ignorándola—. Había preparado una calesa roja descubierta, fácil de reconocer y desde donde fuera sencillo raptar a los chicos. Pero Popov se equivocó...

—Me dais asco —los insultó Twelve—. Me dais náuseas...

—Calla inmediatamente, Twelve —le susurró la directora—. Has sido destinada a una de las mejores escuelas de Danubia. Muchos huérfanos de la Institución Moser

han pasado por ella y han obtenido grandes honores. Y calificar tu examen de admisión de sorprendente es quedarse corto.

—¿Qué quiere decir sorprendente?

—Sorprendente es lo que puede hacer un veneno elaborado con cuidado, Twelve... —intervino el profesor Luther con voz suave—. Sorprendente es el hecho de que esta mañana, cuando te vuelvas a presentar en el aula, estarás muy cansada porque no has dormido, pero no harás la más mínima mención a lo que ha pasado esta noche.

—Usted está loco si piensa que estoy dispuesta a volver ahí dentro.

El profesor Luther hizo aparecer entre sus dedos un estilete con el que pinchó el cuello de Ninon con un movimiento rapidísimo. De allí salió una minúscula gota de sangre que se coloreó con una sombra oscura, el color de un bosque al atardecer. O de un potente veneno.

—¿QUÉ HA HECHO? —gritó Twelve.

Ninon se despertó sobresaltada, como si el grito de Twelve le hubiera molestado más que el pinchazo. Sus ojos entumecidos por el sueño intentaron enfocar algo, pero Miss Kindheart la acunó y consiguió que volviera a dormirse.

El profesor Luther plegó el estilete.

—Hay venenos que matan en un segundo y otros que actúan lentamente, Twelve. Ahora por la sangre de la pequeña Ninon circula uno de estos últimos. Podrá vivir tranquilamente, no te asustes, pero tendrá que recibir un antídoto. Todos los días. Un solo olvido, y...

—No es verdad —balbució Twelve.

Luther ni siquiera se tomó la molestia de rebatir.

—Estas son tus nuevas opciones, Twelve. Haz lo que te digo y todo irá bien. La pequeña Ninon recibirá todos los días su antídoto y estará a salvo. Desobedece o intenta fugarte otra vez como has hecho esta noche, y Ninon morirá.

Twelve abrió la boca de par en par, incapaz de decir nada, de pensar, de respirar.

Se desplomó en una silla y luego al suelo, arrastrando con ella el mantel y todo lo que había encima de él y se quedó en aquella posición, incapaz de reaccionar.

Escuchaba las palabras del profesor sin ni siquiera escucharlas. Como si cuerpo aún estuviera allí, pero su espíritu se encontrara a años luz de distancia, en otra ciudad. En un lugar que no tenía nada en común con aquel al que se dirigía.

—Lo que has hecho esta noche, tu idea de fugarte... Es muy grave. La rectora ya había firmado tu orden de... mmm, expulsión de la escuela. Expulsión definitiva. Pero luego se han considerado otros criterios, y debes dar las gracias a Miss Kindheart, además de a tu sorprendente examen... Por eso hemos cambiado de idea contigo.

—¿Cuánto dura? —preguntó Twelve en aquel momento.

El profesor Luther se aflojó la corbata.

—¿Cuánto dura el qué?

—La Academia. El curso completo. ¿Cuánto tiempo tengo que pasar allí antes de poder salir?

—Ya empiezas a razonar, chiquilla.

—¿CUÁNTO DURA?

—Cinco años —respondió el profesor Luther.

Twelve asintió, despacio.

—Cinco años y estoy fuera. ¿Y Ninon también?

—Dentro de cinco años serás tan experta en venenos que podrás prepararle tú misma el antídoto que necesita —murmuró el profesor.

—No lo entendéis —dijo Twelve—. No habéis entendido nada. Cinco años. Como queráis. Haré exactamente lo que me pidáis. Y luego, dentro de cinco años, os juro que vosotros también estaréis acabados.

En ese momento, el vapor pasó bajo el enorme santo pintado sobre la cúpula del puente número diecisiete.

Twelve enlazó los índices de las manos y se los besó, primero uno y luego el otro:

—Lo juro por el protector de los niños Y de los Ladrones. Y de los puentes que no deberían derrumbarse. Querido profesor, querida directora, empezad a contar los días.

La balada de los prisioneros

El barco atracó en el muelle de la isla abandonada y el piloto descendió por segunda vez a echar la pasarela.

El profesor y Twelve, con Ninon en brazos, descendieron a tierra.

—Gracias, Ginger.

Ginger, anotó mentalmente Twelve.

Tenía intención de no volverse a mirar el vapor que se alejaba, pero en el último momento se lo pensó mejor y dio media vuelta. Miss Kindheart estaba en el puente. Y la miraba.

En el último tramo de viaje no había dicho ni una palabra y ahora estaba quieta, con las manos en el regazo y el rostro medio iluminado por un rayo de sol. Luz y sombra. Ahora y siempre, luz y sombra, en todos los momentos de su vida.

—Adiós, Miss Kindheart —dijo Twelve en voz baja. La furia de las amenazas de hacía un rato se había disipado en algún lugar de su interior.

La directora no podía escucharla pero la miró, y Twelve captó aquella mirada y se esforzó por recordarla. La conservaría entre los recuerdos más preciosos que tenía, daba igual si eran buenos o malos. Para ella, ahora, lo fundamental era contar el tiempo. Luego ya decidiría qué hacer.

El profesor se quedó a su lado observando cómo el vapor se alejaba por el agua y luego se dirigió bajo las ramas que goteaban hasta la verja de la Academia. Sacó sus ganchos para abrir la colosal cerradura y comentó:

—Me pregunto cómo habrás conseguido abrirla, tú sola y en medio de la tormenta... En realidad nos lo preguntamos todos. Y atravesar el jardín de las Rosas Guerreras. Una alumna de primero, con apenas unas cuantas horas de clase a sus espaldas... Increíble es poco.

Twelve permaneció en silencio.

El profesor Luther la miró de reojo.

—No tienes la más mínima intención de revelarme tu secreto, ¿verdad?

—La verdad es que no —respondió Twelve. Sobre todo, pensó con dolor, porque la llave de Hugo se había quedado con su ropa sucia, en la Institución Moser, y por tanto su secreto no duraría mucho.

—Adelante —murmuró el profesor—. Y ni una palabra, ¿entendido?

Las Rosas Guerreras les recibieron levantando las ramas, un gesto que a Twelve le pareció casi de burla.

Aquí estás otra vez, parecían decir. Has escapado una vez, pero todavía estás aquí.

Quizá tuvieran razón, pero a Twelve no le importaba. Ya no le importaba nada. El profesor Luther hizo que una rosa se acercara a él y le dio a oler sus dedos.

—No os apartéis de mi lado —ordenó—. Mientras estéis conmigo, no os atacarán.

—Ya lo sabemos, gracias —respondió Ninon desde su duermaveja.

Twelve la abrazó con cuidado como dándole a entender que siguiera durmiendo.

—Lo siento —le murmuró—. No quería traerte otra vez aquí...

La niña se hizo un ovillo entre sus brazos.

—Por lo menos lo hemos intentado —le respondió.

Sí. Lo habían intentado.

Twelve alzó la vista hacia las ventanas cerradas de la Academia y luego la hizo descender hacia el barro a sus pies.

Cinco años.

Todavía cinco años, o solo cinco años.

De ella dependía.

El profesor llegó a la puerta del salón.

—Aunque es una verdadera pena. Verás..., en general, aquí sabemos valorar a los rebeldes. En cierto modo, todos lo somos. Pero tú, esta vez... te has pasado. Y deberías considerarte afortunada. No son muchos los que pueden contarlo...

—Y yo mucho menos, claro —murmuró Twelve—. ¿No se supone que eso es lo que debo hacer? ¿Quedarme calladita?

—Si es que puedes.

—¿Me someteréis a vigilancia especial?

Y de ese modo, de alguna manera, Twelve se había convertido de verdad en una persona importante.

Luther empujó la puerta, haciéndole un gesto para que entrara.

—Ahora, no hagamos ruido —susurró en tono decidido—. Quiero evitar que los demás alumnos te vean entrar... y que la noticia de tu bromita se extienda por las hermandades.

—Ajá —comentó Twelve—. ¿Está seguro, profesor Luther?

El salón que daba al jardín estaba abarrotado. Había tantos alumnos que los Acróbatas habían trepado a las columnas, e incluso había alguno colgado boca abajo de la lámpara de araña.

La manada de los Deshollinadores estaba al completo y formaba un semicírculo

compacto. Los Lord, al otro lado, estaban en posición de desfile. Pero en la sala reinaba un silencio absoluto.

El profesor Luther vaciló y se detuvo un par de pasos por detrás de Twelve y Ninon.

—¿Qué hacéis aquí? —vociferó—. Volved a desayunar, o a las aulas, o donde demonios queráis... ¡Pero quitaos de en medio!

Nadie respondió ni hizo amago de marcharse, pero los Deshollinadores se hicieron a un lado, abriendo en medio del grupo un sendero que llevaba a las escaleras. Y, de ahí, a la guarida.

Twelve avanzó en aquella dirección en un clamoroso silencio, abrazando fuerte a Ninon y tratando de no mirar a nadie a la cara, pero reconociéndolos a todos. Lapo, Cressida, Henna, Mathias. ¡Mathias! Debía de haber sido él quien había dado la noticia.

Y por último Lobo, en medio de su manada.

Le sonrió. Y Twelve le devolvió la sonrisa.

Un lobo que sonreía a un zorro.

Entonces Lobo estampó una de sus botas contra el suelo, PUM. Y, como si de una señal se tratara, los demás Deshollinadores lo imitaron. ¡PUM, PUM, PUM!, empezaron a pisotear, como el latido de un corazón gigantesco.

Ninon se despertó.

Twelve avanzaba en medio de su manada, que apisonaba el suelo.

Y los Acróbatas empezaron a golpear los puños contra las paredes, y los Lord a dar palmadas, como los tambores de un desfile.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Ninon en voz muy bajita.

Y Twelve le respondió sin dejar de avanzar, ni de sonreír, mientras sentía cómo la iba invadiendo la emoción:

—Saludarnos. La Academia nos está dando la bienvenida.

Era una bienvenida que ponía la piel de gallina, que había dejado al profesor Luther paralizado en el punto en el que había entrado.

Mia, junto a Lobo, susurró:

—Qué pena que la hayan atrapado.

—No la han atrapado —respondió Lobo—. Twelve ha vuelto.

FIN